3 1761 05976167 6

5000

CERVANTES Y EL EVANGELIO

O

EL SIMBOLISMO DEL QUIJOTE

POR

MIGUEL CORTACERO Y VELASCO

PRESBÍTERO

No hay nada nuevo debajo del sol.

ECLESIASTES, I. X.

Precio: 3 ptas.

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEBRO

calle de Bordadores, 10

1915

77

Cervantes y el Evangelio
o
El Simbolismo del Quijote.

CERVANTES Y EL EVANGELIO

O

EL SIMBOLISMO DEL QUIJOTE

POR

MIGUEL CORTACERO Y VELASCO

PRESBÍTERO

No hay nada nuevo debajo del sol.

ECLESIASTES, I. X.

Precio: 3 ptas.

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEBRO

calle de Bordadores, 10

1915

ES PROPIEDAD

Cervantes y el Evangelio

o

El Simbolismo del Quijote.

Hánse dado tantas y tan diversas interpretaciones al áureo libro del *Quijote*, que si todas se reunieran necesitaríanse muchas páginas para referirlas; y es que ese libro, como escribió el muy erudito D. Bartolomé José Gallardo (1), "es una mina inagotable de discreciones y de ingenio, y esta mina, aunque tan

(1) *El Criticón*, Madrid 1835, núm. 1.°.

beneficiada en el presente y en el pasado siglo, admite todavía gran laboreo. ¡Es mucho libro éste! Comúnmente se le tiene como un libro de mero entretenimiento, y no es sino un libro de profunda filosofía... Lo menos es ridiculizar los devaneos de la Caballería andante; esa, ya tan sabrosa, no es sino la corteza de esta fruta sazonada del árbol provechoso de la sabiduría... su meollo es mucho más exquisito, regalado y substancioso„.

¿Qué importa, pues, al mundo se dé a la estampa una nueva interpretación sin que por eso pierdan nada las letras patrias y la inmortalidad de ese libro? Trabajo es este más de entretenimiento que de enseñanza alguna, y aunque parezca aventurado el título de este pequeño estudio que vamos a emprender, no lo es tanto que ambos libros no puedan ser cotejados haciendo un estudio detenido de los dos.

Jesucristo, que es el que llena todas las páginas del Evangelio, es la caridad infinita que descendió a la tierra a curar las heridas del pecado, a deshacer las

LIBRARY

tramas que el enemigo de las almas teje sin cesar contra el hombre, y *Don Quijote* es el altruísmo puro, noble, desinteresado, dejando en su historia destellos de abnegación y sacrificio, como Jesús legó en su Evangelio luces infinitas de amor engendrado a costa de sus grandes dolores y amarguras. Sancho, en cambio, representa el egoísmo humano, el interés personal que, sin descender a las bajezas de la bestia humana, retrata a la humanidad en todas las épocas de su existencia. Por eso el Evangelio y el *Quijote* serán dos libros inmortales, dos libros que, al acabamiento de los siglos, serán reimpresos en los alcázares de la gloria con estas palabras: Dios es amor. Nosotros vamos a demostrar que el *Quijote* tiene en sus páginas, o sea en sus dichos y hechos muchísimas semejanzas tomadas del Evangelio y Jesucristo, pues ya se sabe que la semejanza es conformidad de cosas parecidas las unas a las otras. Si logramos demostrarlo, podremos decir que aquel libro, en lo fundamental, *es un plagio de éste*. No ignoramos que alguna persona tal vez,

asaz meticulosa, llame escándalo y como mal sonante a los oídos piadosos comparar a Jesucristo con Don Quijote, a la Virgen Nuestra Señora con Dulcinea del Toboso, y al casto y fidelísimo José con Sancho. ¿Cómo vamos nosotros a comparar a Jesús, Dios y Hombre verdadero, con un ser ficticio y por añadidura loco, ni a la Reina de nuestros amores con Dulcinea, ni al glorioso Patriarca con Sancho en el sentido vulgar de la palabra, que consiste en elevar a alguno para rebajar a otro? ¿Por ventura seríamos tan locos que íbamos a ensalzar lo finito para rebajar a Dios, a José y a María, que por sus preeminencias y virtudes se acercan al trono del Altísimo?

Pero hemos de decirle para su tranquilidad que nosotros no hacemos ni podemos hacer semejantes comparaciones.

Nuestro trabajo se encamina y tiene por objeto hacer ver las semejanzas que existen entre los simbólicos personajes del *Quijote* con los verdaderos y reales del Evangelio, naturalmente desfigurados los nombres, las personas y las co-

sas de tal modo, que en el grado en que cada lector vea esa semejanza se aproximará más o menos a la realidad que el autor busca en las páginas escritas por Cervantes. Si estos estudios no pudieran hacerse por temor a las comparaciones, entonces jamás se hubieran podido buscar en las teogonías de todos los pueblos las fuentes donde bebieron sus ideas madres. Esto no puede admitirse por nadie, pues eso sería romper la cadena que enlaza con broches de oro unas generaciones a otras. Esta misma doctrina la desarrolla con su palabra inspirada Salomón cuando dice: "No hay cosa nueva debajo del sol ni puede decir alguno: ved aquí, esta cosa es nueva, porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros (1). ¿Se dirá acaso que en las teogonías de los pueblos se podían buscar las verdades reveladas y obscurecidas por el paganismo, y no será lícito buscar en las demás obras literarias de cualquier género que sean las influencias que han ejer-

(1) *Eclesiastés*, cap. I, v. 10.

cido los hechos y doctrinas del Evangelio, desfiguradas ya por el plagio, por el error o por la herejía? No lo creemos. Esto y no otra cosa es lo que nosotros vamos a investigar en ese libro llamado *El Quijote,* es decir, vamos a ver si en ese otro que lleva por nombre *El Evangelio* bebió Cervantes en sus páginas y modeló sus personajes en otros que ya habían existido para dicha y feliz engrandecimiento de toda literatura„. Es cierto que el Concilio de Trento (sesión cuarta), en su famoso decreto *de editione et usu sacrorum librorum,* reprende severamente y prohibe el uso irrespetuoso que algunos hacían de las palabras de la Sagrada Escritura aplicándolas a cosas profanas y torciendo su verdadero sentido para acomodarlas a asuntos chocarreros y fabulosos; pero de esto a nuestro intento, ya suficientemente explicado, hay tanta distancia como del cielo a la tierra. También Su Santidad el Papa Benedicto XV, en su primera Encíclica *Ad Beatissimi,* en su versión oficial dice: "Igualmente, ninguna persona privada se tenga por maes-

tro en la Iglesia, ya cuando publique libros o periódicos, ya cuando pronuncie discursos en público. Saben todos a quien ha confiado Dios el magisterio de la Iglesia; á éste solo, pues, se deje el derecho de hablar cuando le parezca y cuando quiera. Los demás tienen el deber de escucharle y obedecerle devotamente. Mas en aquellas cosas sobre las cuales, salvo la fe y la disciplina, no habiendo emitido su juicio la Sede Apostólica, se puede disputar por ambas partes, a todos es lícito manifestar y defender lo que opinan. Pero en estas disputas húyase de toda intemperancia de lenguaje que pueda causar grave ofensa a la caridad. Cada uno defienda su opinión con libertad, pero con moderación, y no crea serle lícito acusar a los contrarios, sólo por esta causa, de fe sospechosa o de falta de disciplina. Que ese libro ha sido consagrado y comentado por millares de inteligencias privilegiadas sin que necesite nuevo comento; a esto hacemos nuestras estas palabras del ilustre escritor Azorín, al que tendremos que citar muchas veces por

ser uno de los que con frecuencia escribe investigando el espíritu del Quijote, y que, comentando un libro de Cajal, dice: "En la página treinta y en la cincuenta y cuatro, Cajal se revela contra la superstición de lo sancionado y consagrado; regla fundamental es ésta: ni un biólogo, ni un historiador, ni un crítico literario, podrán aportar nada nuevo a la ciencia ni al arte, si no están dotados de un espíritu independiente. Y la base de esa independencia será la revisión minuciosa de lo ya sancionado. No es que se trate de destruirlo todo absurdo y estúpidamente. No; se trata de ir a ver *personalmente*, con escrupulosidad, si lo que se dice de tal o cual valor científico o literario, es exacto; se trata de ir a verificar un juicio formulado por las generaciones pasadas o por grandes autoridades, con el fin de comprobar si ese juicio, si esa sanción, se ajusta o no a la realidad. Cajal cita diversos casos a él ocurridos en los comienzos de sus investigaciones. No podría caminar la humanidad ni evolucionaría la ciencia y el arte sin ese espíritu de rebeldía, de

insumisión, de no conformidad, que es el más hondo propulsor del progreso. Y si esta investigación es conveniente hacerla, es indudable que lo es mucho más tratándose del *Quijote*, obra de un simbolismo tan grande que apenas si podrían contarse los comentarios que se han hecho de él, cosa que demuestra que su lectura no es una cosa clara y evidente.

El Sr. Ortega Gasset, en su libro intitulado *Meditaciones del Quijote,* dice a este propósito: "No existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación. Por esto, confrontado con Cervantes, parece Shakespeare un ideólogo. Nunca falta en Shakespeare como un contrapunto reflexivo, una sutil línea de conceptos en que la comprensión se apoya.

El Sr. Azorín en un segundo artículo titulado "Heine y Cervantes„, dice: "Son raros los pintores que han inter-

pretado originalmente el *Quijote*. Heine aventura una explicación de este hecho. "¿Será acaso—pregunta—que detrás de las figuras que el poeta hace pasar por delante de nosotros hay ideas más profundas que el artista plástico no puede expresar, de tal suerte profundas que el artista no podría coger y reproducir de ellas sino la apariencia exterior, aun siendo muy saliente esa apariencia, pero no su *más hondo sentido?* Es posible que eso sea lo verosímil—según añade el mismo Heine.„ Esto mismo parece confirmarlo el Sr. Ortega Gasset en su ya citado libro cuando dice: "Sin duda, la profundidad del *Quijote*, como toda profundidad, dista mucho de ser palmaria. Del mismo modo que hay un ver que es un mirar, hay un leer que es *intelligere*, o leer lo de dentro, un leer pensativo. Sólo ante éste se presenta el sentido profundo del *Quijote*„. Pues bien; esas ideas profundas que el artista plástico no puede expresar son las que nosotros vamos a ver si hemos tenido la fortuna de encontrar cosa que confirmará o negará la crítica imparcial y el tes-

timonio público. Para mayor claridad pondremos primero las palabras y hechos del *Quijote*, y las que sean puramente simbólicas las cotejaremos con la realidad del Evangelio, y los hechos concretos, desposeyéndolos de su sentido novelesco, los pondremos en parangón con el mismo, y así de las concordancias o semejanzas que existan les será fácil a los lectores deducir las fuentes donde Cervantes formó su inspiración y su libro.

Desde luego advertimos que queda retirada y como no dicha cualquier palabra, concepto o sentencia, que directa o indirectamente se oponga al dogma, la moral o las buenas costumbres, sometiéndonos en todo al Magisterio docente de la Iglesia.

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.„

Este es el símbolo. Veamos ahora la realidad. El Evangelio dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo (1). ¿Cuál fué la ascendencia humana del Verbo y cuál la de Don Quijote, del que jamás se ha sabido tuviera padres? ¿Acaso la sabiduría o el altruísmo, la caridad y el desprendimiento, que Cervantes acumuló en su personaje, no es un reflejo de la divina? Por eso ni el Verbo pudo tener ascendencia humana ni Don Quijote pudo tener padres.

Por eso "nada sabemos del nacimiento de Don Quijote, nada de su infancia y juventud, ni de como se fraguara el ánimo del Caballero de la Fe, del que nos hace con su locura, cuerdos. Nada sabemos de sus padres, linaje y abolengo, ni de cómo hubieran ido asentándosele en el espíritu las visiones de la asentada llaneza manchega en que solía cazar; nada sabemos de la obra que hiciese en su alma la contemplación de los trigales, salpicados de amapolas y

(1) Joan. cap. I, v. I.

clavellinas, nada sabemos de sus mocedades.

Se ha perdido toda memoria de su linaje, nacimiento, niñez y mocedad; no nos la ha conservado, ni la tradición oral ni testimonio alguno escrito, y si alguno de éstos hubo, háse perdido o yace oculto en polvo secular.„

Esto dice el Sr. Unamuno en su libro intitulado *Vida de Don Quijote y Sancho,* y créanos, no será fácil encontrar nunca lo que nunca ha existido.

Es muy significativo el que Cervantes no quiera acordarse del lugar donde vivía Don Quijote, muy al revés de lo que nos pasa a nosotros, pues aunque quisiéramos, no podríamos decir, de una manera concreta y determinada, donde habita el Verbo divino, pues mientras unos llaman a ese lugar Cielo empíreo, Eternidad, Gloria, Paraíso, Jerusalem celestial, otros le designan con el nombre de Mansión eterna, el que habita en lo alto, etc. Continuemos: "Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año,) se daba a leer libros de

caballería, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aún la administración de su hacienda, y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas anegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó a su casa cuantos pudo a ver dellos.„ Este es el símbolo. Vamos ahora a contrastarlo con la realidad: Había en el cielo un hidalgo *tan ocioso* (porque para Dios el obrar es como nada), tan dado a leer en las miserias, pecados y crímenes de los hombres, que vendió todas las anegas del cielo y de todos los mundos creados por Él. Llamóse el primero *El Quijote,* el segundo, Jesucristo, ante el que tienen que doblar la rodilla el cielo, la tierra y los infiernos. "Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar, y rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo y fué que le pareció convenible y necesario, así como para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caba-

llero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, etc.„ Tenemos, pues, a Don Quijote privándose de su tranquilidad y bienandanza, dejando su familia y su pequeña patria para deshacer todo agravio, "poniéndose en ocasiones y peligros donde acabándoles, cobrara eterno nombre y fama.„ Este es el simbolismo. Veamos ahora la feliz y dichosa realidad: También el Verbo divino dió en la locura más grande que imaginarse puede y quiso descender a la tierra despojándose de su trono de gloria y majestad, abandonando a su padre (1) y a los millones de ángeles que de rodillas le servían, para recorrer todo el mundo predicando sus admirables enseñanzas, deshaciendo los agravios que en cinco mil

(1) Es claro que teológicamente esto no puede decirse, pues siendo el Verbo Dios, como el Padre jamás puede abandonarlo. Lo decimos de este modo para seguir el lenguaje del Quijote.

años de corrupción y pecado habían lanzado contra los mandatos de Dios, poniéndose en ocasiones y peligros para que todos los pueblos y todas las generaciones, esculpieran su nombre en las tablas de la inmortalidad y la gloria. Don Quijote "*lo primero que hizo fué limpiar unas armas* que habían sido de su bisabuelo, que tomados de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón.„ Con estos arreos vistióse nuestro héroe para realizar tamañas empresas. Este es el simbolismo. Veamos ahora la realidad dogmática: Asimismo el Verbo divino limpió la naturaleza humana tomada de orín por la primera culpa y uniéndola ya pura é inmaculada sin perder instante a su Persona, quedó vestido de ella tan ricamente, que no dejando de ser Dios, fué un hombre verdadero, capaz de realizar todas las empresas por grandes y dificultosas que fueran. "Puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérselo asimismo y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo

se vino a llamar Don Quijote.„ Este es el simbolismo. Veamos ahora la benditísima realidad ansiada y esperada por luengos siglos: También el Verbo divino queriendo ponerse nombre por el que fuera conocido por todas las gentes y tal nombre que ningún otro le hubiere llevado, llamóse Jesús, que significa Salvador, o también el verdadero enderezador de todo lo que tuerce el hombre por su libre albedrío. "Y quiso Don Quijote como buen caballero, añadir al suyo el nombre de su patria y llamóse Don Quijote de la Mancha. Por donde se ve que es buen caballero el que ama, respeta y engrandece a la suya, mientras que el que la denigra y ofende no merece el nombre de tal. Lo que acabamos de decir es lo simbólico. Veamos ahora el paralelismo que sigue con el Evangelio: He aquí que el Verbo divino quiso agregar también a su nombre (una vez Encarnado), el de su patria y por eso llamóse Jesús de Nazareth, sublime prueba de patriotismo que no podía olvidar el que rige con paternal amor todos los pueblos, ciudades y re-

giones del mundo. "Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión, celada, puesto nombre a su rocino y confirmándose asimismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse. Y, a lo que se cree, en un lugar cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, llamada Aldonza Lorenzo, a esta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos y buscándole nombre que no desdijese del suyo, y que tirara y se encaminara al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso.

¿Quién fué Dulcinea del Toboso?

Difícil es contestar a esta pregunta. A pesar de esto vamos a reunir y presentar todos los datos conocidos hasta el día, para ver si es posible desentrañar, de una vez y para siempre, quien fuera ese personaje, tan llevado y traído por espacio de tres siglos. Para conseguirlo, procederemos de la manera siguiente: primero expondremos todo cuanto de ella dijo Don Quijote en su honor y alabanza, los testimonios de

Sancho Panza, lo que de ella pensaron y dijeron los duques, con lo que Don Quijote respondió, lo que hayan dicho de este asunto los comentaristas del Quijote y, por último, expondremos nuestra opinión, que aunque no del valor y peso de las grandes ilustraciones que de ese libro se han ocupado, sin embargo creemos tener derecho a opinar como los demás mortales.

Conociendo Don Quijote de la falta que él hacía en el mundo, limpias las armas, puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérselo asimismo, eligió la dama de sus pensamientos, cuya naturaleza, nombre y oficio ya conocemos. Veamos ahora la descripción de las cualidades, virtudes y dones que adornaban a Dulcinea del Toboso, que parecen estar tomadas del *Cantar de los Cantares,* libro que como saben los lectores, lo aplica la Iglesia en muchos de sus pasajes a la Virgen María y cuyo cotejo vamos a hacer ahora por si acaso ésta fuera la verdadera Señora que Cervantes soñara y no Dulcinea del Toboso, simbólico

de aquel (1). "Su calidad ha de ser por

(1) No hay que perder de vista, que Cervantes, era devotísimo de la Virgen María, y entre otros muchos datos que pudiéramos aducir para demostrarlo, sirvan estos bellísimos versos:

"En vos Virgen Santísima María
de Dios y de los hombres medianera,
en vos, Virgen y Madre, en vos confía
mi alma, que sin vos, en nadie espera...
Bien sé que no merezco que se acuerde
vuestra eterna memoria de mi daño,
porque tengo en el alma, fresco y verde
el dulce fruto del amor extraño:
mas vuestra alta clemencia, que no pierde
ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
remedie, que ya estoy casi perdido
de Scila y de Caribdis combatido...

O estos otros:

Por tí, Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo
entre los surcos del labrado suelo
el pobre labrador, el rico grano.
Por tí surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño, a vuelo
y en el rigor del sol, como del hielo
pisa el soldado alegre el risco y llano.
Por tí, infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega
se cobra y se promete la victoria.
Por tí, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira a lo imposible y llega
el deseo a las puertas de la gloria.
¡Oh, esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados
aunque esten en miseria sepultados!

lo menos de princesa, pues es reina y señora mia (1), su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos los imposibles y quiméricos atributos de su belleza, que los poetas dan a sus damas (2); que sus cabellos son oro (3); su frente, campos Elíseos (4); sus cejas, arcos del cielo; sus ojos, soles (5); sus mejillas, rosas (6); sus labios, corales (7); perlas, sus dientes (8); alabastro, su cuello (9); mármol, su pecho (10); su

---

(1) Introdújome el Rey en su cámara.

(2) ¡Oh, qué hermosa eres tú, amiga mia, oh, qué hermosa eres tú, como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón.

(3) Sus cabellos como renuevos de palmas, negros como el cuervo.

(4) Hermosa eres, amiga mía, suave y graciosa como Jerusalem.

(5) Sus ojos, como palomas, sobre los arroyuelos de las aguas.

(6) Sus mejillas, como eras de aromas plantadas por los perfumeros.

(7) Sus labios lirios que destilan la mirra más pura.

(8) Sus dientes, como hatos de ovejas que subieran del lavadero.

(9) Tu cuello como la torre de David.

(10) Tus dos pechos como dos cervatillos de corza.

blancura, nieve y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad, son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlos, y no compararlas (1).

"Virtudes, dones y preeminencias que no sabemos dónde pudo conocerlas y apreciarlas Don Quijote, por grande que fuera su locura, porque él mismo confiesa que entre sus amores; y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más de un honesto mirar; y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que há que la quiero más que a la lumbre destos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba; tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado."

---

(1) Así son tus mejillas, sin lo que por de dentro está oculto."—*Cantar de los Cantares*, cap. I, y siguientes.

Virtudes, dones y preeminencias de las que parece burlarse bonitamente después de recordarnos el cuentecillo de aquella señora hermosa y rica que se enamoró de un idiota, la cual contestó: Para lo que yo le quiero, tanta filosofía y más sabe que Aristóteles. "Así que, Sancho, para lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra„. Y como si fueran pocos todos los elogios que hemos mencionado dirigidos por Don Quijote a Dulcinea, poniendo en duda los Duques su existencia, les contestó: "Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en si las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas„. No trans-

cribiendo más elogios, ya porque son muy conocidos, ya porque pueden leerse en ese libro. Ahora volvemos a preguntar: ¿la existencia de Dulcinea fué real o fantástica? Que fué esto último parece deducirse de las palabras que Don Quijote dirigió a Sancho. "Sí; que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierta, sino que los más se las fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlos; y así, bástame a mi pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuen-

ta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna la iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni le alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretérita-griega, bárbara o latina, y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos„. De las palabras transcritas parece deducirse que Don Quijote, a semejanza de otros caballeros, soñó y pintó su dama a medida de sus deseos; pero es el caso que la Duquesa le dijo: "Que tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento

y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.„ A lo que contestó: "En eso hay mucho que decir— respondió Don Quijote.—Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo„. Con cuya respuesta quedamos sumidos en la más profunda incertidumbre de si fué real o fantástica la existencia de Dulcinea del Toboso.

Veamos ahora si Sancho Panza, que no estaba loco y que discurría a las mil maravillas, puede darnos luz y norte de quién fuera esa dama y si en ella pueden encajar y aplicársele las cualidades, virtudes y dones que Don Quijote atribuía a la suya. Recordamos que, habiéndole dicho Don Quijote quién era Dulcinea, le contestó: ¡Ta! ¡Ta! ¿Qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?—Esa es—dijo Don Quijote,— y es la que merece ser señora de todo el universo.—Bien la conozo—dijo Sancho—puesto que nunca la he visto, y sé decir que tira tan bien

una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Oh, qué rejo que tiene y que voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar a unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todo se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo...„ etc. Socarrón y malicioso estuvo Sancho en el retrato, que dista tanto del que hizo Don Quijote de Dulcinea como la tierra del cielo, y, por

consiguiente, tampoco podemos deducir de si era real o fantástica, aunque sí podemos afirmar que de ninguna manera la convienen a ella las cualidades, virtudes y dones que D. Quijote le atribuyó. Hemos dicho que de ese párrafo no puede deducirse si la existencia de Dulcinea fué real o fantástica, y hemos dicho mal, porque es menester unirle con este otro que vamos a copiar y nos convenceremos de cómo pensaba Sancho sobre este asunto, cuando en el Toboso fué en busca de Dulcinea de parte de su amo. "Sepamos agora, Sancho, hermano, a dónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido?—No por cierto.—Pues ¿qué va a buscar?—Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto.—¿Y a dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho?—¿A dónde? En la gran ciudad del Toboso.—Y bien, ¿y de parte de quien la vais a buscar?—De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber

al que ha hambre. — Todo está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho?—Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares.—¿Y habéisla visto algún día por ventura?—Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás.—¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desarreglarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano?„

En otra ocasión y con motivo del casamiento que Sancho propuso a D. Quijote con la princesa Micornicona como aquél rehusara semejante cosa, le contestó: "Pues, ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante.„ Grande fué el enojo

que produjeron en D. Quijote semejantes palabras y Sancho después de ser maltratado y queriendo enmendar el yerro cometido le respondió: "En lo de la hermosura no me entrometo; que en verdad, si va a decirla que entrambas me parecen bien; puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea."

Tenemos pues a Sancho negando en absoluto las cualidades virtudes y dones que D. Quijote atribuyó a Dulcinea y al mismo tiempo desmiente la existencia real de la misma. ¿Es que este testimonio, lo mismo que el de los duques no son valederos? Pues entonces recurrimos a lo que sobre este asunto han dicho los comentaristas, a ver si ellos pueden demostrarnos la existencia de Dulcinea, cuál fuera su linaje y si las cualidades, virtudes y gracias con que D. Quijote la adorna, convienen a ella y no a otra persona alguna de la tierra y como entre todos, el que con más extensión se ha ocupado de este asunto es el Sr. Rodríguez Marín, copiaremos textualmente sus palabras: "¿Había linajes hidalgos en el Toboso, por el tiempo a que puede

referirse la acción del Quijote? No, ciertamente. ¿Acudió Cervantes en realidad de verdad a persona alguna toboseña para trazar la figura de Dulcinea...? Pregunta es esta, a la cual sería arriesgado contestar de un modo categórico. Clemencín, recordó que por unas relaciones topográficas que se conservan en la Biblioteca Escurialense consta que a cierto interrogatorio hecho por orden de Felipe II en el año de 1576, los vecinos del Toboso, respondieron que la mayor parte de la población era de moriscos, y que no había nobles caballeros ni hidalgos. Son todos labradores, decían sinó es el doctor Zarco de Morales, que goza de las libertades que gozan los hijosdalgo por ser graduado en el Colegio de los Españoles en Bolonia, en Italia.„ A reserva de volver sobre este asunto otra u otras veces, daré aquí un ligero apunte genealógico de la ascendencia de este doctor, con quien debió de tener deudo muy cercano Dulcinea del Toboso, si por ventura esta dama no fué sola y enteramente hija de la imaginación de Cervantes. Hacia la mitad del

siglo xv, Antonio Martínez, natural de Espinosa de los Monteros, se fué a vivir al lugar del Toboso, en donde casó con Catalina Panduro.

Se hizo participación de sus bienes a 11 de Septiembre de 1468, entre los dos hijos que hubo de este matrimonio.

He aquí la descendencia del hijo segundo:

Esteban Martínez
con
Catalina Diaz la Zarca,
|
Juan Martínez Zarco
con
María Díaz
|
Pedro Martínez Zarco
con
Catalina López
|
El Dr. Esteban de Martínez Zarco
con
Doña Catalina de Morales.

A 28 de Octubre de 1598, este doctor fundó mayorazgo en cabeza de su hijo Flaminio de Morales, quien en cierta declaración que prestó en 1623, afirmaba ser de sesenta años de edad. Entre las hermanas de Flaminio si las tuvo, convendría buscar el original de Dulcinea.„

Nosotros damos por cierto que hubiera en el Toboso linajes hidalgos por el tiempo a que se refiere la acción del Quijote; ¿pero sería de tan elevada alcurnia que la persona a quien se refiere Don Quijote pudiera ser y llamarse como él la llamaba, princesa y gran señora? Esto si que no será capaz de afirmarlo nadie por mucha que sea la locura que se le quiera atribuir a Don Quijote. También admitimos, que por una feliz casualidad se hubiera encontrado la partida de Dulcinea de Toboso. ¿Nos daría esto derecho para afirmar y creer que esta era la soñada por D. Quijote, cuando él le dice a los duques, "Dios sabe si hay Dulcinea o no, en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica.„ ¿Es que esa partida iba a demostrar lo que Don Quijote calló, a pesar de las instancias de

los Duques, para que dijera la verdad? De manera alguna. Pero vamos a suponer más todavía, y es que en tal o cual página de ese libro, se dijera de una manera fuera de toda duda, que Dulcinea era del Toboso y de alto y esclarecido linaje, ¿en ese caso, se le podrían aplicar todas las palabras de ensalzamiento perfecciones, cualidades y virtudes eminentes que Don Quijote le aplica?

Esto es, en buena lógica de todo punto imposible; porque ni le convienen ni son aplicables, no solo a ella, sinó a ninguna de las mujeres que nos legaron las Teogonías paganas ni a ninguna de las que nos dió a conocer el Antiguo Testamento con ser muchas y notables ni mucho menos a las conocidas por la historia profana, a menos de suponer que Cervantes fuera más loco que el protagonista de su obra creando un personaje fuera de la realidad que existe en el cielo o en la tierra, y si esto fuera así, misteriosos son todos los cultos antiguos, encerrados en la sombra de una pirámide, o en las tinieblas de una gruta; misteriosa es la esfinge egipcia, con sus

enigmas y la Dodona griega con sus símbolos; pero más misteriosa se nos presentaría con sus cualidades sobrehumanas Dulcinea del Toboso. La razón, que por boca de su primer filósofo, Platón, profanó la maternidad al establecer la comunidad de mujeres, pudo forjar a Isis, dejándose seducir por Júpiter, pudo forjar a Vesta, cuyas sacerdotisas tenían la libertad de quebrantar su pureza; pudo forjar a Diana y a Hebe que huía pudorosa de los dioses y eligió por marido a Hércules, el más fornido de los héroes; pero forjar Cervantes en pleno siglo XVI, siglo de toda grandeza y espiritualidad, un ser ficticio, sin que respondiera a una realidad viviente y en la que estuvieran sintetizadas las bellezas, gracias y virtudes con que adornó a Dulcinea del Toboso, sería incomprensible y un profundo misterio sino creyéramos como creemos, que al idear ese ser, tuvo ante su vista a otra mujer más hermosa que Raquel, más prudente que Débora, más humilde que Abigail y más casta que Susana. Y es que Cervantes, teólogo profundo y exe-

geta admirable, siguió las huellas de otro caballero (Jesucristo) que allá en las eternidades de su mente divina, limpia ya la armadura con la que había de vestirse y confirmándose asimismo, dióse en buscar señora de sus pensamientos y dándola un nombre que en nada desdijera del suyo, la llamó María (1) nombre "músico y peregrino„ pues en ella se recrea la augusta y divina Trinidad; las jerarquías angélicas forman su corona, los astros su esplendente resplandor; los mundos sus bellezas, las flores sus aromas, los pájaros sus cadenciosas notas y no hay nada que la supere en poder, gracia y belleza, más que el mismo Dios y Este por privilegio la hace brillar cuando Él se oculta, perdona cuando está ofendido, por ella suspiraron todos los siglos, la alaban todas las generaciones, la cantan los poetas, la copian los pintores, las vírgenes anidan en su pecho, los peca-

---

(1) En Ciriaco significa señora, palabra que se repite mucho en *El Quijote* al nombrar a Dulcinea del Toboso.

dores en Ella y Ella por son perdonados y es tal su fragancia, que embalsama todo cuanto tiene ser y todo cuanto pudiera ser y no es quedando tan prendado el caballero de sus excelsas virtudes que Él es por Ella y Ella no pudiera haber sido nunca sin Él.

Es claro que Cervantes conociendo ese nombre, sus dones y virtudes y gracias, no le costaría gran trabajo inventar a la que él llamó Dulcinea del Toboso.

"El señor Menéndez y Pelayo tiene por probable que Cervantes tomara el nombre de Dulcinea, de Lofraso, en cuya obra intitulada *Los diez libros de la Fortuna de amor* (libro IV) figuran un pastor llamado Dulcineo y una pastora nombrada Dulcina. (Orígenes de la Novela, tomo I, página CDXCV, nota.„)

Aquí el nombre no hace a la cosa, como dicen los franceses. Lo que es preciso demostrar es, que las cualidades que Cervantes aplica a Dulcinea en toda su obra, convienen o no, de una manera real y efectiva, a la persona

que él copiara, sea de Lofraso o de cualquiera otra parte. Esto es lo esencial para poder llegar al conocimiento, aunque imperfecto, de ese personaje que de manera tan importante llena las páginas del *Quijote*. ¿Diremos que fué un ser ficticio y por consiguiente que no puede acoplarse a realidad alguna? No; ya porque nada existe en la voluntad que antes no haya estado en el entendimiento (1), ya porque todos los comentaristas tienden a demostrar a qué clase de personas se refiere Cervantes, en los que figuran en su obra.

Clemencín, comentando uno de los

---

(1) Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en *El Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho a la ventura, impensada o irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.—*El ingenioso Hidalgo*, por Navarro Ledesma.

versos a *Urganda la Desconocida,* por donaire, moteja a *Urganda,* de torpe y desalumbrada en esta profecía; y Hartzembusch, siguiendo a don Cayetano A. de la Barrera, en unas disquisiciones que sacó a luz en el tomo I de las obras completas de Cervantes, aventura la especie de que "la Dulcinea de esta décima, quizá sería cierta dama a quien dió Lope el nombre de Lucinda, que tiene menos la *e* todas las letras de Dulcinea.„ Tengo esto por mera coincidencia casual, y no creo que aquí se aluda a Lope ni a su amada Micaela de Luján (Camila Lucinda),„ responde el señor Rodríguez Marín, de cuyos comentarios están tomadas estas notas.

Tampoco podemos admitir tal supuesto, pues de manera alguna pueden aplicarse a la referida dama los dones, virtudes y gracias, que en grado eminente, atribuye a Dulcinea Don Quijote de la Mancha. El mismo señor Rodríguez Marín, que antes nos había dicho "que entre las hermanas de Flaminio Morales, si las tuvo, podía encontrarse a Dulcinea,„ no está muy seguro de ello, y has-

ta duda de su existencia en estas palabras:

"Y en cuanto a Dulcinea, o sea, idealidades aparte, la fosca lugareña Aldonza Lorenzo la que, según sabemos por Sancho, tiraba tan bien una barra como el más forzudo zagal, y no era nada melindrosa, porque tenía mucho de cortesana, y con todo se burlaba y de todo hacía mueca y donaire, por lo cual, con justo título podía Don Quijote "no ya hacer locuras por ella, sino desesperarse y ahorcarse, pues todos dirían que hizo harto bien, aunque le llevase el diablo„ en cuanto a Dulcinea—iba a decir—¿cómo no ha de tener segunda intención el aparentemente trastocado elogio de su doncellez? ¡A saber quién y como sería, en realidad de verdad, Dulcinea del Toboso, mirada sin la mágica lente de la generosa locura de Don Quijote...! (1)

Don Miguel de Unamuno, en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho,* hablando de los amores de Don Quijote con

(1) Tomo II, pág. 325, nota 12.

Dulcinea dice: "Amó Don Quijote a la Gloria, encarnada en mujer y la Gloria le corresponde.„

Confesamos, ingénuamente, que no entendemos esta tan profunda teología, porque la Gloria "conjunto de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno„, no puede encarnar en mujer y mucho menos en una pobre y rústica labradora como era Dulcinea del Toboso. La Gloria encarna en Dios y Dios encarna la Gloria, y los que la gozan no es por encarnación sino por don gratuito del Altísimo.

Si por Gloria se entiende renombre y fama, tampoco puede encarnarse en Dulcinea, pues bastaba que se desprendiera de los hechos y hazañas de Don Quijote para que ella fuera conocida y ensalzada, de comarca en comarca, de siglo en siglo. De lo dicho tampoco se deduce quien fuera esa persona misteriosa, tan llevada y traída por todos por espacio de tres siglos.

¿Hubo linajes en el Toboso en el tiempo en que se escribió *El Quijote* o fué invención de Cervantes? Esto pregun-

ta el Sr. Rodríguez Marín. Esta misma pregunta hace varios siglos que se la hizo el Duque a Don Quijote en estas palabras:

"Pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea del Toboso o fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas ni con otras de este jaez, de quienes están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.„

Don Quijote saliéndose por la tangente, como vulgarmente se dice, no quiso contestar, tomando pie de ello para darnos esta admirable lección de moral:

—"A eso puedo decir—respondió Don Quijote—que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado y cuanto más que Dul-

cinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y ceptro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se extiende, y, aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.„

Por eso creemos firmemente que fué invención de Cervantes, confirmándonos en ello estas palabras:

—"Dulcinea no sabe leer ni escribir, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar. Y aún esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar en verdad, que en doce años que há que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese echado ella de ver la una que la miraba; tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.„

Es claro como el agua, si el agua es

clara, que, no habiéndola visto, tuvo que inventarla. Esto mismo lo confirma Sancho en aquellos admirables razonamientos que tuvo consigo mismo antes de emprender la busca de Dulcinea del Toboso en estas palabras:

"—Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás„ (1).

Por eso nos parece muy aventurado suponer, como supone el Sr. Rodríguez Marín, que "entre las hermanas de Flaminio Morales, si las tuvo, convendría buscar el original probable de Dul-

(1) Aquí dice Sancho que no había visto jamás a Dulcinea del Toboso, y en otro lugar, hablando con Don Quijote, le había dicho estas palabras: "—Bien la conozco.„

A primera vista parece esto una gran contradicción por parte de Sancho, pero no lo es, porque la que él conocía era la hija de Aldonza Nogales, no conociendo ni a cien leguas a la redonda "a la princesa, al sol de la hermosura y a todo el cielo junto„ que Don Quijote le había mandado buscar en los reales palacios o en los soberbios alcázares del Toboso.

cinea„. Y nos lo parece, en primer lugar, porque de una premisa dudosa nunca puede deducirse una consecuencia cierta, y en segundo lugar, porque ¡buena cara habrá puesto Don Quijote al ver afirmado de una manera casi rotunda lo que él nunca quiso decir con claridad, de tal modo, que cuando Vivaldo insistió en conocer el linaje, prosapia y alcurnia de Dulcinea, Don Quijote le contestó:

"—No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonos y Ursinos, ni de los Moncadas y Requetenes, de Cataluña, ni menos de los Rebellos y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagenes, Urreas, Foces y Gurreas, de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castillo, Alencastros, Pallas y Meneses, de Portugal, pero es de los del Toboso de la Mancha linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso

Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva,
que estar no pueda con Roldán a prueba„ (1).

***

Continuemos: "Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza.„ Mucho se ha discutido y muchas opiniones se han dado acerca del buen empleo de las palabras transcritas. El Sr. Rodríguez Marín en sus notables comentarios las menciona, y nosotros las copiaremos al pie de la letra; dicen así:

"Por falta de la necesaria lectura de nuestros escritores del buen tiempo, no habían entendido bien esta frase los más de los anotadores del *Quijote*. Clemen-

(1) Lo anteriormente mencionado forma parte del libro intitulado *Don Quijote y Sancho*, pero para no perder la hilación del conjunto de este otro volvemos a repetirlo.

cín, al llegar a ella, escribió: "Se dijo al „revés. Lo que Don Quijote pensaba „que hacía falta en el mundo era su „*pronta presencia*, no su *tardanza*„. Y añadió con airecillo de sábelo todo: "Empieza a dormitar Cervantes.„ Hartzembusch también creyó defectuosa la expresión y enmendó sucesivamente "por su tardanza„ en la primera edición de la Argamasilla, y "con su tardanza„ en la segunda. Benjumea entendió que faltaba el mismo porque echaba menos Hartzembusch... Y aunque algunos escritores, muy contados, vislumbraron que el *hacer falta* significaba aquí *incurrir en falta, causarla, ocasionarla;* D. Juan Calderón, *Cervantes vindicado en 115 pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, 1859, pág. 3; Urdañeta, *Cervantes y la crítica,* Caracas, 1877, pág. 513; Cortejón, en sus notas al *Quijote*, y, en fin, Cejador, en su *Diccionario* de la misma obra, nadie hasta ahora, que yo sepa, aportó autoridades para demostrarlo concluyentemente. Cervantes no trajo nuevo uso; escribió en este

caso como se escribía en su tiempo. De igual manera lo había dicho el doctor Jerónimo Gudiel en su *Compendio de algunas historias* (Alcalá, Juan Iñiguez de Lequerica, en 1577, fol. 114), al tratar de la muerte de D. Pedro Girón, tercer Conde de Ureña: "Es pública fama en el Estado de Ureña... que el Emperador dió pública muestra de sentimiento después que supo su muerte, diciendo: "*Gran falta nos ha hecho* la muerte de D. Pedro Girón para lo que esperábamos servirnos dél.„ Y el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, en *El Passagero,* alivio VI, fol. 269 de la primera edición (1617): "Oblíganse algunos particulares a mantenerlo (el apercibimiento de vituallas para la ciudad) todo el año por precio justo, considerado el gasto de traerlo, y otros menoscabos. *Haze grande falta* la quiebra de alguno destos, y así conviene estar alerta en eligir los más facultosos y plásticos.„

Después de haber leído y meditado dicho pasaje creemos con el Sr. Clemencín que Don Quijote lo que pensaba que hacía falta en el mundo era *su presen-*

cia y no su *tardanza*, ya porque había puesto en práctica los deseos de realizar las empresas que en su mente bullían, ya porque al tardar en ello se perdían grandes cosas los que él iba a favorecer y en este sentido pueden conciliarse las opiniones de todos. No negamos fuera común semejante modo de hablar y que ningún uso nuevo introdujera Cervantes; pero en los testimonios aducidos por el Sr. Rodríguez Marín, se sobreentiende la presencia como en estos otros que solemos oir. ¡Es que yo hago mucha falta en el mundo. O en sentido despectivo cuando se dice: Para la falta que tu haces en el mundo! Que cómo se ve, se refiere a la presencia y no a la tardanza. Es claro que ni la presencia ni la tardanza de presentarse Don Quijote en el mundo hacía gran falta en sentido estricto, si Cervantes al decir esto de su caballero simbólico no se refiera a otra cosa más alta y profunda como ahora vamos a ver.

Una vez que el Verbo divino vistióse de su armadura y elegida la Mujer en la que había de encarnar no quiso retar-

dar por más tiempo su partida del cielo apretándole la gran falta que su presencia hacía en el mundo, cuya determinación no fué ciertamente de la aprobación de todos, pues como llegara a conocimiento de sus servidores alborotáronse en gran manera y hubo en su casa tal pendencia, que de no ponérseles en frente un servidor llamado Miguel, tal vez hubieran echado al traste su partida. Pues ellos se decían: ¿qué necesidad tiene este nuestro amo de salirse por esos mundos vestido con las apariencias de pecador mal dormido y peor alimentado a luchar con bellacos y malandrines? ¿Qué clase de locura es esa que va a salvar a los que le ofendieron y le ofenden? No; esto no puede ser, y si fuera, nosotros no serviríamos a semejante caballero. Y se hizo un gran silencio en el cielo, mientras el dragón luchaba y Miguel le venció, consiguiendo la victoria (1). Ganada su primera bata-

(1) Según la opinión de muchos teólogos la rebelión de los ángeles obedeció al conocer que el Verbo Divino iba a encarnar en una mujer para redimir y salvar al hombre.

lla, apresuróse a partir, pues en verdad era grande la falta que hacía en el mundo, y tanto que todos los pueblos lo esperaban, los patriarcas y profetas ansiaban ver aquella noche que fué nuestro día y todos los seres que poblaban los cielos y la tierra al ver su tardanza, cantaban: Los cielos y las nubes destilen al Justo, ábrase la tierra y germine al Salvador (1). El había leído las historias de todos los caballeros andantes que en el mundo fueron. Tenía al dedillo todas sus hazañas y ninguno había realizado la gran empresa que a El estaba reservada y sin miramientos a su comodidad y contento, no quiso pasarán más años, sin remediar tanta desdicha y desgracia tanta. "Sin que nadie viese a Don Quijote una mañana antes del día (que era uno de los calurosos de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compues-

(1) Derramad cielos desde arriba vuestro rocío y lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y germine al Salvador y nazca con Él la justicia. "Yo el Señor, soy quien le formé.„ (Isaías. XLIV, 8).

ta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y salió al campo con grandísimo contento, etc.„ Esto pudo suceder, pero no sucedió. Lo que ocurrió fué, que, tomado cuerpo el Verbo divino, vestido con las armas de su poder infinito, puesta la celada de su impecabilidad y héchose fuerte contra todos sus enemigos, salió de aquel tabernáculo purísimo, donde el sol puso su reclinatorio y llegado al campo, oyó las voces de una multitud de caballeros celestiales que cantaban con gran alborozo. Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad.—"Más apenas se vió en el campo (Don Quijote), cuando le asaltó a la memoria, que no era armado caballero y que conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero.„ Este es el simbolismo. Veamos ahora cuál fué la realidad: Sabiendo Jesús que no podía desempeñar su misión en la tierra, sin someterse a la Ley (así lo habían anunciado los Profetas), determinó ser circuncidado, sublime espaldarazo que había de habilitarle en sus empre-

sas y para conseguirlo quiso presentarse en la venta o templo que primero topara y allí veló sus armas bajo las cuales se ocultaba su procedencia divina. Recordará el lector las ceremonias que el ventero hizo con Don Quijote para armarle caballero, el que hincado de rodillas le dijo: "No me levantaré de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pró del género humano.„ Quitémosle a esa escena aventura o como quiera llamarse, lo "simbólico„ y veremos la realidad de donde está tomada. Una vez que Jesucristo hubo llegado al templo, hincóse de rodillas y con gran humildad dijo al Pontífice: "De aquí no me levantaré, noble caballero, mientras no me otorgueis el don que vengo a pediros.„ Pasmáronse los cielos, María y José colmáronse de pavor; aturdiéronse los ocupantes del templo y en medio del silencio más profundo que han presenciado los siglos, oyóse la voz de un anciano que decía: "Ahora, deja Señor dormir a

tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salud y al que has enviado ante la faz de todos los pueblos luz y revelación de las gentes y la gloria de Israel (1). ¿Qué ley era esa que Don Quijote tenía que cumplir para poder realizar sus portentosas obras? ¿Acaso ha existido más Ley verdadera que aquella que promulgó el Altísimo y que su Unigénito cumplió en la plenitud de los tiempos? Por eso aquello no fué otra cosa que un símbolo o una figura de esto. Una vez que Don Quijote hubo conseguido lo que esperaba del ventero le dijo: "No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, Señor mío, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pró de los menesterosos, como está a cargo de la caballería, y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes hazañas es inclinado."

---

(1) Luc., c. II

Aunque no lo diga de una manera explícita el Evangelio, Jesús al ser circuncidado, es decir, al cumplir el mandato de la Ley, le daría las gracias al Pontífice en estas o parecidas palabras: No esperaba menos de vuestra grandeza, que acataríais los designios del cielo, y así podré ir por todo el mundo redimiendo y salvando al hombre hasta la consumación de los siglos. De este modo quedó circuncidado Jesús para realizar su obra divina, como "Cervantes dice de Don Quijote para llevar a cabo sus levantados pensamientos, es decir, la figura siguiendo a la realidad como el humo anuncia al fuego." Es indubitable que Don Quijote no realizó hazaña alguna ni se creyó en condiciones para ello hasta cumplir con todos los pormenores que señalaba la ley de la andante caballería, y por eso fué a la venta que él creyó castillo, donde, maltratado por unos villanos arrieros, fué armado caballero por el dueño de la misma, el que, temeroso de nuevas pendencias, "trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un

cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino a donde Don Quijote estaba, el cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él, con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba, etcétera.„ La hora de la partida la indica Cervantes cuando dice: "La del alba sería cuando Don Quijote salió tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por la cincha del caballo, etcétera.„ No era para menos la semejante alegría para un espíritu noble y levantado como el suyo, verse ya en camino de realizar empresas que al mundo habían de maravillar, con gran provecho de todos los que necesitaran el favor de su potente brazo. Este es el simbolismo. Contemplemos ahora la realidad y comparemos gozo con gozo: Era un día hermoso, sereno y tranquilo. Ya el sol había desplegado sus trenzas de

oro sobre la tierra y derretido las líquidas perlas que anidaban en el cáliz de las flores. Los pájaros entonaban sublimes melodías. Despertaban las flores embalsamando el ambiente, y los arroyos corrían jugueteando como bandadas de alondras, cuando Jesucristo salió del templo, tan contento, que su gozo, no cabiendo en todos los mundos creados, inundó las regiones inmortales de la gloria. Ya conocen los lectores las escenas ocurridas a Don Quijote en la referida venta, y aunque no sea más que a la ligera, daremos a conocer lo que ocurrió en el templo.

Queriendo Jesucristo ser Circuncidado, sometiéndose de este modo a la Ley establecida en Israel, de que todo varón tenía que presentarse en el templo, así lo hizo. La manera cómo se llevaba a cabo la circuncisión, era poco más o menos esta: En la misma casa del recién nacido, o en la sinagoga, un circuncidador designado para ello, llamado *Mohel*, o también el mismo padre del niño, asistido del padrino y rodeado de diez personas, tomaba al infante, e hi-

riéndole suavemente con el cuchillo, decía: "Bendito sea el Señor, nuestro Dios, que nos ha santificado por sus preceptos y nos ha dado la circuncisión.„

El padre o alguno de los circunstantes, añadía: "Nos ha santificado por sus preceptos y se ha dignado introducirnos en la alianza de Abraham, nuestro Padre.„ Acabada la ceremonia, decían, tal vez los que concurrían a ella: "¡Viva el que Jehová ha escogido por hijo suyo!„ Restañaba el *Mohel* la sangre, curaba la herida, y se imponía el nombre al niño ya circuncidado. Aquel templo fué el que edificó Zorobabel, y en el que se cumplió la profecía de Agéo, que al verlo edificar dijo: "Vendrá el Deseado de todas las gentes y llenará de gloria este templo. Mayor será la gloria de este templo novísimo que el del primero (de Salomón); en este templo daré yo paz.„ Y en él ocurrió una cosa maravillosa, y es, que como dice el Evangelio, vivía Ana, profetisa hija de Fanuél, de la tribu de Aser, en dicho templo. Era muy avanzada de edad, había vivido con su marido siete años desde su vir-

ginidad, y después viuda hasta los 84 años. No se apartaba del templo y daba culto a Dios de día y de noche con oraciones y ayunos. Esta, acercándose en aquella misma hora, empezó a alabar a Dios y seguía hablando de aquel niño a todos los que estaban aguardando la redención de Israel, entusiasmando a todos con las alabanzas que dirigía a Jesús.

Y no era para menos tal alegría y semejante gozo, no sólo por parte de Jesús, sino también por todos los que ocupaban el templo, pues ya el género humano, los oprimidos, los desgraciados y todos cuantos gemían, bajo la esclavitud del espíritu y la materia, pudieron exclamar: "alleviata est terra Zabulón, et terra Neptalí: et novissimo aggravata est via maris trans Jordanem Galileæ Gentium. Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucen magnan: habitántibus in regionem umbræ mortis, lux orta est eis." Canta ya, humanidad, que al cabo de tantos siglos no tuviste quien secara tus lágrimas ni quien te ayudara en tus quebrantos,

pues ya sale Jesús del templo para que nada se le oponga a la fortaleza infinita de su brazo. Nosotros no aseguraremos de una manera absoluta, que la escena de la Circuncisión le sirviera a Cervantes para escribir la de la venta, pero que tiene muchas semejanzas, no cabe duda alguna, mucho más si se tiene en cuenta que Don Quijote tardó ocho días en ponerse nombre, que fueron precisamente los que tardó Jesús en llevar este Nombre, que es sobre todo nombre, según lo afirma San Lucas en estas palabras: "Y después que fueron pasados los ochos días para circuncidar al niño, llamaron su nombre Jesús, como lo había anunciado el ángel, antes que fuese concebido en el vientre." (1) Se nos podrá objetar que Don Quijote no tomó nombre en la venta, sino dentro de los ocho días en que determinó ser armado caballero, a lo que contestamos que Jesús no hizo otra cosa en la circuncisión, que confirmar el nombre que ya había recibido del Angel, como

(1) San Lucas, c. II, v. XXI.

Don Quijote confirmó el suyo en la venta, mediante las ceremonias celebradas por el ventero, las que para nuestra opinión no fueron otra cosa sino un símbolo. Armado caballero Don Quijote y ya fuera de la venta, no había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas como de persona que se quejaba y apenas lo hubo oído, cuando dijo: "Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda.„ Acercóse y vió a un muchacho atado a un árbol y a un hombre que le castigaba severamente y habiéndole preguntado la causa del porqué le maltrataba, le contestó: "Señor caballero, este muchacho lo estoy castigando, es mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una y porque castigo su descuido y bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo y en Dios y en mi ánima que miente.„ Este

es el simbolismo y le llamamos así porque nadie creerá que este hecho pudo ser realizado, y por consiguiente tiene que aludir a otra cosa más profunda, a una *cosa* real y verdadera que es la que vamos a exponer: Jesucristo apenas salió del templo, cuando ante su divina presencia vió a la Humanidad atada al árbol de sus grandes iniquidades, desnuda de todo amparo divino, perdidas las antiguas tradiciones de un Dios soberano del cielo y de la tierra, azotada con la pretina de Satán y de sus falsos filósofos y lleno de infinita compasión la interrogaría de este modo: "Dime Humanidad, ¿porqué te apartaste de los caminos del Señor? ¿Porqué encenegada y envilecida en todos los crímenes, no levantastes tu mirada al cielo, donde los astros te hubieran hablado de un Supremo Hacedor, cuya luz infinita irradiaba sobre ellos sus claridades eternas? ¿Porqué no interrogaste a los mares, las montañas, las flores, los peces y las aves quién era el autor de tanta maravilla para prosternarte ante El? ¡Y tu Satán que has dominado al mundo, que

has tenido al género humano atado al árbol de tus grandes odios y rencores contra Dios, ha llegado tu día y se romperán esas cadenas, como se rompen las olas ante las piedras que como anillo circundan los mares y la humanidad será desligada de tus lazos y en vez de tinieblas, errores, opresión y esclavitud, brillará la luz esplendorosa que ilumine a todo hombre que venga a este mundo y se abrirán para siempre las puertas de la gloria y tú serás encerrado en las profundidades del Averno: "porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, como si fuera del Unigénito del Padre!„ (1).

Es decir, ha nacido el Salvador para que el oprimido sea levantado y la verdad y la justicia reinen en la tierra. ¡Y vosotros filósofos y sabios del mundo que le habéis tenido aprisionado con vuestros errores, ha llegado la hora de que cese vuestra preponderancia sobre él! ¿Qué habéis hecho por espacio de tan-

---

(1) Joannem, c. I.

tos siglos, sino obscurecer y esclavizar las inteligencias y corromper los corazones? ¿Qué habéis enseñado acerca del origen del hombre, del destino del alma, de la libertad humana, de la virtud engendradora, de las grandes acciones cívicas y morales, sino azotarlo cruelmente con el látigo de vuestras falsas doctrinas? Pues tened entendido que habéis de pagar hasta el último cuadrante, porque ya Jesús de Nazareth, va a realizar en la tierra la virtud que ha recibido del Omnipotente. ¡Hermosa realidad, cumplida por el transcurso de veinte siglos! Una vez que Don Quijote hubo recriminado al amo de Andrés y terminadas las advertencias que le hizo: "en diciendo esto, picó a su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos." Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado Andrés, y asiéndole del brazo le tornó a atar a la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto." Este es el simbolismo, pongámoslo ahora en parangón con la realidad.

Apenas hubo apartado Jesucristo su pensamiento de las justísimas recriminaciones que hizo contra los que tan fuertemente avasallaban al género humano, cuando Satanás redobló sus esfuerzos para que no se le escapara el reinado que ejercía, para que no se rompieran las ligaduras con que lo aprisionaba y en su odio infernal descargó sobre él toda su furia, como lo demostró en los martirios, en las herejías y en los cismas que alentó en odio al Crucificado.

Realizada por Don Quijote la obra bienhechora de socorrer al desválido Andrés, siguió cumpliendo la ley que había recibido de la andante caballería, de esta manera: "Y habiendo andado como dos millas, descubrió un gran tropel de gente, que como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Todo el mundo se tenga dijo; si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.„ He aquí el simbolis-

mo. Veamos si ese simbolismo tiene una realidad absoluta en lo que todos los siglos predica y sostiene Jesucristo contra los que combaten a su Iglesia y su doctrina, a los que constantemente les dice y predica: "Todo el mundo confiese que mi doctrina, que la Iglesia, que yo he fundado, es la más hermosa y la más santa de todas cuantas existen o puedan existir en la tierra." Don Quijote quiso arrancar a los mercaderes sin pruebas y a la fuerza la verdad que él les proponía y como no se atrevieron a jurar lo que les mandaba, enfurecióse contra ellos, quedando harto molido por su gran atrevimiento. Jesús en cambio, muestra para ser creído, la santidad y pureza de su Amada, el testimonio de millares de mártires que han dado su vida y derramado su sangre en confirmación de esta verdad, sus profecías y milagros y una muchedumbre incontable de vírgenes, que como aureola circundan su frente y aunque combatido, calumniado y maltrecho, por defender esta verdad, ni deja de proclamarla a través de todos los siglos, ni deja de

haber millones y millones de criaturas que la profesen y la crean.

Los mercaderes estuvieron muy en su punto al exigirles a Don Quijote mostrara alguna cualidad por donde pudieran deducir la belleza de la tal señora y por eso le dijeron: "Señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decís, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrare — replicó Don Quijote — ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla la habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender, etc."

Esto parece indicar (a menos que esas palabras queden envueltas en el misterio) la fé, el asentimiento pleno que debe prestarse a las verdades reveladas por Dios, las que no estando al alcance de la inteligencia, es menester para creerlas apoyarse en su palabra que ni puede engañarse ni engañarnos. Es claro que este asentimiento lo recha-

zan los incrédulos que estaban representados por los mercaderes con que tropezara Don Quijote, y por eso fué maltratado como lo ha sido, lo es y lo será Jesús por todos aquellos que quisieran destruir la palabra divina o conocerla de una manera tan evidente como quisieron verla nuestros primeros padres haciéndose semejantes a Dios. *Eritis sicut dii* (1).

Quedó tan mal parado Don Quijote en la refriega que sostuvo con los mercaderes, que quedó molido y casi deshecho. "Y quiso la suerte que acertó a pasar por allí un labrador de su mismo

---

(1) El señor Unamuno, en su libro intitulado *Vida de Don Quijote y Sancho*, comentando la aventura de los mercaderes toledanos, concuerda con lo que nosotros acabamos de exponer y dice: "Aquí Don Quijote no se dispone a pelear por favorecer a menesterosos, ni por enderezar entuertos, ni por reparar injusticias, sino por la conquista del reino espiritual de la fe. Quería hacer confesar a aquellos hombres, cuyos corazones amonedados solo veían el reino material de las riquezas, que hay un reino espiritual y redimirlos así, a pesar de ellos mismos. Los mercaderes no se rindieron a pri-

lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino. El cual viendo aquel hombre allí tendido se llegó a él, y le preguntó quién era y qué mal sentía que tan tristemente se quejaba.„ Este es el simbolismo, la figura, vamos ahora a ver la realidad indubitable: Celebradas en la sinagoga todas las ceremonias prescritas cogieron a Jesús, sus padres, todo dolorido y maltratado, por la operación sufrida, y conociendo ellos por las palabras de Simeón cual era el origen y destino de aquel Niño, lleváronle con todo cuidado a su casa,

---

meras, y duros de pelar, acostumbrados a la sisa y al regateo, regatearon la confesión, disculpándose con no conocer a Dulcinea. Y aquí Don Quijote monta en quijotería y exclama: *Si os la mostrara ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.* ¡Admirable caballero de la fe! ¡Y cuán hondo su sentido de esta! Es claro que estas palabras solo pueden aplicarse a Jesucristo y por consiguiente Cervantes, en ese pasaje, hizo decir por boca de Don Quijote, verdades o doctrinas, que solo pueden ser dichas y exigidas por Dios.

ya para que se restableciera, ya para gozar de tan subido tesoro.

"¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado. Pero Pérez (que así se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? Seis días há que no parecen él ni el Rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio, etc.„ Es muy probable que apenas saliera Jesús del templo se dirían los sacerdotes y circunstantes: ¿Habéis visto ya como se han cumplido las profecías y cómo el Verbo divino a fuerza de leer todos los crímenes y pecados de la tierra, ha dado en la locura de redimir al mundo para derribar los tronos infernales que todo lo dominan y avasallan? "Lleváronle luego a la cama, y catándole las feridas no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más

desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.„ Este es el simbolismo y, le llamamos así, porque nuestros lectores no creerán en semejantes jayanes ni en tales molimientos. Veamos ahora la realidad: Es muy probable que una vez llegado Jesús a su casa, sus amorosos padres llevaríanle con todo cuidado a la cama y con el arrullo de mil celestiales músicos, con tiernos besos de María y José y con torrentes infinitos de luz y armonía, quedaríase dormido para descansar del molimiento sufrido en la Circuncisión, prenda de nuestra salud, consumación de la Ley y como las arras y el sello de la nueva alianza.

Durante la enfermedad de Don Quijote no ocurrió nada que tenga relación con nuestro propósito, como no sea el célebre escrutinio de sus libros por el cura y el barbero, sin que Don Quijote tuviera en esto parte alguna, "el cual aún todavía dormía. Pidió (el cura) las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. En-

traron dentro todos y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños, etc.„ Este es uno de los muchos incidentes que se encuentran en el *Quijote*, que aunque no afectan a lo sustancial de su historia, encierran sin embargo grandes enseñanzas. Parécenos, y no nos engañamos, que Cervantes en este capítulo tuvo muy presente, como excelente católico, a pesar de lo que han dicho algunos escritores desconocedores del espíritu de ese libro, la facultad que tiene la Iglesia de censurar todas las obras literarias en cuanto a lo que se refiere a la fe, la moral y buenas costumbres, que es en lo que consiste su Magisterio docente, y por eso aquel escrutinio lo hizo el cura y no el barbero, ni el ama y la sobrina (1). Magisterio que los tiempos y la perversidad de las doctrinas corrientes quieren arrebatarle con gran perjuicio

(1) Esta nuestra opinión coincide con la expuesta por el actual señor Obispo de Jaca, don Manuel de Castro, en su libro intitulado "La moralidad del Quijote.„

de la Fe y de la Moral. ¡Si el ama y sobrina de Don Quijote se lamentaban de que aquellas inocentes lecturas de los libros de caballerías habían perturbado la mente de su amo, qué dirían hoy y cuál sería el escrutinio que tendrían necesidad de hacer en la biblioteca del mundo, donde el error no tiene freno, ni la imprenta sosiego para vomitar por villas y ciudades todas las obscenidades de la materia! Si aquellos libros fueron arrojados al fuego, ¿qué harían hoy, no sólo con los libros, sino con los profesionales de la injuria, de la calumnia, del crimen y del robo, en una palabra, con los envenenadores de tinta, que son legiones y no sólo de libros de caballerías, sino de todos aquellos que tratan sin respeto ni miramiento alguno lo más santo y sagrado que existe en el cielo y la tierra?

Restablecido Don Quijote de su enfermedad, "solicitó un labrador vecino suyo, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse

con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas que se dispusiese a salir con él de buena gana, porque tal vez le pudiera suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della.„

"El señor Rodríguez Marín, en una de sus notas, dice: Según el Sr. Menéndez y Pelayo, el Ribaldo de *El caballero Cifar* "es hasta ahora el único antecesor conocido de Sancho Panza. Cervantes—añade el eminente polígrafo—no menciona *El caballero Cífar;* acaso le había leído en su juventud y no recordaría ni aun el título; pero no puede negarse que hay parentesco entre el rudo esbozo del antiguo narrador y la soberana concepción del escudero de Don Quijote. La semejanza se hace más sensible por el gran número de refranes que el Ribaldo usa a cada momento en la conversación... Pero el Ribaldo no sólo parece un embrión de Sancho en su lenguaje sabroso y popular, sino también en algunos rasgos de su carácter. Desde el momento en que, saliendo de la

choza del pescador, interviene en la acción de la novela, procede como un rústico malicioso y avisado, socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta las fantasías de su señor "*el caballero Viandante,* a quien, en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por "desventurado e de poco recabdo„, sin perjuicio de acompañarle en sus empresas y de sacarle de muy apurados trances...„ (Orígenes de la novela, tomo I, pág. CXCVIII.)„

No creemos de manera alguna que Cervantes tuviera necesidad de recurrir al *Caballero Cifar* ni mucho menos mencionarlo para crear la estupenda figura de Sancho, aunque no sabemos porqué procuró en cuantas ocasiones se presentaron en su libro empequeñecerlo y desfigurarlo, pues así como en el Evangelio encontró un Caballero para modelar el suyo y una Dama con virtudes sobrehumanas para que lo fuera de él no le iba a serle difícil encontrar un escudero o fiel servidor, que uniéndosele bajo las promesas que le hiciera Don Quijote formara con ellos los tres prin-

cipales personajes que habían de ser el alma de su obra. Y como estas cosas no son de fe ni a cien leguas a la redonda creemos que Cervantes miró más alto y decimos esto porque ni existió semejante ínsula ni tal escudero.

Veamos, pues, lo que dice el Evangelo y con él la Teología. En ese libro divino se nos enseña que Jesús instó y persuadió a un pobre carpintero y tales fueron las promesas que le hizo y el gobierno que le prometiera, que se determinó a seguirle de escudero y Jesús en su infinita humildad quiso ser súbdito suyo. Al primero le llamó Cervantes Sancho (1), y a éste le llama el Evangelio el Patriarca San José. Del primero dijo y le llamó Don Quijote "hombre de poca sal en la mollera„ y realmente era verdad puesto que no podía compararse con él en su sabiduría, de la misma ma-

(1) No sabemos por qué misteriosa coincidencia dice Cervantes: "Iba Sancho Panza sobre su jumento como un *patriarca*, con sus alforjas y su bota„. Vemos, pues, cómo además de escudero le llamó Cervantes patriarca. Serán modos de hablar, pero conviene anotarlos.

nera que el Patriarca no puede compararse nunca con Jesús. ¿Porqué Don Quijote no llama a Sancho criado y sí escudero que, como todos saben, significa guardián, custodio, defensa, etcétera?... Porque esa palabra indica servidumbre y Don Quijote en su alteza de miras, no podía ni debía llamar así al que le había prometido un gobierno, una ínsula, al que había de compartir con él sus glorias y trabajos. Por eso Jesús tampoco llama a San José, criado, sino escudero, varón fiel según aquellas palabras de los Proverbios: *Vir fidelis multun laudábitur et qui custos est Domini sui glorificabitur.*

Don Quijote díjole a Sancho, entre otras cosas, que se dispusiera a ir con él de buena gana porque tal vez "le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della." Remedo de lo que Jesús le había protido a San José, por boca de sus Patriarcas y Profetas, de que le daría un reino inmortal y tal poder en su casa que la gobernaría como el primer ma-

gistrado de ella. Son tan admirables las semejanzas de esos dos libros, que no parece más que aquél es la figura de éste como la sombra es indicio de la luz y para mayor claridad expondremos algunas. Don Quijote no tuvo padres, ni hermanos, como tampoco los tuvo Jesús en su generación divina. Don Quijote como la más alta representación del altruísmo humano, tuvo como madre, como hermana, como algo íntimo de su ser, a una mujer. El Verbo encarnado, vestido de las armas que le suministrara la naturaleza humana, desprovista del orín y moho del pecado tuvo por madre, hermana, señora en fin de sus pensamientos a otra mujer. La primera llevó el nombre simbólico de Dulcinea del Toboso. La segunda, María con todos los títulos y preeminencias que ha recibido del cielo y de la tierra. Don Quijote quiso que ella tirara a princesa y gran señora y Jesús quiso fuera la Señora de todo lo criado y Princesa por la realeza de su origen. ¿Pueden darse mayores semejanzas? ¿Será aventurado decir que el Quijote no es otra

cosa que el Evangelio con los dichos y hechos de Jesús, cambiados los nombres, las personas y las cosas, y adobados con el ingenio de aquel hombre inmortal que se llamó Miguel de Cervantes y que detrás de esas figuras que el poeta presenta ante nuestra vista, como dice Heine, se encierren profundas verdades, tan profundas, que se escapen y se hayan escapado al pintor plástico al trasladarlo al lienzo? Es posible. Si atendemos a los pensamientos que encierran esos dos grandes libros, veremos igualmente cosas muy semejantes que no hubieran podido existir nunca sin la existencia anterior del Evangelio, por aquello de que nada hay en el entendimiento si antes no hubiera estado en los sentidos y por eso Cervantes adornó a Don Quijote con tres grandes ideales. El primero es su amor, su indecible amor a Dulcinea del Toboso, el segundo, su caridad y abnegación por el necesitado, y el tercero, el respeto que siempre tuvo a la orden de caballería que él voluntariamente había profesado sombra, remedo, o como quiera

llamársele del inmenso e infinito amor que Jesús tiene a su Iglesia, esposa inmaculada con la que celebró tierno y dulce himeneo y a su Madre que le había engendrado en el tiempo y por eso todos sus pensamientos, todos sus deseos y desvelos, son para esos dos objetos predilectos de su corazón. Por ellos vive, por ellos lucha y muere y obliga al infierno al mundo y la carne a confesar que ellos son los seres más hermosos que han existido y existen en el mundo.

Y en esa lucha no busca más que al menesteroso, al desvalido y consuela al triste y a los hambrientos los nutre con su propio cuerpo, sangre, alma y divinidad y ampara a los que padecen persecución por la justicia, azotando la cara de todos los tiranos con el látigo de sus hermosas enseñanzas y no consiente que nadie mancille y vitupere el divino ministerio que ha recibido del cielo y hace confesar a todas las potestades que Él es el Mesías verdadero el Redentor del mundo el que vino a castigar todas las iniquidades de la tierra y todo cuanto se lea en ese sentido en *El Qui-*

jote, no es otra cosa como antes hemos dicho que un remedo, una figura de ese libro divino llamado Evangelio. Después de lo referido no encontramos nada que diga relación con nuestro objeto, y por eso, dejando todo cuanto se menciona en él, comentaremos la aventura de los molinos de viento, que para nosotros es un simbolismo de otras grandes realidades. Don Quijote empeñóse en que eran gigantes, bien a pesar de lo que Sancho le decía:—"Mire vuesa merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino, etc.„ ¿Qué significaban aquellos molinos de viento sino los muchos que los hombres habían levantado desde Adán hasta el momento histórico en que Jesús empezó su batalla contra aquellos desaforados gigantes (1), que recibían los unos el nombre

(1) Esta misma explicación parece darla Cervantes en el capítulo 8.º de la segunda parte, cuando le dice a Sancho: "Hemos de matar en

de idolatría, cuyos brazos llegaban hasta el cielo; el otro esclavitud, que trituraba el don más precioso de la criatura; el de más allá liviandad y corrupción, que encenagaban el espíritu; estotro, soberbia, molino que mueve todas las concupiscencias humanas, y con razón llamados molinos, porque todo lo muelen y despedazan, y de viento, porque algún día, y por la virtud Omnipotente de Jesús, había de esparcirlos y hacerlos

---

los gigantes, a la soberbia, a la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros„. Es claro que eso no era propio de Don Quijote, sino de aquel que vino al mundo a romper la esclavitud en que le tenía el demonio, rociando de Gracia divina a la voluntad y a la inteligencia, para poder llegar al vencimiento de esos gigantes que la combaten.

polvo con las aspas de su poder infinito, y no en una sola batalla, en un solo día, sino por todos los días, por todos los siglos hasta la consumación del tiempo y del espacio, sin romperse la espada y sin caída del caballero. Y si algo faltaba para destruir esos molinos de viento, Mahoma vino al mundo como instrumento providencial de alto destino. Y le realizó. Hacía dos mil años que había sonado en Israel voz misteriosa, que reveló "que la idolatría sería *completa mente* destruída„ (1). Y después de la victoria de Beder, rodaron los ídolos árabes . Y después de la victoria de Yermuck, rodaron los ídolos sirios. Y después de la victoria de Nehavend, rodaron los ídolos persas. Y de esta suerte, de pueblo en pueblo, de nación en nación, cayeron las falsas deidades, con la diferencia de que lo que ahora se cumplía en Oriente al galopar de los corceles y al crujir de los sables de los sectarios del Islam, habíase cumplido muchos siglos antes en Occidente por la palabra

(1) Isaías, 2, 18.

y el ejemplo de los Apóstoles del Evangelio (1).

Después de esta aventura nos encontramos con la muy conocida del Vizcaíno con el que Don Quijote sostuvo la que para nosotros fué una lucha simbólica y que se refiere en estas palabras: "Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes no parecían sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenían. No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos y apretando más la espada en las dos manos, con tal fu-

---

(1) Esta aventura, en sentido menos teológico o moral, puede significar los muchos molinos de viento que todos levantamos en nuestra mente en el transcurso de la vida.

¡No serían pocos los que Cervantes construyera al verse tan perseguido por la adversa fortuna en los lances tan intrincados y dificultosos con que tuvo que luchar, destruídos las más de las veces por ingratitudes y descomedimientos de gentes que valían muchísimo menos que él!

ria descargó sobre el Vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices, por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, sinó se abrazara con el cuello, etc...„ Contrastemos ahora esa lucha con la real y verdadera que nos refiere el Evangelio.—Gran trabajo costó a Jesús vencer a aquel desaforado Vizcaíno llamado también satanás, es decir, adversario y mal enemigo que otros llaman "demonio sabio,„ nombre que los griegos daban a divinidades o seres intermedios entre los dioses y los hombres, fuesen malos o buenos, diablo, calumniador, dragón o serpiente antigua, tentador, maligno, príncipe de las tinieblas, etc. Es de saber, que habiendo salido Jesús a pleno campo, esto es, al Desierto, presentósele ese feroz enemigo y tentándole de mil maneras al verlo seco y desmedrado le desafió diciéndole: "Si eres Hijo de Dios dí que estas piedras se conviertan en pan.„

Otra vez quiso averiguar si era Hijo de Dios y llevándole a Jerusalén, la ciudad santa, lo puso sobre el pináculo del Templo y le dijo: "Si eres hijo de Dios, échate de ahí abajo. Porque está escrito que ha ordenado a sus ángeles acerca de tí que te conserven y que te lleven en las manos para que no tropieces con tu pie en la piedra." Derrotado en todas estas tentativas el infernal enemigo, arremetió furioso contra Jesús en esta forma: "Lo cogió para un monte muy alto y le mostró desde allí todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos en un punto de tiempo. Y le dijo: "Todas estas cosas, todo este poder y la gloria de todo esto te daré, si postrado me adoras; porque todo ello se me ha entregado y le doy a quien quiero. Pues bien; si me adoras todo esto será tuyo." Estúvole escuchando Jesús con su infinita paciencia hasta que encolerizado, por tanto atrevimiento, descargó sobre él tal lanzada "que comenzó a echar sangre por las narices, por la boca y los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, sinó se abrazara con el cuello." ¿Por

ventura, aquella lucha de Don Quijote con el Vizcaíno no encierra un sentido más profundo que el simple pelear de dos personajes simbólicos e ilusorios? Nosotros sin quitarle nada a la ingeniosa novela, creemos que aquello no era otra cosa, sino la lucha real y verdadera que acabamos de mencionar, y que ya Isaías había profetizado en estas palabras: "¿Cómo cesó el tirano y se acabó el tributo? Quebró el Señor el cetro del impío y la raza del dominador, del que en su indignación hería a los pueblos con llaga incurable, del que sojuzgaba a las naciones con furor y las perseguía con crueldad. Descansó y enmudeció la tierra, y se gozó y regocijó.

Los abetos y cedros del Líbano, exclamaron en su alegría: "Desde que caíste, rey de Babilonia, no subirá quien nos corte. El infierno se conmovió para recibirte, despertó a los poderosos a quienes derribaste, y ellos se levantaron de sus solios para decirte a modo de insulto: "También como nosotros fuíste herido, abatida fué tu soberbia, hasta el profundo; y rodó tu cadáver, cuyo lecho

será la polilla y su cobertura los gusanos.„ ¿Cómo caístes Lucifer desde el cielo de tu imperio, cuando te ilumina-ba el resplandor de la mañana?, etc.

Después de las escenas descritas, pasaron tan discretas y sabrosas conversaciones entre Don Quijote y Sancho, que no hay para qué referirlas. "Díme por tu vida, ¿has tu visto más valeroso caballero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historia alguna otro que tenga ni haya tenido más brío en el acometer, más valiente en el perseverar, más destreza en el herir y más maña en el derribar?„ ¿A quién pueden aplicarse esas palabras en sentido verdadero, en sentido estricto, de tal modo que al que se las apliquemos no las desmienta jamás ni las haya desmentido nadie? Es claro que Cervantes no se las pudo aplicar a Don Quijote en el sentido mencionado, porque, a pesar de todas sus valentías y destrezas, no fué el caballero más valiente del mundo, ni pudo realizarlas, por ser un ente de razón. ¿Querría Cervantes significar con ellas el heroísmo de nuestra raza con-

quistadora y civilizadora de mundos? En un sentido lato tal vez pudieran aplicarse a ella esas palabras. ¿Querría significar bajo la sombra de Don Quijote a algún Emperador, Rey, Filósofo o Pontífice? No lo creemos; pues ninguno de cuantos han existido pueden hacerlas suyas. ¿Quién hay, pues, en el cielo y en la tierra, que de una manera real y absoluta haya sido el más valiente del mundo y jamás vencido? Veamos si en el Evangelio existe alguien al que puedan aplicarse esas palabras y en él tengan cumplimiento y se realicen. Para nosotros es indudable que entre los dulcísimos coloquios que tendrían Jesús y su amantísimo padre en la quietud divina de su taller de carpintero, diríale estas o parecidas palabras: "¿Has tu visto, Señor, más valeroso que yo, o has leído en historia alguna que haya existido nadie más fuerte que el Fuerte de Israel? ¿Quién, sino yo, herirá de muerte al infierno, transformará el mundo y derribará todos los ídolos de la tierra? ¿Quién será grande en mi presencia y quién se jactará de haberme vencido? Tú verás

pasar los siglos y las generaciones todas, y nada se opondrá al torrente de mi voz. Los tronos caerán y las naciones cambiarán de dueño, de riqueza y poderío. Los astros apagarán sus luces como en noche de tinieblas, y la tierra, retorciéndose en la agonía de su muerte, verá como no hay quien tenga más brío en acometer, más aliento en el perseverar, ni más maña en derribar que la fuerza de mi brazo. Tú verás levantarse inmensas legiones para combatirme y para borrar mi nombre de la tierra. Verás después grandes revoluciones en todos los pueblos con ejércitos aguerridos para destruir mis enseñanzas, y no tendrán más remedio que exclamar: ¡Venciste, Galileo! Díme, por tu vida, ¿has tu visto ni leído en historia alguna más valeroso caballero, ni brazo más fuerte que el Fuerte de Israel?„ He aquí cómo la realidad y la verdad divina del Evangelio esclarece y explica el símbolo del Quijote. Por eso creemos que Cervantes tuvo como idea madre, como ejemplar para escribir su historia, el libro divino del Evangelio, aparte, naturalmente,

del ingenio y la invención con que le adornara.

Asaz, atropellado, quedó Don Quijote en la lucha sostenida con el Vizcaíno, de tal modo, que le manaba abundante sangre por una oreja, lo que, visto por Sancho, le aconsejó se curara con las hilas de un poco ungüento blanco que llevaba. "Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás; que con sola una gota se ahorrara tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?, dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; que así cuando yo le haga y te le dé no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente, la parte del cuerpo que hubiera caído en el suelo (y con mucha sotileza, antes que la sangre se hie-

le), la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla advirtiendo de encajalla igualmente y al justo; luego me darás a beber solo dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

Si eso hay, dijo Sancho Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, etc.„

"Esto del *bálsamo de Fierabrás*, dice el señor Rodríguez Marín, no fué una invención de Cervantes; en la *Historia caballeresca de Carlomagno*, publicada en castellano por Nicolás de Piamonte, dice Fierabrás a Oliveros, mortalmente herido (cap. XVII) que para sanar en un punto se llegue a su caballo y hallará "dos barrilejos atados al arzón de la silla, llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalem; de este bálsamo fué embalsamado el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la Cruz y fué puesto en el sepulcro; y si dello bebes quedarás luego sano de

tus heridas.„ Y así sucedió en efecto.„

Bien pudo ser esto, pero también pudo referirse a otras verdades más profundas. Veamos si podemos encontrarlas en el Evangelio: En primer lugar debemos advertir que, según se desprende, aquel bálsamo tenía la virtud de dar la vida a todo el que lo bebiera, lo que nos recuerda aquel pasaje del Evangelio en el que se nos dice que habiéndose sentado Jesús junto a la fuente de Jacob, se le acercó una mujer de Samaria a la que pidió le diera un poco de agua. Quedóse sorprendida al ver que un judío la pedía agua hasta que Jesús dijo: "Si supieras el don de Dios, y quien es el que te dice: dame de beber: tú de cierto le pedirías a él y te daría agua viva. Sorprendida la mujer con estas palabras y viendo que el pozo era tan hondo y que no tenía con qué sacarla, le replicó: ¿por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de él y sus hijos y sus ganados?„ Jesús le dijo: "Todo aquél que bebe de este agua, volverá a tener sed; más el que

bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed.„ (1) Es decir le daré la vida y no una vida terrenal y pasajera, sino la vida eterna. ¿Quién no preferiría esta benditísima agua en vez del bálsamo de Fierabrás? Por eso Sancho que sabía aprovecharse de todo lo que le convenía, al ver que aquella medicina tenía tal virtud, le dijo a Don Quijote: "Si eso hay yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor.„

Palabras muy parecidas a las que pronunció la Samaritana, que por las trazas tampoco debía ser tonta, porque le dijo a Jesús: "Dame esa agua para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla. También puede significar aquel bálsamo la palabra de Dios, puesto que nos ha dicho que todo aquél que creyere en Él no morirá eternamente y el que bebiere del bálsamo purísimo de su divina

(1) Joan, c. IV.

sangre tampoco morirá. Esta es la realidad que explica al símbolo y fuera de ella no pueden encontrarse sino disparates absurdos y errores que en Cervantes, dado su gran talento, no pueden suponerse al menos de admitir como dice Heine "que detrás de las figuras que el poeta hace pasar por nuestra vista existan verdades profundas que se escapan al pintor plástico. ¿Será fuera de propósito suponer que aquel bálsamo significaba la virtud del Señor que sanaba a todos los que estaban enfermos o hiciera alusión a estas otras palabras: "El Padre le mostrará á su Hijo obras aún mayores, tales que quedaréis asombrados. Porque así como el Padre resucita a los muertos y dá la vida, así también el Hijo dá la vida a los que quiere. ¿Quién no ve que el mencionado pasaje del Quijote es un símbolo, una figura, de lo que Jesucristo había obrado en el mundo con el bálsamo de su divina palabra y lo que después tenía que realizar con su poder infinito en la sucesión de los siglos? ¿Es que Don Quijote, o mejor dicho Cervantes, iba a

creer en la virtud de ese brebaje, suponiendo podía dar la vida? No: eso era una figura de la Omnipotencia de Jesús. A Él le bastaba presentar una escena graciosísima como fué aquella en que Sancho bebió del referido licor y lo consiguió, a las mil maravillas, envolviendo una verdad en una escena graciosísima para que todos la celebren y la rían.

Después de algunas otras aventuras, que no hacen nada a nuestro intento, Don Quijote y Sancho tropezaron con unos desalmados yangüeses que los apalearon por culpa de los no muy castos amores de sus jumentos, dejándolos por el suelo de mala traza y peor talante. En resolución, Sancho acomodó a Don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó, poco más o menos, hacia donde le pareció que podía estar el camino real, y la suerte, que sus cosas de bien mejor iba guiando, aun no había andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta que a pesar suyo y

gusto de Don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, etc.„ Este es el símbolo y le llamamos así porque nadie creerá que tales cosas sucedieran. Veamos ahora si en la realidad del Evangelio con sus claridades alumbra algo aquel simbolismo.

También salieron molidos y maltrechos dos caminantes que iban en busca de posada, para cumplir con la Ley. Es pues el caso, que por aquellos días, según refiere el Evangelio, salió un edicto de César Augusto, mandando formar el censo de todo el orbe. El primero que formó la estadística de todas las gentes que estaban bajo el yugo de Roma, fué Julio César, completando más tarde este trabajo Augusto. Una de estas veces fué cuando se hizo según San Lucas un empadronamiento, no precisamente el año del nacimiento de Cristo, sino por aquel tiempo. Para formarle, valíanse de varios legados. Uno de estos fué Quirino, el cual estuvo en Siria dos veces y en una de estas fué cuando María y José tuvieron que ir a Belén

Como José era de la tríbu de David y éste era de Belén a Belén, tenían que ir a empadronarse. "Fué José, pues, de Nazareth de Galilea a Judea a la ciudad de David que se llama Belén porque pertenecía a la casa y familia de David para empadronarse con su esposa María que estaba encinta.„ La distancia que separaba a ambos puntos, eran unos 120 kilómetros. ¿Qué de extraño tiene que al recorrer esta distancia hasta llegar a Belén, donde habían de buscar refugio, encontrasen todo género de molestias, fríos, sustos y todo género de peligros? Una vez que hubieron llegado allí, José fué en busca de buen acomodo en casa de sus parientes y no encontrándole, tuvo que refugiarse en una mala posada o tal vez gruta que, como dependencia de la misma, serviría para la gente más pobre, porque en la posada no encontraron albergue, ya por la la mucha gente que por aquellos días se juntaron en pueblo tan pequeño, ya por que vieran los dueños la poca ganancia que de su pobreza podían sacar. Esta es la realidad del hecho que nos refiere el

Evangelio aclarando el de los otros dos caminantes que iban en busca de posada o venta, aunque a Don Quijote le pareciera castillo. Una vez que Don Quijote y Sancho llegaron a la venta, una gentil moza ayudó a la doncella y las dos hicieron una muy mala cama a Don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de Don Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sútil parecía colcha, lleno de bloques, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga , y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar no se perdiera siquiera uno de la cuenta... El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote, estaba primero

en mitad de aquel *estrellado establo* (1) y luego, junto a él, hizo el suyo Sancho que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana; sucedía a estos dos lechos el del arriero fabricado, como se ha dicho de las enjálmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, etc.„ Este es el simbolismo. Veamos ahora que realidad nos presenta el Evangelio y si ésta nos da luz para descorrer el velo que cubre a aquel símbolo: Acomodados los dos castísimos esposos en la posada, aconteció que se cumplieron los días en que María había de parir. "Y parió a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre; porque no había lugar para ellos en el mesón (2). Allí fué donde el Verbo divino como cosa de la media noche salió de aquel vientre más

(1) Subrayamos la frase para que el lector al encontrarse con ella de nuevo compare escena con escena, lecho con lecho, pues creemos que no sin misterio la escribió Cervantes.

(2) San Lucas, c. II, v. VII.

puro que el sol, las estrellas y todos los seres, es decir, el Salvador del mundo. Allí fué donde tuvieron cumplimiento las profecías, donde los cielos se alegraron, el infierno tembló y la tierra estremecióse de estupor y espanto. Allí, por último, fué donde nació, no la figura, sino el verdadero caballero que había de amparar con su divino brazo a todos los desválidos e indefensos de la tierra. Allí fué donde Jesucristo, el hombre perfectísimo, el verdadero que venía a este mundo a redimirlos de todos sus crímenes y pecados, tuvo por cama un pobre y mísero pesebre, por luminarias las estrellas y por finos y delicados abrigos unas endebles pajas que algunos animales habían dejado por comer, para que le sirvieran de cuna al Rey de los cielos y la tierra el que humillándose la ensalzaba purificándola de todas sus iniquidades al mismo tiempo que destruía la barrera infranqueable que separaba al cielo de la tierra para que todos en un himno de inmensa alegría pudieran exclamar: "Levántate, ilumínate Jerusalén, porque viene tu luz y la gloria de

Jehová ha nacido sobre tí. Las naciones vendrán a tu luz y los reyes hacia la claridad de tu aurora. Levanta tus ojos a tu alrededor y mira; todos se juntan, todos vienen a tí. Tus hijos, te vienen de lejos, tus hijas vienen en brazos. Tú lo verás y estarás radiante, y saltará de gozo y se admirará tu corazón. La riqueza del mar vendrá a tí y la fortaleza de las naciones acudirá. Un diluvio de dromedarios te inundará; los camellos de Madian y de Efa.„ ¿Quién no ve las marcadas semejanzas que existen entre ambos relatos? Don Quijote, el amante de la justicia, duerme en un pesebre y la Justicia misma en el mismo estado de abandono y pobreza. Don Quijote y Sancho duermen entre las mulas de aquella recua que allí estaba lo mismo que Jesús con sus santísimos Padres. Enjalmas cubrieron al armado caballero, pajas dieron calor al recién nacido. Si Cervantes al escribir aquel episodio de la venta no siguió en todos sus detalles al Evangelio, nunca podremos llegar al conocimiento de las cosas por las semejanzas que encierran y la analogía que ten-

gan entre sí. No. Aquella aventura es una copia fidelísima con nombres, personas y cosas cambiadas de aquella otra venta o posada, donde naciera el Cordero de Dios, el que venía a sacarnos de la esclavitud de Egipto, el que, en una palabra, era nuestro Salvador y Redentor.

Apenas salieron Don Quijote y Sancho de la venta, cuando Don Quijote le dijo: "¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas e innumerables gentes por allí vienen marchando." Miró Sancho atentamente y solo vió dos numerosos rebaños de ovejas que a lo lejos se parecían y así se lo hizo notar a Don Quijote; mas éste empeñóse en que eran dos ejércitos y como a tales dispúsose a combatirlos. "Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto a Dios que son carneros y ovejas los que va a embestir; vuélvase, desdichado del padre que me engendró; ¿qué locura es esta?; mire que no hay gigante, ni caballo ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escu-

dos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¡qué es lo que hacel, pecador soy yo a Dios, etc.„ Este es el símbolo, y le llamamos así porque los lectores no creerán en la existencia de tales carneros y ovejas. Confrontémosle ahora con lo que nos dice el Evangelio: ¿Serían acaso estos pastores y ovejas las que San Lucas en el capítulo segundo nos dice: "qué había en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche, los cuales irían o volverían de adorar al recién nacido?„ Pues es cosa rara y extraordinaria que apenas hubo salido Don Quijote de la venta nos hable de pastores, ovejas y carneros. Tal vez sea esto para no perder la hilación de aquel otro caballero que quedaba envuelto en pañales en el ya descrito pesebre, y mucho más teniendo en cuenta que apenas había nacido Jesús, cuando de repente se le apareció a unos pastores una muchedumbre inmensa de ángeles, y les dijeron: "No temáis, porque venimos a daros la nueva noticia de un gran gozo para vosotros y todo el pueblo. Hoy os ha nacido un

Salvador, que es Cristo, Señor en la ciudad de David. Y esta será la señal para conocerle. Hallaréis un infante empañado y reclinado en un pesebre„ (1). Como vemos, Don Quijote encontró a los pastores y las ovejas fuera de la venta. Jesús en su pesebre y mísero aposento, pues esta es la diferencia que existe entre Dios y el hombre, y es que éste tiene siempre que buscar a Dios, o para darle gracias por su misericordia, o para someterse al fallo de sus grandes justicias. ¿Qué significaban aquellas manadas de ovejas y carneros que Don Quijote tan ferozmente combatiera? Figuraban los formidables ejércitos que Jesucristo venía a combatir en la tierra, no en una, sino en muchas y variadas batallas, es decir, hasta la consumación de los siglos, pues verdaderos ejércitos eran los que tributaban culto a dioses falsos, cayendo el hombre en los mayores absurdos y aberraciones, tanto en el orden religioso como en el moral. Ejércitos inmensos eran los que gemían bajo

---

(1) Lucas, c. II, v. X.

el peso de la esclavitud, de tal manera, que eran considerados como verdaderos rebaños de ovejas castigadas con la honda de todas las tiranías. Rebaños incontables eran los que públicamente vendían la más hermosa de todas las virtudes, y por todo esto necesitábase un Redentor que, con la espada en ristre y calada la visera, destruyese tanto crimen en bien y gloria de la humanidad y grandeza de la tierra.

A esta aventura podemos darla otra interpretación que tal vez no desagrade a los lectores. Recordarán que antes que Don Quijote, sin oir los consejos de Sancho, embistiera a aquellas manadas de ovejas que él creyó ejércitos formidables, le dijo: "Retirémonos a aquel altillo que allí se hace donde se deben descubrir los dos ejércitos„ y con voz levantada comenzó a decir: Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Lancarco, señor de la puerta de plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres

coronas de plata en campo azul, es el temido Mico Colombo, gran Duque de Quirosia; el otro de los miembros gigantescos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres *Arabias* (1), que viene armado de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos, etcétera.„ No hay que perder de vista que todas estas cosas aconteciéronle a Don Quijote a la salida de la venta donde "el duro, estrecho, apocado y fementido lecho estaba primero en mitad de aquel estrellado *establo*. Pues bien, otro caballero o Señor vió asimismo "en tiempo de Herodes el Rey, unos Magos que vinieron del Oriente a Jerusalén„ (2). Estos Magos de que habla aquí el Evangelista, eran, según la opinión de San Jerónimo, hombres sabios y filósofos apli-

(1) Subrayamos la frase para confrontarla más adelante con otra del Evangelio.

(2) Mateo, cap. II, v. I.

cados al conocimiento de las cosas naturales. Entre los persas eran llamados magos y tenidos en el mayor respeto los Ministros de la Religión que atendían al culto de la Divinidad y se aplicaban al conocimiento de ella. Por el Oriente entienden algunos la Persia, y otros la Arabia, y esto parece más conforme a lo que dice David en el Salmo LXXI, 10: *Que los reyes de los árabes y de Sabá ofrecerían presentes*. De aquí han creído algunos intérpretes que fueron reyes, o por lo menos, de los más principales y más nobles del país. ¿Serían acaso estos reyes o duques los que Don Quijote viera en su loca fantasía trabucando nombres, ya que la procedencia la nombra lo mismo que el Evangelio los que fueron a adorar a Jesús en el pobre y mísero establo do naciera? No nos parece cosa inverosímil, pues así como aquellos ejércitos dieron motivo a Don Quijote para librar aquella descomunal batalla contra inocentes corderos y mansas ovejas, tal vez querría recordar cuando "Herodes vió que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho,

y enviando hizo matar todos los niños que había en Belén y en toda su comarca de dos años y abajo„ (1). Inocentes y mansos corderillos "cuya voz fué oída en Ramá; lloro y mucho lamento; Raquel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son„ (2); Sancho dijo que eran pastores y ovejas las que él veía, los mismos que fueron a adorar a Jesús; Don Quijote, que eran reyes o príncipes que venían de la Arabia, y así como los verdaderos fueron la causa, aunque involuntaria, de que Herodes matara tanta inocente criatura, Don Quijote no quiso ser menos matando aquí y acullá mansísimas ovejas. Si esto fué así se ve de una manera indubitable cómo la verdad del Evangelio comprueba y afirma el simbolismo del *Quijote*.

Harto, molido y estropeado quedó Don Quijote con la pasada aventura, consolándole Sancho de la mejor manera que pudo, pues una cosa era que los pastores fueran por ordenación divina a

(1) Mateo, cap. II, v. XVI.
(2) Mateo, cap. II, v. XVIII.

adorar al Redentor de los hombres, y otra que Don Quijote, en su locura caballeresca, viera gigantes allí donde ni siquiera hubo enanos hasta que encontraron a unos Sacerdotes que llevaban un cuerpo muerto. "Detenéos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de donde venís, a dónde váis, que es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, bien para castigaros del mal que fecísteis, o bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.— Llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, etc.„ Este es el simbolismo, y le llamamos así, porque nadie creerá en semejante muerto, a menos de darnos

motivo para parodiar las palabras del poeta: "Los muertos que vos vísteis gozan de buena salud.„ Veamos ahora lo que nos enseña el Evangelio: ¿Qué fué lo que Jesucristo se encontró al nacer en el mundo y por qué vino a él? Un muerto, un cadáver completamente putrefacto, llamado género humano. No fué creado así, pero el hombre, desobedeciendo los mandatos divinos, rompió con su libertad mal entendida el cetro y la corona con que pudo dominar en gracia a toda la creación. Desde ese momento quedó muerto, en orden a su salvación eterna. Su inteligencia debilitóse, se reveló contra aquél hasta el punto de ver y contemplar lo mejor, siguiendo sin embargo lo más malo, y a medida que se fué apartando de aquel foco de luz donde tuviera su origen, cayó en todos los errores, crímenes y pecados, en una palabra, murió para todos los progresos del espíritu y la materia. Esto fué lo que Jesucristo encontró en su camino, y cómo Dios era el único que podía darle vida verdadera. "Porque así como el Padre resucita a los muertos y da la vida

así también al Hijo, el Hijo da la vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo ha dejado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre.„

Vida que no pudieron darle sus filósofos, emperadores, magnates y sacerdotes, y por eso tenían que conducirlo al sepulcro que habían cavado, pues todos ellos no hicieron otra cosa que estimular y avivar el aguijón de las pasiones por medio del sentimiento de la divinidad que debe ser siempre su freno. El orgullo y la voluptuosidad eran inventadas y preconizadas por ellos bajo sus más groseras y degradantes formas. Crearon una multitud de divinidades con los más odiosos caracteres, atribuyéndoles la infamia de crímenes atroces y el mundo adoró la personificación viva de la borrachera, del incesto, del rapto, del adulterio, de la bellaquería, de la crueldad y el furor que sugerían al corazón del hombre, argumentos prácticos en favor de sus inclinaciones. —"Júpiter sedujo una joven cambiándose en lluvia de oro, hace decir Terencio

a uno de sus actores, yo, mezquino mortal ¿no podré hacer otro tanto? "Ovidio, cuya autoridad, como dice Chateaubriand, no es sospechosa, se oponía a que las solteras fuesen a los templos, para que no viesen las muchas madres que Júpiter había hecho. Los goces de la sensualidad y todas las torpezas y barbaries que le sirven como de cortejo, eran llevados hasta el más alto punto y los mismos que hubieran debido ilustrar a su siglo acerca de estas aberraciones, las veían y las cometían también ellos mismos con una tranquilidad y una sangre fría que espanta. Así es que se encontró el cadáver indio sobrenadando en las sagradas aguas del Ganges; el cadáver persa tendido sobre altísima roca para que los buitres le devoren; el cadáver egipcio fajado para representar segunda infancia; el cadáver griego entregado a las llamas para que legue después sus cenizas; el cadáver romano insepulto en la fétida fosa de sus grandes crímenes y vicios. Tal era la situación del mundo cuando el Salvador vino a él para darle sepultura, evitando de

este modo el hedor que llegaba hasta el trono del Altísimo alumbrado por su antorcha divina y de su poder infinito. He aquí como el Evangelio comprueba el simbolismo del Quijote.

Terminada la aventura que acabamos de referir, fueron Don Quijote y Sancho en busca de una fuente a mitigar la sed y no habían andado doscientos pasos "cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Era la noche obscura y ellos acertaron a entrar en unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la obscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo, etc.„ Esta aventura sí

que debe encerrar un gran simbolismo, un gran misterio, cuando aquel ruido tanto pavor puso en el valiente corazón de Don Quijote. Veamos ahora como lo explica el Evangelio:

¡Con cuánta perfección representó el pueblo judío el ruido que había de producir la venida de Cristo y cómo supo alongarlo por todas las naciones del mundo! Pues mientras éste andaba a ciegas por la angosta senda de sus intereses individuales; mientras sus escuelas se contradecían mutuamente por la oposición de sus respectivas doctrinas; mientras la política, la religión y la filosofía divagaban por senderos aislados y sin salida y mientras todo en ellas parecía dirigido por ese ciego destino, con el cual habían formado el más poderoso de sus dioses, el pueblo judío no tenía más que una doctrina, una política, un destino, una idea fija, la de anunciar, simbolizar y esperar al Mesías prometido y este anuncio y esta venida formaba un ruido tan espantoso y extraño en los unos y los más veían en él el faro de todas sus esperanzas ansiando

llegara *el Deseado de las naciones—aquel en quien todas serán benditas—el Príncipe de la paz—el Angel de la alianza—El Cordero de Dios cargado con los pecados del mundo—el Justo, que brotará de la Tierra y lloverá de las alturas del Cielo, para salvar a la una por el otro y reconciliarlos por su mediación.* Y si esto acontecía en el estado de esperanza en que todos los pueblos se encontraban, ¿qué ruido, qué estruendo no se sentiría al llegar Jesucristo a este mundo, prado ameno que había de fertilizar con su sangre y mucho más al realizarse aquella dulce y consoladora esperanza? Y en verdad era un ruido sordo, lejano, pero tan grande que puso espanto en muchos corazones y en no pocos pueblos. Susurrábase ya la venida del Mesías, pues como había salido el cetro de la casa de Judá, signo evidente de su venida, todos esperaban este acontecimiento y no se hablaba de otra cosa en las familias. Por todas partes extendíase ese rumor vago que precede a los grandes sucesos que han de acontecer a una ciudad o reino sin poder

explicar su origen y su causa. La primera noticia oficial de esta venida, diéronla los Angeles a los Magos que desde lejanas tierras fueron a adorarle. "Caminaron, pues, llenos de fe ardiente y de esperanza y llegaron ansiosos a la Corte del gran Rey. Grande debió ser su sorpresa al ver en la capital que nadie hablaba del Rey de aquella estrella, a quien ellos tan afanosos venían buscando desde el fin del mundo. A pesar de todo y como la cosa más natural, comenzaron sin recelo ni vacilación a preguntar a los que encontraron. "¿Dónde está el nacido Rey de los judíos, porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle?„ En Jerusalén, si, había un Rey, pero ese era Herodes, rey usurpador, rey aborrecido, rey sangriento y receloso que por do quiera veía sombras de usurpadores y fantasmas, de conjurados, para destronarle, y por eso al tener noticias de aquel rey, tembló y toda Jerusalén con él. La pregunta de los Magos era muy expuesta y la respuesta también. Y por eso, nadie debió responderles por miedo. Pero astuto

como era, disimuló y combinó sus planes. "Reunió a todos los príncipes de los Sacerdotes y a los Escribas del pueblo (que eran los instruídos a interpretar la Sagrada Escritura), y les iba preguntando dónde debía nacer el Cristo; y le dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por el Profeta que dice: "Y tú Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales villas de Judá; porque de tí saldrá el capitán que debe regir a mi pueblo Israel.„ Calló Herodes y los despidió y luego sin testigos "llamó secretamente a los Magos, se enteró de ellos con mucho cuidado acerca del tiempo en que se les apareció la estrella y despidiéndoles para Belén, les dijo: Id averiguad bien lo de ese niño y cuando lo halléis, enteradme de todo, para que yo también vaya y le adore (1).„ La llegada de estos personajes a Belén, su indumentaria y acompañamiento, debió llamar grandemente la atención de sus habitantes y como muchos de ellos serían de otros puntos, que estaban allí

(1) Lucas, c. II; v. X y siguientes.

por razón del empadronamiento mandado hacer por Augusto, llevarían a todas partes la noticia de lo que habían visto. Todos se preguntarían, quien sería aquel niño, que a pesar de su pobreza extrema, recibía tales homenajes y las hablillas de las gentes, muy propias en tales casos y aun en otros que no lo son tanto, irían formando ese rumor que precede siempre a los grandes acontecimientos. También al ser presentado en el templo y saludado por Ana y Simeón con aquellas arrebatadoras palabras de alabanza en las que lo reconocían como Redentor, servirían muy mucho para que poco a poco se fuera extendiendo la creencia de que había llegado el momento deseado por todas las naciones de la tierra y así cada vez sería mayor el ruido que puso terror y espanto en todos las corazones. En el hombre soberbio, porque su moral santísima combatía su pecado. En los amantes de las riquezas porque las rechazaba. En el hambriento de placeres porque los condenaba, y de este choque tremendo entre la virtud y el vicio, en-

tre el mundo antiguo y el nuevo Evangelio que iba a predicar con sus admirables enseñanzas, nacería aquel ruido desconocido por todos y que asustó, pasmó y tuvo en suspenso a la tierra durante la noche oscurísima de sus errores y pecados hasta que amaneciera la riente aurora y todos se penetraran que Él era el batán divino que azotaría las corrompidas aguas de todas las concupiscencias que habían anegado al mundo y que Él era el que venía a salvarla y redimirla de sus grandes iniquidades. Y es que Dios, como dice un escritor contemporáneo, no había de abandonar al acaso al que había formado a su imagen y semejanza. En el siglo IX, antes de nuestra era, las expediciones belicosas del caldeo Sardanápalo, y en el VIII los del asirio Salmanasar, esparcieron providencialmente las doctrinas de los antiguos profetas de Israel por todas las regiones entonces conocidas. Preparados así los espíritus por la guerra, cuando no por el comercio marítimo de los navegantes fenicios a lo largo del Mediterráneo

y de los navegantes japoneses a lo largo del Océano Indico, y por el comercio terrestre de las caravanas etiopicoegipcias, desde Meroe y Ménfis a Babilonia y Nínive, y de las caravanas caldeo-asirias, desde Babilonia y Nínive a Sangola y Patala; alzáronse a poco en Judea las voces de sus cuatro grandes profetas: Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel, que anunciaron terminantemente, no ya la venida, sino la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; eco que resonó sin duda del Ganges al Alfeo, al estruendo de las armas conquistadoras de Ciasires y Nabucodonosor, como posteriormente había de resonar al estruendo de las armas de Ciro y de Milciades, desarrollando el germen de la antigua influencia hebráica, e impulsando la casi simultánea aparición (siglos VI y V), en Oriente y Occidente, de los reformadores de los sistemas teogónicos y filosóficos del gentilismo, Confucio en China, Sakiamuni en India, Zoroastro en Persia y Sócrates en Grecia, unos y otros inconscientes precursores del Mesías.

¿Qué extraño que ahora, condensadas aquellas ideas en esta crisis suprema de la Historia, luz inefable, irradiara sobre todas las inteligencias y estremecimiento misterioso conmoviera todos los corazones? ¿Qué extraño que ahora las Sibilas, dudosas de su poder, enmudecieren desde la altura de sus trípodes; que Cicerón, imitando al griego Evemero, se burlara de los dioses paganos; que Ovidio anunciara en sus *Metamórfosis* el fin de la Cumea; que Virgilio cantara en sus *Eglogas* el advenimiento de una Virgen, madre de un Niño, Redentor de la Humanidad; que el Bautista, vestido de pieles, alimentado de langostas y miel silvestre, recorriera las poéticas orillas del Jordán, interrumpiendo con su predicación mesiánica el silencio de siglos. Israel iba a renacer eterno en Dios crucificado. Roma la reina del mundo, acababa de realizar su unidad política, preparando inconscientemente el camino a la promulgación de la Ley Universal. Las puertas de Jano habían sido cerradas. La Tierra modulaba no sé qué himno

de paz, trasunto de célica armonía, cual si se dispusiera a recibir a su Hacedor. "Por todas partes, como dice el mismo Renan (1) sentíase poderosa incubación, precursora de algún acontecimiento desconocido y extraordinario...„

Entonces nació Jesucristo, batán divino que durará hasta la consumación de los siglos y cuyo ruido pondrá espanto en todos los que obran la iniquidad y amen la injusticia.

Si Don Quijote, que según muchos comentaristas representaba el ideal, sintió y temió aquel ruido ¿qué espanto y qué ruido no se produciría en la selva oscurísima del mundo y en aquella noche no menos oscura y tenebrosa en que apareció la realidad que había de consumar en la tierra y perfeccionar en el cielo todos los ideales que ella encerrara o pudiera encerrar en adelante?

Terminada tan felizmente la aventura de los batanes, realizó otra en la que nuestro famoso caballero no tenía que

---

(1) Emilio.

salir tan bien parado, cuando éste alzó los ojos y vió que por el camino que llevaban venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos.

"Venían asimismo con ellos tres hombres de a caballo y dos de a pie; uno de a caballo con escopeta de rueda, y los demás con dardos y espadas; y así como Sancho los vió dijo:—Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey que va a las galeras.—En resolución — replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.—Así, dijo Sancho.—Pues de esa manera—dijo su amo,—aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables—etc.„ El simbolismo de la aventura que acabamos de exponer encierra tres puntos principales, a saber: 1.° Don Quijote da libertad a los galeotes; 2.°, los cura y salva de las penas temporales que habían de sufrir por los delitos cometidos, y 3.°, discute con ellos formando así una especie

de Tribunal. Veamos ahora si el Evangelio aclara con sus realidades divinas ese simbolismo.

Desde el momento mismo en que el hombre quebrantó en el Paraíso los preceptos de Dios, quedó enemistado con El y roto todo el vínculo que le uniera al Creador; en orden a la gracia y a la gloria no podía conseguirla como no fuera por medio de un Redentor que pagando por él la deuda contraída y al mismo tiempo satisfaciendo a su Padre en la misma proporción en que había sido ofendido, cosa que no podía realizar otro que no fuera Dios. Esclavos del demonio y sujetos a la ley grandes cadenas pesaban sobre el hombre, porque atados de pies y manos no podían ser libertados por sí mismos, pues, como dice muy bien San Pablo, todos los que son de las obras de la ley, están bajo de maldición (1). Castigo del que no pudieron libertarle ninguna de las potestades de la tierra hasta que vino Jesús, para redimir a aquellos que

(1) *Galata*, cap. III, v. X.

estaban bajo de la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos (1). Libertad que nos da siempre que nos ponemos bajo su égida divina, rompiendo por el dolor y el sincero arrepentimiento de nuestras culpas las cadenas con que nos esclaviza el mundo, el demonio y la carne. Esta y no otra es la hermosa realidad simbolizada en el *Quijote*, dando libertad a aquellos desgraciados que gemían bajo el peso de la ley temporal por los delitos cometidos. 2.° Don Quijote cura y salva a los galeotes de las penas que tenían que sufrir. Este suceso nos recuerda otro del Evangelio y que le ocurrió a Jesús con diez galeotes llenos de lepra en el cuerpo, como probablemente lo estarían en el alma. Es el caso que, entrando en un pueblo, le salieron a cierta distancia diez leprosos, y alzando la voz le dijeron:—Maestro, ten compasión de nosotros.—Cuando los vió les dijo:—Id y presentaos a los sacerdotes.—Y ocurrió que mientras iban quedaron limpios. En-

(1) *Galata*, cap. IV, v. V.

tonces uno de ellos, viendo que había quedado limpio, volvió glorificando a grandes voces a Dios. Y derribóse a sus pies con la frente hasta el suelo dándole gracias (1). Y éste era samaritano. Jesús, hablando, dijo:—¿No han sido limpiados los diez? Pues ¿dónde están los nueve? No ha habido quien vuelva a dar gracias a Dios sino este extranjero (2). Por ventura, este hecho real y verdadero, no prueba el simbolismo del libro que comentamos? ¿De dónde recibió Don

---

(1) Lucas, cap. XVII, v. XII y siguientes.

(2) Cervantes, por boca de Don Quijote, parece recordar la ingratitud que observaron con Jesús los leprosos, y para que no cayeran los galeotes en el mismo pecado, les dice: "De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben y uno de los pecados que más a Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recibido, en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso y le digáis que su caballero el de la Triste Figura le envía a encomendar...„ etc.

Quijote, por grande que fuera su altruísmo y las ordenanzas de la caballería andante, la virtud de librar a los galeotes de las penas temporales que tenían que sufrir? ¿No es esto una sombra del poder de Dios curando las enfermedades del alma y del cuerpo, como lo hizo con los diez leprosos? Cuéntase en esa aventura que sólo uno fué a darle gracias por el favor recibido para hacerle una *gracia* a Sancho robándole su adorado jumento. Como hubo uno que volvió para dársela a Jesús envolviendo en una inmensa ola de gratitud su inteligencia, su alma y todo su ser. Jesús les dijo: "Id y presentaos a los sacerdotes, y Don Quijote, por boca de Cervantes, remedando estas mismas palabras, les dijo: "Id y presentaos a Dulcinea del Toboso„. Aquello no sucedió nunca; fué una ficción, un hecho simbólico que, como vemos, sólo puede tener realidad en el Evangelio. 3.° Discute formando una especie de Tribunal. "Con esta licencia que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que

porqué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado.—¿Por eso no más?—replicó Don Quijote.—Pues si por enamorados os echan a galeras, días há que podía yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa—dijo el galeote—que los míos fueron que quise tanto a una canasta de color atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fué infraganti, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas?—preguntó Don Quijote, etc.„—y así continuó preguntando a los demás, hasta que, por último, llegó el fatal desenlace que ya conocen todos los que hubieren leído esta graciosa historia. Todo es simbólico, pues nadie creerá en la existencia de tales galeotes. Veamos ahora si encontramos la realidad en el Evangelio. Este nos

enseña que marchando Jesús con sus padres a Jerusalén, al salir de la ciudad no advirtieron la ausencia de su Hijo, cosa que no les llamó la atención, ya por creerlo entre sus parientes y amigos, ya porque se uniría a ellos al formar el grupo que cada pueblo o región tenía por costumbre para dirigirse cada cual a su destino. Así ocurría que los que iban al Norte de Palestina, formaban su caravana en Beeroth, a poca distancia de Jerusalén. Aquí llegaron María y José, pensando encontrarle, y no viéndole, lo empezaron a buscar sin resultado alguno. Dos días estuvieron sin verle, hasta que al tercero se lo encontraron en medio de los Doctores, disputando con ellos, preguntándoles de muchas cosas consignadas en los libros santos, y todos llenos de admiración por su sabiduría, se preguntaban: ¿Quién es este hombre que se atreve a disputar con los verdaderos intérpretes de la Ley y a preguntarles sobre ella? Otros dirían: ¿Acaso no es este el Hijo del carpintero José? ¿De dónde ha recibido el derecho de constituirse Juez de los Jue-

ces y Maestro de los Maestros de Israel? Don Quijote pregunta a los galeotes recordando a Jesús que interroga a los galeotes de la antigua Ley. Don Quijote lleva a cabo su empresa por el amor que sentía al oprimido, al desgraciado, y hasta tal punto le conduce su locura, que quiere salvar entre el rey y la justicia a aquellos hombres que tan mal le pagaron momentos después. ¿No recuerda esto lo que hizo Jesús, verdadero Salvador de los hombres, cuando preguntó a los Doctores para ilustrarlos y salvarlos rompiendo la cadena de una doctrina que ellos habían oscurecido y mutilado? Don Quijote constituyóse en juez porque les preguntaba, y de salvador porque logró romper la cuerda que les oprimía bajo el peso de la ley. ¿No es esto un remedo de lo que hizo Jesús para iluminar y libertar a los galeotes de su patria, con el derecho plenísimo que le daba su poder infinito sobre todos los hombres que pueblan la tierra? ¿Cuál fué la recompensa que recibió Don Quijote de aquellos desalmados galeotes? Pedradas, heridas y magullamientos,

con tanta abundancia y crecido número, que Sancho túvole por muerto.

Y si en eso pararan las cosas, bien pudiera darse por satisfecho, pero la Santa Hermandad encargóse de refrendar la aventura, y temeroso de ello, tuvo que refugiarse en Sierra Morena donde, trayendo a la memoria cosas de Amadis, se dijo: "Más ya sé que lo que más que él hizo fué rezar, y así lo haré yo." ¿Acaso todo este simbolismo no concuerda con la realidad que nos pinta el Evangelio? Veámoslo: Es indudable que Jesús desde la curación de los leprosos, su discusión con los doctores y más tarde con todos los hechos realizados por Él, los sacerdotes y fariseos le andaban buscando y armándole zancadillas y tanto arreció la persecución que hubo de refugiarse en un monte llamado de las Olivas, donde, trayendo a la memoria cosas de su Padre, púsose a orar. Esta enemiga de lo que pudiéramos llamar "Santa Hermandad" provenía de que los fariseos les disgustaba la popularidad extraordinaria que Jesús iba adquiriendo de día en día. La

fama de sus milagros, lo portentosamente sublime de su doctrina, contraria a sus enseñanzas, y sobre todo desde la predicación del sermón de la Montaña, no perdían medio para enemistarle con el pueblo y buscaban todas las ocasiones, ya para confundirle, ya para prepararle su ruina. No podían ver con buenos ojos que el hijo de un carpintero, sin letras y sin autoridad alguna, quisiera de un salto ser el maestro de todos y sobreponerse a la autoridad de los jueces de Israel. Por eso, sabiendo Jesús todo cuanto se tramaba, temeroso de ser cogido por una parte y por otra, no habiendo llegado aún su hora refugióse, como hemos dicho, en el Monte llamado de las Olivas. ¿Qué delitos había cometido para que así se ensañaran contra Él todas las potestades de la tierra? No había hecho otra cosa que curar a los ciegos, restituir el habla a los mudos, limpiar los leprosos, reanimar los tullidos y dar vida a los muertos. Y por eso todo lo que se lee en la aventura que acabamos de comentar no son otra cosa más que parlidísimos,

reflejos (cambiados los nombres de personas y cosas) de la realidad que se desprende y nos enseña el Evangelio.

Temiendo Don Quijote y Sancho la persecución de la Santa Hermandad se internaron en Sierra Morena, donde los dejaremos hacer todas las locuras que menciona su historia y solo referiremos lo que determinó hacer en ella recordando sus palabras: "¡Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amádis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Más ya sé que lo más que él hizo fué rezar y encomendarse a Dios; pero ¿de qué haré rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda

arena, muchos versos, todos acomodados a su *tristeza* y algunos en alabanza de Dulcinea, etc.„ Confrontemos ahora este simbolismo con la realidad que nos enseña el Evangelio.

Viendo Jesús que se acercaba el momento terrible de su muerte, se retira al Huerto de las Olivas, y en él, viendo pasar por sus divinos ojos las penas todas que el hombre, deudor finito, no podía pagar al Dios ofendido, llenóse de grande angustia y tristeza hasta el punto que hubo de exclamar: "¡Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz! Mi alma está triste hasta la muerte„. Esta escena la plagia Don Quijote en las dos partes principales que ocuparon a Jesús en el Huerto, o sean su oración y tristeza, las dos ocupaciones principales que tuvo en Sierra Morena. ¿No es una rara coincidencia que en el *Quijote* se diga que, huyendo de la Santa Hermandad, tuvo que refugiarse en Sierra Morena, donde oró y estuvo triste, recordando de este modo aquella otra escena real del Evangelio en la que se nos dice que Jesús huyó de los sacerdotes y fari-

seos y se refugió en el Monte de las Olivas, donde oró y estuvo triste? Y es que la realidad del Evangelio no tuvo por menos de iluminar el simbolismo de ese otro libro, a menos que quede envuelto en su fondo un profundo misterio, y en su forma plagado de locuras inauditas.

Salió Sancho dejando a su amo entregado a sus penitencias con presupuesta intención de llevar la carta a Dulcinea del Toboso, y después de haber dejado de trecho en trecho del camino una señal para saber donde quedaba, llegó a la venta, en la que encontró y fué conocido por el cura y el barbero de su lugar. Estos preguntáronle mañosamente por Don Quijote, y como titubeara en decir la verdad le dijo el barbero:—No, no, Sancho Panza, si vos no nos decís donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín o sobre eso morena. Asustado Sancho al oir estas palabras les dijo donde su amo quedaba y el género de vida que hacía. Con esto lograron

sus deseos el cura y el barbero, que no eran otros que llevar a Don Quijote de la manera que les fuese posible a su casa. Pero como a Sancho lo único que le movía a obrar era el interés, lo mismo cuando llevó la carta a Dulcinea que cuando dió estas noticias, consiguió de ellos que, a cambio de las revelaciones que había hecho le prometieran un condado o ínsula encargándoles mucho consiguieran de su amo la promesa de no ser arzobispo, pues no siendo como no era letrado no podría obtener ningún beneficio, de donde se deduce que Sancho entregó a Don Quijote en manos del cura y del barbero por una nonada (1). Este es el simbolismo; veamos ahora la realidad que nos ofrece el Evangelio. Refiere éste que estando Jesús en Bethania, en casa de Simón el leproso, se

(1) Comentando el Sr. Unamuno en su ya referido libro el citado pasaje, dice: "Y engañaron a Sancho, al sencillo y fiel Sancho, para que vendiese a su amo dándole barbero por doncella andante.„ Figura o recuerdo, como decimos en otro lugar, de lo que había de hacer con Jesús un discípulo traidor.

le acercó una mujer con un vaso de alabastro de ungüento precioso y le derramó sobre él, lo que visto por algunos, y especialmente por Judas, no les pareció bien la acción realizada por ella. "Entonces se fué uno de los doce, llamado Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes y les dijo:—¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré?—Y ellos le señalaron treinta monedas de plata„ (1). Por ventura ¿no fué esto lo que Sancho concertó en la venta? Pues si bien varía algo, hay que tener presente que se trata de una novela y de un simbolismo, que para que sea exacto no necesita seguir punto por punto la realidad que copia, pues basta que en lo substancial conserve la semejanza como aquí ocurre. Veámoslo: Sancho se aparta de Don Quijote para llevar la carta a Dulcinea, y a poco encuentra en la venta al cura y al barbero. Judas, que es la realidad copiada se retira de donde Jesús estaba, disgustado por la acción de la mujer pecadora, y va en busca de los

(1) Mateo, cap. XXVI, v. XIV y XV.

sacerdotes y fariseos con los que concierta la entrega de Jesús.

Convenido y concertado todo por parte de Sancho, el cura y el barbero salieron en busca de Don Quijote y "otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar donde había dejado a su señor; y reconociéndolas les dijo como era aquella la entrada, y que bien se podían vestir si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaba mucho que no dijese a su amo quien ellos eran, ni que los conocía, etc.„

Don Miguel Unamuno en su libro intitulado "Vida de Don Quijote y Sancho„ dice: "Y viene lo triste de la aventura de Don Quijote, y es que entre tanto *estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos*

sin conseguir su buena (según Cervantes) intención.„ Hasta aquí todas han sido aventuras de las que la suerte le procuraba al hidalgo al azar de los caminos y veredas, aventuras naturales y ordenadas por Dios para su gloria; más ahora empiezan las que le armaron los hombres y con ellos lo más recio de su carrera. Ya tenemos al héroe siendo, en cuanto héroe, juguete de los hombres y motivo de risa; ya está la compañía de los hombres contra él... empieza ahora, digo, lo triste de la carrera Quijotesca. Sus más hermosas y más espontáneas aventuras quedan ya cumplidas; en adelante, las más de ellas, lo serán, ya de tramoya y armadas por hombres maliciosos. Ya estás, mi pobre Don Quijote, hecho regocijo y períndola de barberos, curas, bachilleres, duques y desocupados de toda laya. Empieza tu *pasión,* y la más amarga, la pasión por la burla.„ Es claro que esto no puede predicarse de un ser ficticio ni aplicarse de una manera propia a ningún caballero del mundo, sea cual fuere su naturaleza, cualidades y condiciones.

Veamos ahora lo que nos dice el Evangelio: Queriendo Jesús celebrar con sus discípulos aquella cena, en la que convirtió el pan en su cuerpo, alma y divinidad, y el vino en su sangre y dicho el himno, tomando consigo a Pedro, y a los dos hijos del Zebedeo, empezó a entristecerse y se fueron al huerto. En esto ya había entrado Satanás en el corazón de Judas y retirándose del Cenáculo fué a ponerse de acuerdo con los sacerdotes y fariseos para buscar y prender a Jesús y les dió señal diciendo: "El que yo besare, él mismo es, prendedlo. (1) Por donde se ve que la señal que Sancho había dejado para encontrar a su amo, recuerda perfectamente la señal o beso que Judas dió por la que habían de conocer a Jesús. Y aquí es donde empieza la pasión por la burla, los escarnios y atropellos de aquellas turbas desenfrenadas contra el verdadero Caballero, el único hombre que por ser Dios venía a salvarnos y redimirnos a todos. A este y no otro se

(1) *Mateo, cap. XVI, v. XV.*

pueden aplicar las palabras y el sentido misterioso que envuelve ese pasaje de Cervantes.

Reunidos Sancho, el cura y el barbero, con Dorotea y Cardenio, después de todos los sucesos ocurridos y que no hacen a nuestro objeto, no habían andado tres cuartos de legua, cuando descubrieron a Don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquél era Don Quijote, dió del azote a su palafrén, siguiéndole el bien barbado barbero, y en llegando junto a él, el escudero se arrojó de la mula y fué a tomar en los brazos a Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué a hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, la habló en esta guisa: "De aquí no me levantaré, oh, valeroso y esforzado caballero, hasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pró de la más desconsolada y agraviada doncella que

el Sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a los sin ventura, que de tan buenas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, besandoos para remedio de sus dichas, etc.„ No seguimos copiando por ser un libro conocidísimo, pero sí haremos notar que Don Quijote reconoció al cura, promotor y causa principal de la captura (si así podemos decir) de Don Quijote. Confrontemos ahora todos estos hechos ficticios con la realidad del Evangelio: Judas, acompañado de aquella turba soez y frenética, fué donde Jesús estaba y dándole un beso, señal convenida ya entre él, los sarcerdotes y fariseos, apoderáronse de su divina persona y sin salir de sus labios ni una palabra de reconvención, sino con ternura inefable, reconociendo al discípulo traidor, le dijo: ¿Con un beso entregas a tu Maestro? Y volviendo la vista a los demás exclamó: ¿Tantas veces como estuve con vosotros y no me buscásteis ni me prendísteis y ahora lo hacéis?

Formando curioso grupo Don Quijote, Dorotea, Cardenio, el cura y el barbero se dirigieron a la venta y al oir las alabanzas que le dirigiera la Dorotea la dijo: "lo que yo sé decir, señora mía, que ahora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida.„ Con esto quedó Dorotea satisfecha de lo bien que había representado su papel. Al cura salíasele el gozo por encima de la corona. El barbero mesaba la postiza barba y Cardenio muy alegre pensaba en el cumplimiento de sus deseos. Sancho mohino y cabizbajo temía entrara su amo en deseos de ser Arzobispo, mientras que Don Quijote acumulando en su mente los hechos gloriosos de todos los caballeros andantes parecíanle nada ante los muchos que estaban reservados al poder de su brazo y todos y cada uno embargados en sus deseos llegaron a la venta donde les dejaremos para traer a la memoria otras cosas más verdaderas y reales.

Sacado Jesús del Huerto con gran tumulto, algazara y acompañamiento tal

vez al escuchar los improperios, blasfemias y burlas que todos (1) le dirigirían con aquella paciencia infinita que le adornaba, les respondió: "No se porqué me insultáis. Lo que yo sé es que daré mi vida por serviros, perdonaros y lo que es propio de un Dios redimiros para que gocéis no del reino de Micornicón sino de la patria inmortal que es el Tabernáculo de mi Padre que está en los cielos„ (2). En esta forma llegaron a la venta o casa del Pontífice el que lo remitió a Pilatos y deseando éste deshacerse de un reo en el que no encontraba delito alguno y noticioso por otra parte de que

---

(1) Y cuando estaba Él aun hablando, se dejó ver una cuadrilla de gente; y el que era llamado Judas, uno de los doce, iba delante de ellos; y se acercó a Jesús para besarle. (S. Lucas, c. XXII, v. XLVII).

(2) Aquí fué donde empezó la pasión de Jesús por la burla de aquellos que acompañaron a Judas al Huerto para prenderle. Aquí fué donde los curas, barberos, duques y lacayos de los fariseos, se holgaron ultrajando el Cordero sin mancilla, pasión y burlas no interrumpidos hasta que en el Calvario selló con su sangre la Redención humana.

era Galileo, le mandó a Herodes, enemigo resuelto de Jesús, pues éste había dicho públicamente de él que era un zorro. Una vez que hubo amanecido, todos los sanedritas se encaminaron al palacio de Pilatos. Era Poncio Pilatos procurador de Judea y con este título gobernaba la Palestina. Por regla general recibía en Cesárea ocupando un palacio de Herodes el Grande y algunas veces la torre Antonia que estaba unida al templo, desde donde dominaba fácilmente cualquier revuelta que allí ocurriera. Llegaron pues, siguiéndoles muchos curiosos que enterados de lo que ocurría deseaban conocer el desenlace. Los sanedritas apenas se acercaron al pórtico, mandaron a Jesús delante con un recado (puesto que a ellos les estaba prohibido entrar en casa de paganos.) Jesús se presentó ante el presidente y él le preguntó. ¿Tú eres el rey de los judíos?, siguió preguntando y Jesús a nada respondía y entonces decidió mandarle de nuevo a Herodes, donde le vistieron una túnica blanca en señal de ser un loco, un iluso, un insensato. Despre-

cióle Herodes con todo su ejército y le envió a Pilatos, lugar o venta donde se realizaron los sucesos que brevemente vamos a exponer. Llegó Jesús, dice un autor (1), rodeado de mayor turba que antes, pues cada vez iba engrosando más y más sobre todo desde que salió del palacio de Herodes vestido de blanco, atrayendo con aquel disfraz llamativo y ridículo la curiosidad y las burlas de la plebe siempre soez e insultadora. El griterío y algazara de los que venían, advirtió a Pilatos de que ya llegaban. En efecto, vió entrar poco a poco, al preso ridículamente vestido de blanco entre alguaciles. Enteróse Pilatos de lo que pensaba Herodes. Y sabiendo que los príncipes y magistrados se habían detenido como antes a la entrada del pórtico, bajó de nuevo las escaleras del pretorio y llamó a los príncipes, magistrados y a toda la plebe y les dijo: "Me habéis presentado a este hombre como revolvedor del pueblo, y ya habéis visto que preguntándole ante vosotros no he

(1) Vida de Jesucristo. P. Ugarte.

hallado en él ninguna culpa de esas de que le acusáis ni tampoco Herodes.„ Grande debió ser la furia de los sacerdotes y fariseos al escuchar estas palabras de Pilatos, pues ellas venían a destruir todos sus planes En esto llegó una turba numerosa de pueblo para pedir la liberación de uno de los reos como era costumbre, y Pilatos deseoso de salir del asunto en que habíanle metido dijo: Es costumbre vuestra que en pascua os suelte un preso, ¿a quién queréis que suelte?, ¿a Barrabás o a Jesús que se dice el Mesías? La pregunta tenía una sencilla contestación si los príncipes de los sacerdotes y los ancianos no odiaran como odiaban a Jesús y por eso y para lograr sus deseos persuadieron al pueblo que pidiese la libertad de Barrabás. Lleno de insultos, burlas y atropellos, coronado de espinas flajelado y hecho el oprobio de las gentes, fué sentenciado a muerte y mientras se lee la sentencia nos trasladaremos a otro lugar donde están ocurriendo cosas, sino tan verdaderas, muy dignas de contarse.

Apenas hubo llegado Don Quijote a

la venta cansado y fatigado del camino falto de dormir y no muy sobrado en el comer, llena la cabeza de reinos, hazañas y aventuras echóse a dormir y levantándose de repente y creyendo daba remate a todos sus enemigos, empezó a dar lanzadas a unos cueros de vino que a él le parecieron gigantes. Alborótose el ventero y todos cuantos en la venta estaban y los unos maldecían y los otros se holgaban de sus grandes locuras, mientras que Don Quijote, burlado y escarnecido por los más, era el juguete de toda la gente que allí estaba congregada. Y no pararon en esto las burlas, pues Maritornes atrevióse a atarle la una mano de modo que quedando colgado sirvióle de risa toda la noche. Y como en este mundo los males no vienen solos tropezó con unos cuadrilleros, los que después de reñida lucha, querían les fuera entregado, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad pidiendo "aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y carreras." Don Quijote no pudiendo resistir por más tiempo las amenazas de aque-

llos cuadrilleros, les dijo: "Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿salteador de caminos llamáis a dar libertad a los encadenados, soltar los presos, a correr a los miserables, alzad los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame digna de vuestro bajo y vil ente ndimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante!„

Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros salteadores de caminos, con licencia de la Santa Hermandad; decidme: ¿quién fué el ignorante, que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros, sus bríos, sus premáticas, su voluntad? ¡Ah, infeliz y desgraciado caballero, decimos nosotros! ¡Cuánto hubieras ganado estarte en los amenos valles de Sierra Morena, oyendo el piar de jóvenes paja-

rillos, arrullados por los dulces trinos de padres amorosos, respirando el aroma del tomillo, del lirio y las mil flores aromáticas que por doquier pisabas, saludando la aurora con el ferviente sonido de tus rezos y no haberte metido a conquistar naciones ni a salvar al caído y al menesteroso! ¡Cuántos ultrajes, afrentas y dolores hubieras restado a tu flaca y mísera existencia! ¿Fué así como pagaron tus deseos, tus atrevimientos inauditos, por salvar al que perecía? ¿Fué esto lo que te proporcionó Sancho, que comía contigo a manteles y a quien querías como a las niñas de tus ojos? Pero dejemos estos simbolismos y corramos presurosos en busca de la verdad. Refiere el Evangelio que, una vez que el pueblo hubo conseguido de Pilatos la libertad de Barrabás, ya se sabía por todos cuál sería la suerte de Jesús, y aunque el Presidente hizo algunos débiles esfuerzos por presentarle como víctima inocente, no consiguió otra cosa, sino exacerbar los ánimos del populacho y de los sanedritas. Fué, pues, condenado a muerte

y desde aquel momento quedó preso y a merced de todos sus enemigos. Le coronaron de rey recordando la fiesta que habían celebrado en casa de Herodes y formando los soldados una especie de guardia de honor, le decían: "Salve, rey de los judíos.„ Y escupiéndole tomaban la caña y herían su cabeza y le daban bofetadas.„ Y en esta forma lo presentó Pilatos de nuevo al pueblo, el que a grandes voces exclamaba: ¡crucifícale, crucifícale! Varias fueron las preguntas que Pilatos dirigió a Jesús y como nada le respondiera, le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para librarte? No tendrías sobre mí poder alguno sino se te hubiera dado de arriba.

Por eso el que me ha entregado a tí tiene mayor culpa ¿Quién duda ya que el Quijote es un símbolo del Evangelio? La prisión del ingenioso hidalgo en la venta por la Santa Hermandad y los demás que en ella estaban, ¿no es una reproducción de la de Jesús en el Pretorio? ¿Qué contestó Don Quijote a los que alardeaban de poderlo prender y mal-

tratar? "Venid acá, gente soez y mal nacida, etc...„ ¿Qué respondió Jesús a las insensatas palabras de Pilatos? "No tendrías sobre mí poder alguno..., etcétera.„ ¿Dónde tienen esas palabras un valor real, cierto y efectivo? ¿En un ser ficticio, o en un Dios verdadero? Luego debemos creer de una manera indubitable que aquel pasaje hace referencia a otro más grande y elevado. Y tanto es así, que derramando Don Quijote el vino de aquellos cueros creyendo que era la sangre de los gigantes que había matado, nos recuerda el reino que Jesús vino a conquistar en la tierra venciendo y domellando a aquel terrible gigante que desde el principio del mundo tenía sujetas las almas a su poder infernal. ¿Por ventura no fué El el que, derramando no el vino de unos cueros, sino su preciosa y divina sangre, nos redimió con ella? ¿Cómo le pagaron en casa de Pilatos sus locuras llenas de amor infinito? ¿Qué daño había hecho que no estuviera pronto a satisfacer superabundantemente? Ninguno. Y como recompensa, "uno de los ministros que estaban

allí dió una bofetada a Jesús, diciendo: ¿así respondes al Pontífice? (1) Así es que todo el símbolo que encierra la referida aventura queda aclarado de este modo con lo que dice el Evangelio. Allí donde pone Cervantes el nombre de D. Quijote, póngase Jesús. El reino de Micornicón, que creía haber conquistado con todas las naciones del mundo, con los que Jesús venía a redimir y salvar. El gigante muerto por D. Quijote. Satanás vencido y humillado por Jesús. El vino que creyó sangre por la que Jesús derramó. El ventero abofeteando a Don Quijote, por el que puso sus manos sacrílegas sobre el Cordero de Dios; y díganme los lectores si le costó a Cervantes gran trabajo después de dieciseis siglos parodiar con nombres y cosas supuestas otra real y verdadera, es decir, de una verdad absoluta, comprobada por millones de hombres y testimoniada por la Historia, y es que el Evangelio será, mientras el mundo exista, fuente inagotable de toda belleza, de toda virtud, y en él beberán

(1) Joan, c. XVIII, v. XXII.

los poetas las más inspiradas concepciones del espíritu, los escritores la verdad eterna que deben infundir en sus obras bañándolo todo inteligencia, corazón, sentimientos, en esa moral divina que resplandece en sus páginas como escritas por la mano de Dios.

No negamos que esa otra historia escrita por Cervantes es un libro tan profundamente sutil y complejo que se escapa a la inteligencia más perspicaz. Por eso no fijándose mucho es imposible de todo punto poder enlazar los hechos y menos relacionarlos con otros de índole parecida; así, por ejemplo: las dos veces que Cervantes aloja a Don Quijote en ventas que para él eran castillos, las dos envuelven particularidades grandes rodeadas como están de tantos y tan variados sucesos, que es imposible casi de todo punto buscarles el sentido que encierran. Veámoslo: Cuando Don Quijote y Sancho se albergaron en la venta donde el uno tuvo por lecho un pobre y mísero pesebre, y el otro fué manteado y rodeados de gente pobre, nos recuerda la venta o posada donde

Jesús nació en un misérrimo establo rodeado también de gente pobre y miserable. En aquella ocasión, aunque le tuvieron por loco, no le ofendieron ni maltrataron, y salió libre para realizar sus empresas, mientras que la segunda vez que estuvo en la venta, a pesar de estar rodeado de personas de calidad, como lo eran casi todos los que en ella estaban, fué donde más últrajes y afrentas padeció, siendo la última salir preso y atado en la forma que ahora referiremos, tal vez para recordarnos lo que ocurrió en la venta o Pretorio de Pilatos, donde, a pesar de la mucha gente principal que había, fué donde Jesús recibió las más afrentosas humillaciones hasta que, preso y atado, salió para recibir la muerte. Y es que Cervantes, al escribir su libro, tuvo por norte y guía el Evangelio.

"Dos días eran ya pasados los que había que aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse el trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con Don

Quijote a su aldea con la invención de la libertad de la reina Micornicona, pudiesen el cura y el barbero llevarle como querían, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó a pasar por allí para que lo llevasen en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados capaz que pudiere caber holgadamente Don Quijote. De tan extraña manera y concertados todos lo que en la venta estaban, metiéronle en la jaula encerrándole dentro, y puesta en hombros de aquellos que se habían disfrazado, acomodáronlo en el carro de los bueyes, al que seguían los cuadrilleros, el cura, el barbero y Sancho. Cuál fuera el estado en que se hallaba, su demacración y tristeza, pueden colegirse bien de las penitencias que realizó en Sierra Morena, los molimientos, puñadas y heridas que en la venta recibió; la falta en el dormir y la no sobra en el comer, en los sobresaltos de su prisión, en el constante discutir y razonar con sus enemigos; tal quedaría, repetimos,

que la ventera, su hija y Maritornes, al verle, rompieron a llorar, consolándolas Don Quijote con estas palabras: "No lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas a los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque a los caballeros de poco nombre y fama nunca le suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos; a los valerosos, sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir a los buenos„. Comprobemos ahora estos simbolismos con las terribles verdades del Evangelio.

La sentencia estaba dada. El Presidente volviéndose a Jesús, pronunció la forma judicial y dijo: Irás a la cruz atado y preso, y volviéndose enseguida al lictor le mandó prepararla. La cruz era un género de suplicio, originario, según se dice, de Persia, adoptado por los griegos, y más tarde, por los romanos. Entre los hebreos no se aplicó a

nadie que tuviese el derecho de ciudadanía, sino solo a ladrones, malhechores, hombres, plebeyos y bajos. Pero para esta ralea de gente se hizo muy común. Era tan ignominioso este tormento, que Cicerón la llamaba, el mayor suplicio de los esclavos. El camino que Jesús recorrió con ella fué desde la torre Antonia, donde estaba el Pretorio, hasta el Calvario o Gólgota, espacio de 600 a 700 metros. Quitáronle los soldados la clámide y le pusieron la corona de espinas, mientras el verdugo preparaba todos los utensilios de la ejecución y se avisaba a los otros dos que con él habían de sufrir la misma suerte y también el cartel donde se decía la causa de su muerte, y así pusiéronse en marcha. Los soldados y el centurión Longinos y toda la demás comitiva. Lentamente caminaba Jesús cargado de aquel madero triste y tan desfigurado que solo en Él pudieron tener cumplimiento aquellas palabras de la Escritura: Vímosle y no era conocido. Las gentes aglomerábanse a su paso y como le faltaban las fuerzas por las terribles impresiones que había

sufrido en su prisión, heridas y falto de sueño, cayóse varias veces en el camino, y al verle en semejante trance, en tanta angustia y dolor, condoliéronse de Él unas pobres mujeres, que al verle así, no pudieron reprimir el llanto. Viendo Jesús que le seguían y no cesaban de sollozar, las dijo: "Jerosolimitanas, no lloreis por mí sino por vosotras mismas y por vuestros hijos." Todas estas palabras, todos estos hechos que forman parte de nuestro dogma, parecen estar simbolizadas en estas palabras escritas por Cervantes en el referido libro. "Subió el cura a caballo y también su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse a caminar tras el carro; y la orden que llevaban era esta. Iba primero el carro guiándole su dueño; a los dos lados iban los cuadrilleros con sus escopetas (1). Seguía luego Sancho Panza sobre su asno

---

(1) Los cuadrilleros que acompañaron a Don Quijote ¿querrían recordar acaso los soldados romanos que condujeron a Jesús al Gólgota?

llevando de las riendas a Rocinante, detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. ¿Quién dudará ya que Cervantes al escribir la salida de Don Quijote, de la venta, con todas las circunstancias que le acompañaron, no tuvo presente la salida de Jesús del Pretorio, tal como se lee en el Evangelio y se nos enseña en la Teología? O es que se puede desmentir aquel axioma de los escolásticos "nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos„ y como no puede desmentirse, de ahí nacen las semejanzas que plagia de ese libro divino.

Todos en marcha en la forma que antes hemos referido, cuando se les acercó aquel canónigo que en la dicha his-

toria se menciona, y explicándole el cura por qué iba Don Quijote en aquella forma, le dijo: "Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es *El Caballero de la Triste Figura,* si ya le oísteis nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas acciones, hazañas y grandes hechos, serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en obscurecerlos y la malicia en ocultarlos.„ ¿A quién pueden aplicarse en sentido propio estas palabras sino a Jesús, que caminaba al suplicio no por sus delitos y pecados, pues El jamás los había conocido, por ser la santidad misma, sino para redimir al hombre y reconciliarle con su Padre, en una palabra, porque siendo Dios y Hombre verdadero, era el único que podía ofrecerse como Víctima propiciatoria entre ambos. ¿Y qué diremos del nombre de *Caballero de la Triste Figura* que Sancho le aplicó? ¿Acaso Isaías,

muchos siglos antes, contemplando en visión al que había de ser el oprobio de las gentes, no lo señaló como la figura más triste y más despreciada de la tierra, en estas palabras?: "Le vimos despreciado y el postrero de los hombres varón de dolores y que sabe de trabajos„. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados; el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuímos sanados... Se ofreció porque El mismo lo quiso y no abrió su boca..., como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que le trasquila enmudecerá (1). ¿Y qué diremos de aquel "Ecce Homo„ pronunciado en el Pretorio, síntesis de la figura más aflictiva de todas cuantas han existido en el mundo? De donde resulta que antes que Cervantes imaginara ese nombre, la Sagrada Escritura y el Evangelio se lo aplica a Jesús, persona real y verdadera, que por derecho de adquisición y dominio,

(1) Isaías, c. LIII; III y siguientes.

es el único a quien se le puede aplicar en sentido propio.

Uno de los capítulos de más difícil interpretación por lo menos tomándolo al al pie de la letra sin necesidad de recurrir al símbolo, cosa que por ser bastante sutil, pocas veces convence a los lectores es aquel en el que se refiere que puesto en marcha Don Quijote con su acompañamiento paráronse a comer y sestear en una fresca y amena pradera. "Y estando comiendo, a deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras a su uso para que se detuviese o al rebaño volviese. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de entendimiento y discurso, le dijo: "¡Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada!, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿qué lobos os espantan hija?

¿no me diréis que es esto hermosa?„ ¿Qué explicación racional daremos a estas palabras del cabrero por las que se quejaba amargamente de las travesuras y desórdenes de la cabra a la que reprende como si fuera capaz de entendimiento? Para nosotros la cabra buscando en otra parte aquello que por su instinto natural, podía encontrar en la majada, representa la concupiscencia, el desorden, el pecado que contrajo la naturaleza al revelarse contra la ley de Dios, cosa que Jesús vino a encauzar y a restaurar con su poder divino. El cabrero figuraba a Satanás guardador fiel de esa cabra indómita llamada pecado, delito, crimen, y en cuanto a la lucha entablada entre el cabrero, y Don Quijote, ¿está dentro del orden natural de las cosas que este, débil, mejor dicho, extenuado por las vigilias y por sus constantes luchas, cansado del camino, entumecido su cuerpo por ir metido y atado en la jaula, es creíble repetimos que tuviera ganas, fuerzas y coraje para luchar con el cabrero, por quítame allá esas pajas? ¿Tan faltos de consideración

eran el cura, el canónigo y el barbero para no evitar lo que en sus manos estaba? Esto, por estar tan fuera de camino, apenas si es creíble y por eso nos parece esa lucha más bien una figura, una imagen de otra que sostuvo Jesús una vez que hubo salido del Pretorio cargado con la Cruz, burlado y escarnecido por todos, luchando con Satanás el que viendo que con su crucifixión terminaba el gran poder que en la tierra tenía empleaba toda su fuerza para evitar aquel sacrificio. Que esto no es una sutileza del teólogo pruébalo las mismas palabras de Don Quijote cuando dice: "Hermano demonio que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerza para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no más de una hora porque el doloroso son de aquella trompeta que a nuestros oídos llega me parece que alguna nueva aventura me llama, etc „ Y como el Quijote es un ser imaginario, será preciso reconocer que detrás de esas palabras haya alguna verdad profunda que sólo el Evangelio pueda aclarar. Es la única vez

en que en la historia de Don Quijote le vemos confesar la falta de valor y fuerza y la segunda que lucha con un villano, pues generalmente cuando se veía en estos o parecidos aprietos, encomendaba a Sancho tales empresas y por eso reconoce y confiesa que solo el demonio podía tener con él semejantes atrevimientos, recordándonos sin duda los que tuvo con el Salvador del mundo. La trompeta de que hace mención, nos parece recordar aquel pregón que iba anunciando por las calles de Jerusalén el suceso más terrible y formidable que han presenciado los siglos. Sí; todo es simbólico y por serlo lo es hasta el contento del cura, el canónigo y el barbero al contemplar la lucha del cabrero con Don Quijote, pues como allí se dice: "reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen los perros cuando en pendencia están travados.„ Figura de aquellos sacerdotes, fariseos y ancianos del pueblo que habían conseguido de Pilatos en odio a Jesús su muerte ignominiosa, saltando

de alegría porque creían borrar de este modo de la faz de la tierra al que les estorbaba para la realización de sus grandes iniquidades. De este capítulo ha querido un notable escritor (1) sacar deducciones para demostrar y dar a conocer el estado social y las costumbres de aquel tiempo, comparándolas con las actuales. No creemos cosa fácil demostrar que aquella risa del canónigo, el cura y los cuadrilleros proviniera de ese gozo que nace de la contemplación de un objeto o de una acción que nos deleita y que produce en nosotros la risa, pues en aquel caso el hacerlo revelaba una falta total de caridad y de sentimientos nobles, cosas que no es dable suponer en aquellas personas.

Creemos firmemente que por perverso que sea el hombre y por degradada que esté la humanidad siempre conservará un resto de respeto a la desgracia extrema, a la falta de valimiento, a la conmiseración de todas las desdichas humanas cosas que tienen hasta los mismos seres

---

(1) Azorín.

irracionales. De donde deducimos que aquella risa y aquel gozo fueron un símbolo, una figura del gozo real y verdadero que los fariseos sintieron al ver a Jesús en la tremenda lucha que sostuvo con Satanás y contra todas las potestades de la tierra y del infierno. Y si Cervantes quiso adornar a su intrépido caballero con las virtudes de Jesús ¿por qué el canónigo, el cura y el barbero y los cuadrilleros no iban a representar con todos sus odios a todos los enemigos de Cristo? De este modo es como ese capítulo puede tener alguna explicación satisfactoria, puesto que ya de por sí es bastante obscuro y enigmático y hasta en algún punto completamente falso, como vamos a demostrar. En él se dice "que el cabrero saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llega en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba.„ ¿De dónde salieron esas mesas, tazas y platos?

¿Es creíble que al salir de la venta se aprovisionaran de tales menesteres? ¿Acaso los llevaría el canónigo? Ni se sabe que de la venta sacaron dichos objetos ni es fácil los condujera el canónigo ni les buscaran en parte alguna, y tan es así que uno de sus criados dijo: "que traía repuesto bastante para no necesitar nada de la cercana venta donde se habían aposentado a sestear, como no fuera cebada." Pero sí tan prevenido era es preciso reconocer que allí tuvo sin duda alguna su origen la célebre frase "vives como un canónigo," y cuyo hecho si fué cierto nos da motivo para exclamar ¡oh tempora, oh mores! Pero dejemos estos pequeños detalles y sigamos las andanzas de nuestro caballero.

No bien húbole dejado el cabrero cuando Don Quijote encaróse con unos disciplinantes que en devota procesión habían salido de una aldea a implorar del cielo les lloviera y saciara sus campos sedientos y con grande furia y con todo el correr de Rocinante dirigióse hacia ellos y les dijo: "Vosotros que por no ser buenos os encubrís los rostros,

atended y escuchar lo que deciros quiero.„ Paróse la procesión y uno de los hermanos recomendóle muy mucho dijera lo que decir quería y como no eran sino disparates y locuras, como así se lo hizo ver uno que llevaba las andas, fué tanto el enojo de Don Quijote que sin decir más palabra sacando la espada arremetió contra todos. "Uno de aquellos que la llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla o bastón, con que sustentaba las andas en tanto que descansaba y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe a Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.„ Este hecho verdaderamente simbólico nos recuerda otro que el Evangelio nos enseña y el único que puede aclarar el misterioso suceso que Cervantes atribuye a Don Quijote y es que cuando

Jesús llegó al Calvario con su acompañamiento después de haber recorrido todo el trayecto que los separaba de la torre Antonia enmedio de la espectación de unos, de la algazara y contentos de otros, iba tan abatido con el peso de la Cruz que era para poner espanto en el corazón menos sensible. Una vez en aquel sitio más lúgubre, menos apacible y delicioso, que aquella pradera donde parara Don Quijote empezaron a preparar los utensilios para la crucifixión. No nos pararemos a relatar lo que allí pasara y solo referiremos la terrible lucha que tuvo que sostener con todos los que en la procesión iban, las injurias, golpes, improperios y demás martirios que los más le proporcionaron en tan crecido número que solo su valor infinito pudo soportar y como si todo esto fuera poco "uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y salió luego sangre y agua con lo que le dejaron por muerto. He aquí cómo la realidad explica el simbolismo de tal modo que sin ella aquel pasaje seguirá siendo un profundo misterio, mucho mayor que la

verdad y la certeza que el Evangelio nos suministra.

"Con las voces y gemidos de Sancho, revivió Don Quijote y le dijo:—Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.„ Hízolo así y despidiéndose de ellos el canónigo y los cuadrilleros, dirigiéronse a su casa y aldea. Símbolo admirable de aquella escena del Calvario en el que una vez que Jesús hubo recibido tan terrible golpe y no pudiendo soportar por más tiempo los cruelísimos dolores que por todas partes le cercaban, pidió a su Padre le ayudase a beber aquel cáliz de amargura y al verse desamparado de todos, al contemplarse en la inmensa soledad en que había quedado, entregó su espíritu y se fué a su casa, es decir, al sepulcro donde descansó por tres días después de haber salvado y redimido al hombre con su preciosa sangre y satisfecha la justicia ofendida de su Padre.

Casi muerto quedó Don Quijote con el golpe recibido y al verle Sancho con

tanto dolor y aflijimiento, con lágrimas en los ojos, dijo: "¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aún de todo el mundo, el cuál faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías." Aún no había Sancho enjugado sus lágrimas, cuando "el ama y sobrina le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho."

Figura palidísima que dista tanto de la realidad que el Evangelio nos enseña como el cielo de la tierra, pues según nos refiere una vez que Jesús hubo recibido el terrible golpe de la lanza y ya a punto de espirar, nublóse el sol, tembló la tierra, abriéronse los sepulcros y toda la Naturaleza y todos los seres que poblaban el espacio a una voz exclamaron: "¡Oh divino y Supremo Hacedor de todas las cosas! ¡Oh liberal y dadivoso que no teniendo ya nada que dar te diste en comida y bebida diaria para alimento de los hombres! ¡Honor y

gloria de la casa de David, ¿qué será del mundo faltando tú que eres verdaderamente Dios y el Hijo del Eterno Padre, engendrado en la plenitud de los tiempos para salvar y redimir al género humano? Todavía resonaban estos lúgubres y tristes lamentos cuando "Joseph tomando el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia.„ Y lo puso en un sepulcro suyo nuevo que había hecho abrir en una peña (1) acompañándolo algunas mujeres, entre las cuales estaba María Magdalena y María madre de Santiago y de Joseph (2).

Creemos que el pensamiento de Cervantes fué terminar su obra en la primera parte y casi nos lo demuestra el siguiente estudio que de una manera breve y como compendio de lo antes comentado, vamos a hacer, valiéndose para conseguirlo de los muchos conocimientos que indudablemente tenía del Evangelio y la Sagrada Teología y nos induce a creerlo así, el que vaya toman-

(1) Mateo, c. XXVII; v. LIX y LX.
(2) Mateo, c. XXVII, y LVI.

do de esas fuentes los sucesos más importantes que ellas encierran, pues empieza con la salida de Don Quijote y termina con su muerte aparente, de la misma manera que San Juan empieza su Evangelio diciendo: "Descendió de los cielos y lo termina como todos los demás Evangelistas con la muerte de Jesús, *est mortuus est*." Veámoslo: El Verbo divino sale de la patria celestial y se viste con la naturaleza humana limpia de todo pecado. Cervantes dice de Don Quijote que limpias las armas de sus abuelos tomadas de orín y moho se arma caballero capaz de realizar todas las empresas. El Verbo divino desde antes de todos los siglos se enamora y predestina a una mujer por Madre y esposa suya. Cervantes dice de su imaginario personaje que eligió a otra que tiraba a Princesa y gran señora. El Verbo divino ya encarnado se llama Jesús. Cervantes, dice de su ingenioso hidalgo, que no contento con llamarse Don Quijote le agrega el sobrenombre del lugar donde naciera, a semejanza de Jesús que tomó el nombre de su patria,

Nazareth. Jesús no quiere empezar su obra Redentora sin someterse a la ley y por eso es presentado y circuncidado en la Sinagoga y Cervantes le hace armar caballero en la venta para ponerse así en condiciones de ejercer la andante caballería. Jesús se encuentra a la Humanidad atada por Satanás al árbol de todas sus grandes iniquidades y Cervantes, para no ser menos, hace que su caballero ficticio vea atado a un árbol a Andresillo, e injustamente azotado por su amo. Jesús ya dentro de la ley y en virtud del derecho que como Dios tenía, destruye los molinos de viento que el hombre había levantado con su soberbia y Cervantes lo sensibiliza en aquellos que Don Quijote creyó en su locura grandes gigantes. Jesús con su venida, anuncios proféticos y sus obras divinas, produce en el mundo un gran ruido de temor para muchos y de esperanzas consoladoras para los más, Cervantes hace que su soñado caballero se asuste y espante con el continuo chocar de las mazas de un batán, creyendo era una peligrosa aventura. Jesús nace pobre en

un pesebre donde recibe el calor de unas bestezuelas. Cervantes alberga a su caballero en una venta entre las enjalmas que pertenecían a una recua de unos arrieros, teniendo por lecho la luz de las estrellas. Jesús recibe en su aposento el homenaje de los pastores y Cervantes hace que Don Quijote encuentre a poco de salir de la venta grandes manadas de ovejas y pastores creyendo eran ejércitos. Jesústrajo al mundo el bálsamo sublime de su palabra divina y Cervantes hace creer que Don Quijote tenía el bálsamo de Fierabrás que curaba todas las enfermedades del mundo. Jesús lucha en el Desierto con Satanás. Cervantes hace que Don Quijote pelee con el Vizcaíno. Jesús cura de su enfermedad a los leprosos y les enseña el camino del cielo. Cervantes hace que Don Quijote liberte a los galeotes de las penas impuestas a sus delitos y discute con ellos. Jesús se encuentra al mundo muerto en el orden sobrenatural. Cervantes hace que Don Quijote se encuentre con un cadáver y como los vivos en el orden sobrenatural nada

pueden hacer por los muertos como no sea Dios, le deja marchar a su destino. Jesús sabiendo que sus enemigos los sacerdotes y fariseos le buscan para prenderle se retira con algunos de sus discípulos al Huerto de las Olivas donde ora. Cervantes hace que Don Quijote temeroso de ser cogido por la Santa Hermandad, se esconde con su escudero en Sierra Morena, en donde a semejanza de Amadis ora también. Jesús es entregado por uno de sus discípulos. Cervantes quiere que Don Quijote lo sea por su escudero. Jesús llega a casa de Caifás y Pilatos donde sufre toda clase de afrentas y martirios. Cervantes quiere que Don Quijote sea igualmente insultado en la venta, abofeteado y atado por la hija de la ventera y Maritornes. Jesús sale del Pretorio rodeado de soldados y de una gran muchedumbre, hecho el oprobio de las gentes. Cervantes quiere que Don Quijote parta de la venta enjaulado, digno de toda compasión, acompañado por el cura, el barbero y otros muchos. Jesús tiene que entablar una lucha terrible con Satanás, pues quería evitar a

toda costa su sacrificio para seguir reinando en el mundo. Cervantes hace que Don Quijote enfermo y desvalido luche con el cabrero y tiene que valerse de todas sus fuerzas para librarse de él. Jesús recibe una lanzada de uno de los que iban en su acompañamiento y lleno de todo dolor y amargura baja al sepulcro. Cervantes hace que Don Quijote reciba en el hombro y costado un gran golpe de uno de los que habían salido en procesión a implorar la lluvia y descoyuntado y maltrecho vase a su casa y métese en la cama (1), como muerto. He aquí el esquema o síntesis de la pri-

---

(1) Querrían o podrían decirnos los comentaristas del Quijote ¿quién fuera el médico que le asistió en su enfermedad?

Decimos esto porque como otro Caballero tampoco le tuvo tal vez, aquello pudiera hacer alusión a esto. En cambio, sabemos que un escribano certificó su muerte de la misma manera que el Centurión al contemplar que el sol palidecía, la tierra temblaba y los muertos salían de sus sepulcros, dijo: Este que ha muerto verdaderamente era el Hijo de Dios; es decir, certificó ante el mundo su muerte y su procedencia divina.

mera parte del Quijote formado con la substancia de los principales hechos del Evangelio, con nombres y cosas cambiadas con la que Cervantes, como decíamos, antes hubiera terminado su obra; pero fuera por el libro de Avellaneda o por otras circunstancias, publicó la segunda y en ella, como verá el lector, sigue al Evangelio en todas aquellas cosas que hizo Jesús ya muerto y resucitado hasta su Ascensión a los cielos, sin dejar de mencionar los dos grandes hechos que el Poder divino realizará a la terminación de los siglos, o sea, la resurrección de la carne y el juicio.

Fin del comentario a la primera parte.

SEGUNDA PARTE

Bien dijo Cervantes, que nunca segundas partes fueron buenas, y nunca mejor que ahora tuvo buena aplicación, pues vemos que han de ser tan de poco gusto las cosas que en ella digamos que mejor fuera callarlas. Pero como nuestro valeroso Hidalgo, así como curó del cuerpo, no lo hizo en el espíritu, saliendo por esos mundos con su descansado Rocinante lanza en ristre y calada la visera nos pone en el caso de seguirle en sus heróicas y desusadas acciones.

"Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta historia y tercera salida de Don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traer-

le a la memoria las cosas pasadas.„ ¿Sería cosa fortuita o más bien plan premeditado el que Cervantes hiciera salir tres veces a su ingenioso hidalgo en vez de una o dos para de este modo coincidir con otras tres que nos indica el Evangelio? Difícil es penetrar en el pensamiento que tenga el autor al escribir su obra, pero creyendo como creemos que nada se hace al acaso y mucho menos por el genio portentoso de Cervantes, que como águila, remontaba su vuelo por todos los horizontes de la literatura y de otros muchos conocimientos, es muy presumible tuviera en cuenta como antes hemos dicho, las tres salidas que nos enseña el Evangelio, con relación a Jesús, y se valiera de ellas para ir formando el nervio de su obra aplicándolos a su famoso caballero. Esto debe ser así por cuanto siendo imaginarias aquellas salidas, basóse en la realidad y bajo su sombra fué edificando el edificio de la segunda parte de su libro. Que Don Quijote no salió a ninguna parte, no es necesario probarlo. El que salió, por dicha y ventura

nuestra, fué Jesús, conforme nos lo enseña el Evangelio y la fe. La primera vez que salió fué del reino de su Padre al vientre purísimo de María: *El Verbo se hizo carne.* La segunda del seno de María a la tierra: *Nació entre nosotros;* y la tercera de la tierra a la gloria de Dios Omnipotente: *Ascendió á los cielos,* quedando de este modo comprobado con la realidad el simbolismo que encierran aquellas palabras.

Curiosas y amenas pláticas pasaron entre Don Quijote y Sancho, preguntándole el primero:—"¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros?—Sancho respondió:—Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don Dicen los caballeros, que no querrían que los hidalgos se opusieran a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras

con seda verde.„ Este pasaje parece arrancado de una de las páginas del Evangelio. Es ciertísimo que los sacerdotes, los caballeros y el populacho tuvieron muy distintas opiniones de Jesús, pues mientras unos lo consideraban como un loco, otros afirmaban que quería hacerse rey y cada cual emitía sus opiniones, según sus particulares intereses, y recordarán los lectores, que el mismo Jesucristo preguntó a uno de sus discípulos: ¿Quién, dicen los hombres, que es el Hijo del hombre? Y ellos respondieron: Los unos, que Juan el Bautista, los otros, que Elías, los otros que Jeremías o uno de los Profetas. (1) ¿Y tú quién dices que soy yo? Y respondió: Tú eres el Hijo de Dios vivo que ha venido a este mundo. Hermosa confesión que le valió el ser la piedra angular de su Iglesia. De donde deducimos que aquellas preguntas y respuestas que Cervantes escribe en su libro con más propiedad y realidad, habíanse dicho muchos siglos antes a Jesús.

---

(1) Mateo, c. XVI, v. XIV.

Continuaron hablando Don Quijote y Sancho y éste le dijo que sus nombres y hazañas, corrían ya impresas por todas partes, como así se lo había asegurado el bachiller Sansón Carrasco que acababa de llegar de Salamanca. No negamos que fué una gran profecía anunciar Cervantes por boca de Don Quijote la estupenda y admirable propagación de su libro hasta el punto de haberse cumplido al pie de la letra aquellas palabras:—"Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servido, y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más náciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia." Sin embargo, estas palabras, donde tienen verdadera realidad, el único a quien en sentido estricto pueden aplicarse, es al Evangelio, a su obra maravillosa y divina, a su doctrina, de tal

modo, que en su feliz propagación está empeñada la palabra de Dios y no habrá con el tiempo pueblo ni raza alguna que no le conozca. Si hacemos mención a sus principios bien sabemos todos que a penas muerto Jesús ya su historia recorría toda la Palestina con estas palabras: Jesús Rey de los Judas; y de tal modo se propagó a pesar de todos los grandes obstáculos, que se le opusieron que ya Plinio el Joven pudo decir en el primer siglo: Somos de ayer y todo lo llenamos. Solo os quedan los templos. Después de las cosas mencionadas y que pasaron entre Don Quijote y Sancho, nos recuerda esa historia que el ama de Don Quijote, toda asustada y temblorosa, fué a ver a Sansón Carrasco, el que al verla en aquella forma, le preguntó: "¿Qué esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?—No es nada, señor Sansón mío; sino que mi amo se sale, sálese sin duda.—¿Y por dónde se sale, preguntó Sansón; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?—no se sale—respondió ella—sino por la

puerta de su locura, quiere decir, señor bachiller de mi alma, que quiere salir tercera vez (1) a buscar por ese mundo lo que él llama aventuras, que yo no puedo entender cómo le dá este nombre.„ Este es el simbolismo. Veamos ahora lo que nos dice el Evangelio de donde seguramente lo tomaría Cervantes cambiando los nombres: Muerto Jesús parecía natural que todos sus enemigos quedaran tranquilos, pues no admitiendo como no admitían que fuera verdaderamente Dios, no podían temer de modo alguno que saliere del sepulcro, y sin embargo, pretestando que sus discípulos podían sacarle de él y hacer ver a las gentes que había resucitado, decidieron ir a Pilatos y le dijeron: "Señor, nos hemos acordado que aquel embaucador, cuando aún vivía, dijo: "Después de tres días resucito.„ Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan a lo mejor los discípulos y lo

(1) Esta tercera salida nos recuerda la de Jesús y que tanto temían los judíos.

roben y digan al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos, con lo cual será el último engaño peor que el primero,„ pues si esto ocurre, volverá otra vez a las locuras de sus predicaciones y comenzará de nuevo a predicar aquellas doctrinas, que como sabes, eran contrarias al César. Pilatos al escuchar todas estas razones, les dijo: "Tomad guardia y asegurad como os parezca.„ Con este hecho real y verdadero pueden tener explicación lo que leemos en *El Quijote*, pues de otro modo, queda en el más profundo misterio las palabras del ama de Don Quijote a menos que supongamos que todo eso es un juego de palabras, sin objeto ni finalidad alguna, cosa que sería inferir una gran ofensa a Cervantes y a la grandeza de su libro.

Ni el ama ni Sansón Carrasco pudieron evitar la salida (1), y en "resolución en aquellos tres días Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado San-

---

(1) Tampoco los judíos pudieron evitarla, a pesar de las precauciones tomadas.

cho a su mujer y Don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie los viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso Don Quijote sobre su buen rocinante y Sancho sobre su antiguo rucio.„. Es este libro que comentamos tan misterioso, encierra, como dice Heine, verdades tan profundas, que se escapan al pintor plástico, que temblamos cada vez que hacemos un comentario, y mucho más teniendo que confrontar lo que dice Cervantes con el Evangelio, cosa que alguno pudiera parecerle irreverente, a pesar de las protestas que llevamos hechas de nuestra intención y de nuestro objeto. Pero dentro de nuestro pobre entendimiento creemos, después de haber leído muchos de los comentarios que se han hecho de ese libro, que el único procedimiento para desentrañar esas verdades y misterios está en buscar dentro de la realidad del Evangelio el simbolismo de ese otro libro. Pongamos algunos ejemplos. Cervantes dice, por boca de Don Quijote, que tardó tres

días en salir de su casa pasada su enfermedad (o muerte aparente) a realizar de nuevo sus empresas y sus enseñanzas en beneficio del necesitado y desvalido, y como eso no podemos admitirlo de manera alguna por tratarse de un ser imaginario, tenemos que ir a otra parte a ver personalmente si ha existido alguien en el mundo, alguien que en realidad de verdad haya realizado y puesto en práctica todo lo que allí se dice, y a esto nos contesta el Evangelio: "Hubo un hombre, Dios, que, muerto por nuestros pecados, salió de la casa o del sepulcro a los tres días, como así lo anunciaron sus Profetas y El mismo cuando dijo: Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré, es decir, saldré libre de los vínculos de la muerte para enseñar a mis discípulos la grandiosa obra que tienen que realizar en el mundo antes que suba al reino de mi Padre. Pero allí se dice por Cervantes que esa salida de su caballero solo la presenció Sansón Carrasco, tal vez para recordar que sólo un ángel, con vestiduras blancas y radiante de gloria, vió salir a Je-

sús del sepulcro vencedor de la muerte. Además en el referido párrafo se dice que Don Quijote y Sancho se pusieron en camino del Toboso, y aparte de todo lo que ocurrió en aquel pueblo, y que nada importa a nuestro objeto, esperanzados en encontrar lo que buscaban, quedaron separados. "Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino a las tres labradoras, turbóse todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad„, etc. Este es el simbolismo, y le llamamos así porque nadie creerá en la existencia del Toboso, y mucho menos en tales labradoras. Este nos refiere que apenas hubo salido Jesús del sepulcro cuando salieron de la ciudad tres mujeres, y con gran apresuramiento y temor acercáronse al lugar donde le habían enterrado, y viéndole vacío preguntaron a un apuesto y arrogante joven: Dínos, ¿dónde está Jesús Nazareno? Y viendo ellas un hombre que por allí estaba, creyéndole un labrador, preguntáronle si sa-

bía dónde habían llevado el cuerpo de el que ellas buscaban. Este era el mismo Jesús. ¿Por qué Cervantes nos dice que su caballero salió después de su enfermedad o muerte aparente a los tres días? ¿Por qué no la presencia más que Sansón Carrasco? ¿Por qué sale muy de mañana en busca de Dulcinea, encontrándose con tres mujeres labradoras? ¿Fué coincidencia? ¿Fué plagio? *Chi lo sá*. Nosotros nos inclinamos a creer que el Evangelio fué la fuente purísima donde bebió el fundamento de su obra.

Desengañado ya de no haber visto en su ser y hermosura a Dulcinea del Toboso, encontróse con unos comediantes a los que mesuradamente preguntó, y ellos le dijeron:—Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquellas lomas esta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte,* y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, etc. Y fueron explicándole el papel que cada uno había desempeñado; pero estando en estas plá-

ticas llegó el que hacía la Muerte vestido de bogiganga, con muchos cascabeles y unas vejigas hinchadas, y llegándose a Don Quijote empezó a hacer ruido de tal manera, que, espantándose Rocinante, por poco dá en tierra con su amo. Tal fué la aventura que Cervantes imaginó como realizada por su valeroso caballero, la más felizmente terminada entre todas, precisamente a los tres días de salir de su casa, tal vez para compensarle el disgusto que le produjera no encontrar sino tres pobres labradoras. ¿Sería verdad? ¿Sería simbolismo? Creemos que sí, porque el Evangelio y la fe nos enseñan que Jesús luchó y venció, no a la muerte ficticia, sino a aquella cuyo poder se extiende lo mismo al rico que al pobre, al rey que al súbdito, al sacerdote que al Pontífice, y sólo El ha podido exclamar: ¡Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria?, y con cuyo vencimiento probó su divinidad y a todos aquellos comediantes que en el Gólgota celebraron el auto más tenebroso, la muerte más inicua y cruel que han presenciado y presenciarán los siglos.

Después que Don Quijote salió victorioso de aquellos comediantes y especialmente del que hacía de Muerte, retiróse de aquel lugar por consejo de Sancho, aposentándose aquella noche "debajo de unos altos y frondosos árboles, y apenas habíales tomado el sueño, cuando oyeron un ruido, que no era otro sino el que formaban dos hombres a caballo. Eran estos el Caballero de los Espejos y su escudero„. No indicaremos aquí todos los incidentes de esa aventura, ya por ser muy conocida, ya porque cualquiera puede leerla en las muchas ediciones hechas, y sí sólo recordaremos, porque esto hace a nuestro intento, que el Caballero de los Espejos no era otro que el bachiller Sansón Carrasco y su escudero Tomé Cecial, los cuales salieron disfrazados en su busca de acuerdo con el cura para alejarlo de aquella vida y recluirle en su casa, donde tal vez con el sosiego, paz y tranquilidad de la misma sanaría su juicio. Después de haber leído muchas veces esta aventura no hemos podido convencernos de la necesidad o conveniencia de

la salida de Sansón Carrasco en busca de Don Quijote, pues aunque allí se dice que su objeto no era otro que recluirle en su casa, bien pudo evitarlo cuando Sancho se negó a servirle de escudero, no ofreciéndose él, como lo hizo ya, oponiéndose a su salida cuando Don Quijote le comunicó su determinación, cosa que él solo supo. Cervantes nos hubiera convencido de la utilidad de los servicios de Sansón Carrasco cuando hubiéramos visto en éste oposición a los disparates y locuras de Don Quijote, pero siendo el que más las alentó, el que les dió noticias de la publicación del libro de todas las hazañas que habían realizado, no vemos justificada su oficiosidad en que dejara una vida que él había alabado; es decir, que si a Don Quijote le faltaba algo para acabar de ser un loco, no fué Sansón Carrasco el que menos contribuyó a ello. Lo razonable y prudente hubiera sido como hombre de letras oponerse por todos los medios a su alcance y valiéndose de las personas que en esta obra pudieran ayudarle, conseguir de Don Quijote

dejara los disparates y soñadas aventuras y no ponerse como se puso en el caso de que le salieran las cosas al revés de como las había pensado, y así no hubiera tenido que recibir la lección de Tomé Cecial cuando le dijo: "Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido, con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote, loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es el más loco: ¿el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad? ¿Por ventura no presumió Sansón Carrasco, bachiller por Salamanca, que Don Quijote, descansado, bien comido y asistido era invencible dada la fortaleza de su brazo y el valor que encerraba en su corazón? ¿Por qué no esperó que las vigilias, las luchas sostenidas con sus enemigos, mal comido, falto de dormir, le quebrantaran (como ocurrió después en Barcelona), con cuyas ayudas fácilmente lo hubiera vencido. ¿Es que hacía tanto tiempo que saliera de

su casa para que el temor de sus desdichas aguijonearan sus deseos? Repetimos que, a pesar de haber leído muchas veces esa aventura, no la encontramos lógica, a menos que Cervantes, para no perder la trama de su libro, se viera obligado a ello, que es lo más probable, según veremos.

Nos enseña el Evangelio que Jesús, después de haber salido glorioso y triunfante de la muerte y haber visto y conversado con las mujeres en el Huerto, sus discípulos fueron a buscarle, no sólo por verle y disfrutar de su presencia, sino para cerciorarse de si efectivamente había resucitado. "Y dos de ellos aquel mismo día iban a una aldea llamada Emaús que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús en su compañía. Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas, que tratáis entre vosotros caminando, y porqué estáis tristes? (1) ¿Acaso esta

(1) San Lucas, c. XXIX, v. XIII.

verdad del Evangelio no aclara el simbolismo que encerraba la busca de Don Quijote por Sansón Carrasco y Tomé Cecial? Pero continuemos. Siguió el caballero del bosque al son de un laud o vihuela desafiando a todo el mundo a declarar que Casildea de Vandalia era la más hermosa de todas las mujeres, lo que oído por Don Quijote, dijo: "Ya ves tú, Sancho, que desvaría; pero escuchemos, quizá se declarará más. ¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, o la de los aflijidos?—De los aflijidos—respondió Don Quijote. Pues lléguese a mí—respondió el del bosque,—y hará cuenta que se llega a la mesma tristeza y a la aflicción mesma. Reunidos ambos, hablaron y discutieron sin que Don Quijote le conociera hasta que después de verificado el lance concertado, vió Sancho con asombro inaudito que eran Sansón Carrasco y Tomé Cecial. Confrontemos ahora este simbolismo con el Evangelio. Este nos dice que los dos discípulos no reconocieron a Jesús hasta que estando "sentado con ellos a la

mesa, tomó el pan, y lo bendijo, y habiéndolo partido se lo daba.„ Y Él entonces se desapareció de su vista (1). Hagamos ahora un pequeño resumen comparativo entre la realidad y el simbolismo. Cervantes nos dice que Sansón Carrasco y Tomé Cecial fueron en busca de Don Quijote a los pocos días de su partida y por encargo del cura, y el Evangelio nos enseña que los dos discípulos por encargo que Jesús dió a las mujeres que estaban en el Huerto, fueron en su busca. Cervantes asegura que Don Quijote no conoció a Sansón Carrasco y Tomé Cecial y el Evangelio refiere que los discípulos tampoco conocieron a Jesús.

El caballero del Bosque, es vencido por Don Quijote y antes de que pudiera ser muerto le reconoce Sancho y el Evagelio nos atestigua que Jesús venció la ceguera de sus discípulos con la luz purísima que irradiaba aquel pan bajado del cielo. En la aventura del caballero del bosque se lee que los dos escude-

(1) San Lucas, c. XXIV, v. XXX.

ros comieron y bebieron, saciando sus apetitos y el Evangelio declara que los dos discípulos de Jesús comieron y bebieron su cuerpo y sangre divina. Aquello fué una invención. Esto fué una realidad y por consiguiente *mutatis mutandis* la verdad del Evangelio comprueba el simbolismo de ese otro libro. Después de esta aventura no encontramos cosa digna que haga referencia a nuestro plan como no sea el capítulo en que se refieren las bodas de Camacho, de las que dice el señor Rodríguez Marín lo que sigue: "¿Hay en todo este episodio de las bodas de Camacho reminiscencias de algún suceso realmente acaecido, que Cervantes presenciara u oyera relatar? Por si pudiese contribuir a que se dé satisfactoria respuesta a esta pregunta, extractaré unas noticias debidas a Don Diego Ignacio Parada (*Hombres ilustres de Jerez de la Frontera*, Jerez 1878, página 95); Don Pedro Camacho de Villavicencio, llamado *el Rico,* fundó en 1507 el mayorazgo llamado de Barbaíca, en unión de su mujer Doña Teresa Suazo, por escritura fechada en

Jerez a 15 de Agosto del dicho año. Su testamento fué la admiración de las gentes de su tiempo, "por el número de tierras, cortijos, dehesas, ganados, caballos, olivares, molinos, alhajas de oro y plata y demás bienes de que en él se hacía relación. Si este Camacho tiene que ver con el del Quijote a lo menos, no holgará saber que en las tierras de Andalucía, tan andadas y reandadas por Cervantes, hubo un sujeto a quien llamaron, como al burlado novio de Quiteria, *Camacho el Rico*.„

No negamos que Cervantes tomará ese nombre para referir su aventura, pero como en el suceso que nos refiere el señor Rodríguez Marín no se habla para nada de bodas ni cosa que se le parezca, sería aventurado asegurar que Cervantes al escribir ese capítulo en su libro tuviera en cuenta aquellas otras bodas de Caná. ¿No serían ellas aparte del nombre las que lo inspiraran? Para nosotros, es indudable y por eso las rodearía de aquella fastuosa suntuosidad para acercarlas en lo posible a aquellas otras bendecidas y santificadas, no por

un licenciado anónimo ni enaltecidas por el poderoso brazo de Don Quijote, sino por la virtud omnipotente de Jesús y por la presencia de la más pura y hermosa de todas las mujeres; por María. Aparte de esto, ¿acaso las bodas orientales, tal como entonces se celebraban, tenían nada que envidiar a las del rico Camacho? Y es que el hombre no inventa nada; él no hace otra cosa que unir, "como dice un escritor„ noticias con eslabones de oro, iluminar los puntos más obscuros y averiguar las relaciones más delicadas y el entronque misterioso de las ideas y a través del polvo de los siglos sorprender en el momento de su inspiración generosa del plagio consciente o inconsciente los autores todos, críticos, filósofos, historiadores, poetas y dramaturgos, formando con ellos ideas nuevas y sorprendentes que en realidad no son más que el resultado de otras anteriores unidas y conjuncionadas por una chispa misteriosa que se llama genio y de aquí aquella profundísima sentencia del Sabio: "No hay nada nuevo debajo del sol.„

En el capítulo XXV del Quijote se cuenta la peligrosa aventura de la Cueva de Montesinos, la que no repetiremos sino a grandes rasgos, por ser muy conocida de todos. Cuéntase en él, que despedidos Don Quijote y Sancho con grandes agasajos por los que celebraron las bodas de Camacho, fueron acompañados por un primo del licenciado hasta la dicha cueva, pues Don Quijote deseaba conocer las maravillas que encerraba y que de ella se decían.

"Las cuatro de la tarde serían cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar a Don Quijote, para que sin calor y pesadumbre contase a sus dos carísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente: A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de

la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo a tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgásedes más soga que enviábades; y haciendo de ella una rosca o rimero, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni como nó, desperté del y me hallé en la mitad del más bello, ameno y delicioso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados, del cual, abriéndose dos grandes puertas ví que por ellas salía, y hacia mí se

venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura, etcétera.„ Si esto no es retratar de una manera simbólica la bajada de Jesús al Limbo o seno de Abraham, no sabemos entonces ni lo que es simbólico ni se podrá explicar nunca la inaudita locura de Don Quijote ni sabemos cómo pueden creerse ni divertir a nadie semejantes disparates. Por eso creemos firmemente que ese capítulo es una figura o remedo de aquel hecho que forma parte de nuestro dogma realizado por Jesús descendiendo al Limbo en el momento mismo en que murió para romper las puertas de bronce de aquel lugar, donde tantos y tantos millares de seres esperaban ser rescatados por El. Bien es verdad que esa aventura debiera haberla referido Don Quijote en aquellas pláticas que tuvo con el cura, el barbero y Sansón Carrasco cuando fueron a visitarle pasados los peligros de su enfermedad que para todos fueron como si estuvie-

ra muerto y tal vez hubiera sido creída, teniendo en cuenta que su imaginación debilitada por los trabajos y vigilias había fantaseado de lo lindo. El orden debió ser este, para ser lógico dentro de la inverosimilitud del suceso. Cervantes debió haber supuesto la enfermedad de Don Quijote y que en ella y en sueños había visto cuanto refiere en ese capítulo. Después, su salida al tercer día, no visto sinó por Sansón Carrasco; encuentro de las labradoras y vencimiento sin daño alguno en la aventura de las Cortes de la Muerte, y de este modo hubiera seguido todo el proceso del Evangelio sin desviarse un punto. En cuanto a la descripción que hace Cervantes de la cueva de Montesinos y que pone en boca de Don Quijote no se diferencia de la que pudiera hacerse del seno de Abraham sino que toda ella es ficticia y esta real distando la una cosa de la otra todo el trayecto que separa la imaginación del hombre de la obra de Dios, pero continuemos. "Llegóse a mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego de-

cirme: "Luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperábamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos; hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo, etc.„ ¿A quién pueden referirse estas simbólicas palabras? ¿Qué ser real o ficticio ha existido en el cielo o en la tierra de ánimo tan esforzado y corazón tan valiente que haya podido descender a aquel lugar de esperanza sino Jesús donde tantos siglos hacía le esperaban millares de caballeros con ansias infinitas de que realizara la redención de Israel? Si esta realidad no explica aquel simbolismo no es posible poderle encontrar una explicación satisfactoria. Pero no. Detalla de tal modo las circunstancias que concurren en aquella cueva que solo pueden compararse con lo que el Evangelio y la Teología nos enseña respecto al seno de Abraham. Veámoslo:

"A esta sazón dijo el primo:—Yo no sé, señor Don Quijote, como vuesa merced en tan poco espacio de tiempo que há que entró allá abajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.—¿Cuánto há que bajé—preguntó Don Quijote.—Poco más de una hora—respondió Sancho.—Eso no puede ser—replicó Don Quijote,—porque allá me anocheció y amaneció y tornó a anochecer otras dos veces; de modo que, a mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista vuestra„—que son precisamente los tres días que el Evangelio nos dice que Jesús estuvo en aquellas regiones tan escondidas y lejanas a nuestra vista que nadie podrá ver con ojos humanos (1). ¿Por qué Cervantes no hizo que su ingenioso hidalgo estuviera un día o dos en la cueva de Montesinos, si no precisamente tres? Porque indudablemente iba

(1) Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra. (Mateo, cap. XII, versículo XL.

plagiando el Evangelio, cambiando los nombres, personas y cosas. Y la prueba de ello está en que las cualidades que Don Quijote atribuyó a los que moraban en la dicha cueva sólo convienen a los que moraban entonces en el seno de Abraham. Por eso tiene muchísima razón el Sr. Rodríguez Marín, y eso que no se refiere más que a dos o tres palabras, cuando dice: "A juzgar por esta reflexión, más bien que de la cueva de Montesinos, pensaríase que Don Quijote acababa de salir de una cátedra de Escritura, porque sus palabras parecen calcadas sobre aquellas del *Libro de Job: Sicut umbra dies nostri sunt... Homo natus de muliere..., qui quasi flos egreditur et conteritur, et fugit velut umbra...* Y nosotros añadimos que también salía de una cátedra de Teología.

Continuaron preguntándole, y le dijeron:—¿Y los encantados comen?—dijo el primo.—No comen—dijo Don Quijote.—¿Y duermen, por ventura, los encantados, señor?—preguntó Sancho.—No por cierto—respondió Don Quijo-

te;—a lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo ni yo tampoco.„

¿Puede hacerse una descripción más exacta de las cualidades que adornan a todos los que moran en aquella patria donde no hay tiempo, hambre ni sed, porque todos están hartos e iluminados por la luz de la esencia infinita de Dios. Quítese a ese capítulo esta desaliñada explicación, y que nosotros no ampliamos porque pueden estudiarse en cualquier libro que trate de esta materia y será un cúmulo de disparates. Podía pasar como una conseja, como una ficción, si no estuviera tan en armonía con un hecho indubitable y dogmático. Pero como esto no es posible, es necesario decir: eso es un símbolo de cosas que realmente tuvieron lugar, y de no haberlo realizado Jesús, ni la humanidad estaría redimida ni hubieran sido libertados todos aquellos que luengos siglos esperaban su venida para salir de aquella obscura y triste cueva y volar a las regiones inmortales de la gloria. Por eso decíamos antes que ese capítulo debía

haberlo escrito Cervantes cuando Don Quijote tuvo aquellas pláticas con el cura y el barbero y Sansón Carrasco como tenidas en sueños, y así no hubiera tenido necesidad de escribir, "que el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengelí, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de él estaban escritas de manos del mismo Hamete estas mismas razones: "No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir que al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles, pero a esta de la cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera y por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que Don Quijote mintiese siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas

las circunstancias dichas, y qué no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates, y si esta aventura parece apócrifa yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más.„

Yo, lector, afirmo, y algunas pruebas se te han dado, que esa aventura es un símbolo *mutatis mutandis* de nombres, lugares y cosas de aquel lugar donde Jesús bajó con su alma y divinidad para que salieran aquellas inmensas legiones de caballeros que habían de formar su corte de honor. Y si te parece imposible aquella aventura, tal vez no sea más que una reproducción, cambiando las especies, de aquel cuadro de Fr. Angélico en el que aparece Jesús a la puerta de una cueva obscurísima extendiendo su diestra a un anciano venerable, con luengas barbas, que le alargaba la suya seguido de muchedumbres incontables de todos los pueblos y de todas las razas. ¿O querría recordar Cervantes en ese pasaje que describe el desconsolador

Nirvana de Sakiamuni, donde las almas trasmigraban de unos cuerpos a otros el Elíseo de Homero o el Edén de Mahoma? Pero no. Porque en ellos no se nos dice nada que tenga semejanza ni con el Nirvana ni con el Elíseo de Homero, cuyos manes comen, ríen y bailan, se refiere de una manera indudable al seno de Abraham, conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno, cuyos justos, resplandecientes como el sol, gozarán en el Altísimo de la belleza de la verdad y de la justicia eternas (1).

Dejando por comentar algunos capítulos que en nada afectan a nuestro intento, recordaremos cómo una vez que Don Quijote y Sancho salieron de aquella alameda donde tuvieron tan interesantes coloquios, siguieron su camino buscando la ribera del Ebro, donde les sucedió la aventura del barco encantado. Dos días no más habían pasado cuando Don Quijote hallóse a la vista del caudaloso río, y al contemplar sus cristalinas aguas, la amenidad de sus ribe-

(1) Mateo, c. XIII y v. XLIII.

ras y su tranquilo curso, admiróse grandemente, y apenas hubo salido de esta admiración vió en la orilla un pequeño barco atado al tronco de un árbol.—"Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él a dar socorro a algún caballero u otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita...„ etc. Sancho, mohino y malhumorado, obedeció a su amo atando a Rocinante y al rucio, y diéronse a la vela con todos los pormenores que en el dicho capítulo se mencionan hasta que llegaron a la mitad de la corriente del río. Los molineros de las haceñas al verles empezaron a gritar:—Demonio de hombres, ¿dónde vais? ¿venís desesperados? Qué, ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? Este es el simbolismo, y de aquella realidad que muchos siglos antes que Cervantes escribiera este capítulo había realizado Jesús en aquel barco donde adoctrinó a las gentes y obró grandes maravillas, y

no locuras, como el imaginario Don Quijote de la Mancha. Este creía que el barco que viera en la orilla era para que fuera a socorrer a alguna cautiva dama o algún necesitado caballero, mientras que aquel otro dominador de las aguas y los elementos todos mostraba así el poder de su brazo, la divinidad de su origen, y por eso las gentes le aclamaban, lo que en una ocasión le obligó a pasar al otro lado del lago de Genesareth. Por ventura, Cervantes al escribir esa aventura no leería el capítulo XIV de San Mateo, el que, copiado al pie de la letra, dice: Y Jesús hizo subir luego a sus discípulos en el barco, y que pasasen antes que El a la otra ribera del lago mientras despedía a las gentes. Y luego que la despidió, subió a un monte solo a orar. Y cuando vino la noche, estaba allí El solo, y el barco en medio de la mar era combatido de las ondas porque el viento era contrario. Mas a la cuarta vigilia de la noche vino Jesús hacia ellos andando sobre la mar. Y cuando le vieron andar sobre la mar se turbaron y de-

cían: ¡que es fantasma! Y de miedo comenzaron a dar voces. Mas Jesús les habló al mismo tiempo y dijo: Tened buen ánimo; yo soy, no temáis. Y respondió Pedro: Señor, si tú eres, mándame venir a tí sobre las aguas. Y El le dijo: Ven; y bajando Pedro del barco, andaba sobre el agua para llegar a Jesús. Mas viendo el viento recio, tuvo miedo; y como empezase a hundirse, dió voces, diciendo: Valedme, Señor. ¿Qué diferencia hay entre este capítulo y el escrito por Cervantes como realizado por Don Quijote? ¿No se vé en el fondo muchas cosas parecidas, aunque variando las cosas, nombres y personas? Véamoslo: Cervantes dice que Don Quijote subió a un barco creyendo iba a realizar una obra provechosa. También Jesús subió al barco que el Evangelio nos menciona. El de Don Quijote iba a merced de la corriente; el de Jesús tenía vientos contrarios. Los molineros al verle le llamaron loco. Los discípulos a Jesús le llamaron fantasma. Don Quijote cayó al agua y le sacaron los molineros, y Pedro por su falta de fe lo fué

por Jesús. ¿Cabe alguna duda de que ese hecho es un plagio del Evangelio? Varios otros capítulos de ese libro inmortal pudiéramos referir en los que se cuentan las veces que Jesús subió a un barco para enseñar a los que le seguían, pero nos parece basta con el indicado.

Ahora vamos a ocuparnos de las más importantes aventuras que a Don Quijote le acontecieron en casa de los Duques, y confesamos ingenuamente, que si todas ellas son obscuras y misteriosas éstas no le van a la zaga, pues o encierran verdades muy profundas que solo pueden ser explicadas por el Evangelio o no podrán nunca comprenderse, tomadas tal como están escritas.

Sabrosas y divertidas escenas pasaron en aquella casa hasta que "con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro obscuro que trujo consigo ayudó mucho la inten-

ción de los Duques; y así como comenzó a anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, a deshora, pareció que todo el bosque, por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego y el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lililiés, al uso de los moros cuando entran en batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos a un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron.„

¿Es posible creer que la aventura referida no envuelve algún misterio? ¿Es

por ventura esa cacería igual o parecida a todas las que se han celebrado y se celebran en el mundo? Si ellas sirven de esparcimiento de higiene y recreo, ¿para qué esos ruidos tremendos, ese arder el bosque por todos sus costados, esos instrumentos bélicos y esas luces de fuego que llevaron a todos el terror y el espanto? ¿Háse dado semejante caso en ninguna cacería de las que tengan memoria los hombres? Aquel espectáculo ¿no parece un pálido reflejo de lo que nos enseña el Evangelio, que ocurrirá a la terminación del mundo? Y como si todas aquellas escenas no fueran bastantes para atemorizar el corazón más valiente e intrépido, "se cerró más la noche, y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exalaciones secas de la tierra, que parecen a nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se cansa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y

los osos, si los hay por donde pasen. Añadióse a toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecía verdaderamente que las cuatro partes del bosque se estaban dando a un mismo tiempo cuatro reencuentros o batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lililíes agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino a tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellos, y a gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro.„

¿Acaso no podrá significar el cuadro descrito impropio de toda cacería con sus espantos y terrores algo de lo que

nos indica el Evangelio que ocurrirá en aquel día tremendo del fin del mundo y en el que se nos recuerda: "Cuando oyéreis guerras y sediciones, no os espantéis; porque es necesario, que esto acontezca primero, mas no será luego el fin. Se levantará gente contra gente, y reino contra reino. Y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres, y habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo„ (1). En la referida aventura se nos dice que, "un postillón que en traje de demonio pasó por delante de Don Quijote tocando un hueco y desmesurado cuerno junto con el ruido espantoso y horrísono que en el bosque se oía,„ ¿no concuerda con estas palabras de San Juan? "Y el primer Angel tocó la trompeta y fué hecho granizo y fuego, mezclados con sangre, lo que cayó sobre la tierra„ (2). "En esto se cerró más la noche, y comenzaron a discurrir muchas luces, por el bosque bien así como discurren por el

---

(1) Lucas, c. XXI, v. IX.
(2) Apocalipsis, c. VIII, v. VII.

cielo las exalaciones de la tierra„ palabras que se diferencian poco de éstas otras de San Juan. Y el tercer Angel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una hacha, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas.„ ¿Qué necesidad tenía Don Quijote de presenciar aquellas terroríficas escenas para desencantar a Dulcinea cuando un Sancho ignorante y simple tan fácilmente le hizo creer que aquellas tres labradoras que el viera una de ellas era Dulcinea del Toboso y la que sus enemigos los encantadores habían transformado. Por eso creemos que aquella aventura debe ser un pálido reflejo de lo que nos enseña el Evangelio que acontecerá en el impenetrable y misterioso fin del mundo.

Terminados aquellos estruendos ruidos, batallas y luminarias que como exalaciones caían se les acercó un carro con rechinantes ruedas donde venía un viejo venerable y puesto en pie, dando una gran voz dijo: "Yo soy el sabio Lingardeo; y pasó el carro delante, sin hablar más palabra.

Tras éste pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro dijo: "Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida; y pasó adelante. Luego con el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pie, como los otros, dijo con voz ronca y más endiablada: "Yo soy Arcaláus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela; y pasó adelante.„ ¿No fué esta aventura escrita por Cervantes un simbolismo de lo que ocurrirá aquel día de ira en el que temblarán el cielo y la tierra, los mares y los ríos, los valles y los montes, cuando todos los hombres resuciten en sus propios cuerpos para dar cuenta de sus hechos acaso pasando también delante del Juez Supremo de vivos y muertos los mismos feísimos demacios que pasaron por delante de Don Quijote los más con el nombre de here-

jías, cismas, revoluciones, persecuciones, llevando en sus frentes el estigma de todos los pecados? La soberbia dirá: Yo avasallé al humilde, al pobre y al desvalido. La lujuria: Yo corrompí y encenagué todos los caminos de la vida. La ira: Yo rompí los diques de la humildad y la paciencia. Yo soy el sabio Lirgandéo que obscurecí con mis doctrinas las inteligencias de muchos. Yo soy el sabio Alquife que sembrando odios en las muchedumbres conseguí entronizar la anarquía en la tierra. Yo soy Arcaláus el que persiguió tu Iglesia, robó tu Santuario, desterró tus vírgenes y rompió el cayado de tus Pastores. Yo soy Montesinos el que quiso borrar del mundo tu nombre y tu cruz y cada uno irá dando cuenta de su vida y de sus hechos y de seguida se levantará la Muerte empujada por el soplo divino y dirá: Yo igualé a los ricos y a los pobres, a los sabios e ignorantes, a los pecadores y a los justos; ahora que cada cual reciba su galardón o castigo, según sus obras y se desencanten ante la faz de todas las gentes y de todas las naciones

y vivan o mueran según sus vicios y virtudes. A los primeros les dirá el Juez Supremo: "Apartáos de mí, malditos, id al fuego eterno, que os está preparado para el diablo y sus ángeles„ (1). Y a los otros les dirá: "Venid benditos de mi Padre a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo„ (2).

Mucho se ha fantaseado acerca de las locuras con que Cervantes rodeó a Don Quijote, sin parar mientes que todo era un simbolismo, pues de otro modo no podrían tener explicación posible como se comprueba por las muchas burlas que sufrió en casa de los Duques, las que siendo un ente real no las hubiera sufrido en paciencia ni nadie tenido humor para con tanta frecuencia y continuación hacerlas. Todos recordarán que habiendo terminado Don Quijote y Sancho de comer en casa de los referidos Duques "presentáronse cuatro doncellas la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil así mismo de

---

(1) San Mateo, c. XXV, v. XXXIV.
(3) San Mateo, c. XXV, v. XXXXI.

plata y la otra con dos blanquísimas y riquísimas tohallas al hombro, y la cuarta, descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas), una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, creyó debió ser usanza de aquella tierra en lugar de lavar las manos lavar las barbas. "Primera burla recibida pacientemente por Don Quijote. La segunda fué la manera como debía ser desencantada Dulcinea del Toboso. La tercera fué aquella noche en la que encontró en su cuarto una vihuela y templándola empezó a cantar un romance que él mismo había compuesto "cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quijote a plomo caía descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos que así mesmo traían cencerros menores atados a la cola, etc.....

La cuarta tuvo lugar durante la con-

valecencia de aquel feroz gateamiento, cuando la dueña de la Duquesa llamada Doña Rodríguez, penetró en su cuarto con todos los pormenores que allí se refieren, recibiendo pellizcos tan recios y a menudo, que le dejaron por muerto. La quinta fué el desafío con el lacayo Tosilos, y por último, aquellos versos que la enamorada Altisidora le leyó antes de que saliera del castillo, acusándole haberle hurtado tres tocadores y unas ligas de su pertenencia. ¿Es creíble que por grande que fuera la locura de Don Quijote, tuviera fuerza y paciencia para resistir tanto atropello ajenos muchos a lo que él había estudiado y aprendido en los libros de caballería? ¿Es creíble que los Duques tuvieran humor para holgarse tantos días a costa de un pobre caballero demente y de tan mal corazón y sentimientos para permitir que la chusma de su casa se divirtiese a su costa? No; esto es absurdo y si divierten tales escenas, son por lo entretenido de ellas y por las agudezas de Sancho. Se nos dirá que como la idea dominante en Don Quijote era verlo todo bajo el

punto de vista de los encantamientos, las cosas más absurdas eran para él las más naturales del mundo.

¿Pero acaso los locos sacándolos de la idea dominante no discurren, no sienten, se desposeen, en una palabra, de las demás pasiones inherentes a todo ser humano? ¿Cómo se explica que ese loco ni se impaciente en la adversidad ni se le vea hacer nunca nada que no esté en armonía con el hombre más equilibrado de la tierra, como se observa en Don Quijote. Si, pues, dentro de la realidad no ha existido ni existe un hombre semejante, debemos concluir que era un símbolo de algo real y viviente que todos tocamos, que todos conocemos, que todos los días, los años y los siglos acontece a nuestra vista. Es que simbolizaba los principales hechos que el Evangelio atribuye a Jesús, el que ofendido, burlado y ultrajado es paciente en sufrir todas las burlas y afrentas que el género humano hace constantemente contra sus divinos mandatos, siendo tan grande su amor y su caridad infinita que todo lo sufre y ni se impacienta por las

burlas ni se enfurece por el agravio y de tal modo es completo en su ser y en sus operaciones, que ha sido el único en el mundo que ha podido exclamar: ¿Quién me argüirá de pecado? A esta resignación en los agravios, a esta mansedumbre en sufrir los pecadores, a esta paciencia parece hacer mención Cervantes cuando pone en boca de Don Quijote estas palabras: "Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad, en esto, considérome impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y conocidas por mi valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces„, etc. Quejas que sólo son aplicables a Jesús al ver cómo le paga el pecador sus amores y desvelos infinitos. Para nosotros, los Duques, nombre genérico con que Cervantes los designa, figuraban la humanidad. Y los criados los pe-

cadores, y las burlas e injurias que Don Quijote sufrió en dicha casa simbolizaban las que constantemente cometen los pecadores contra Jesús, cuyos delitos, no sólo tendrán un castigo previo cuando cada alma se presente ante su terrible Tribunal, sino que también han de tener una solemne y pública sanción en el día del Juicio. Así es que desposeyendo esa aventura, como todas las demás, del simbolismo o misterio que las rodea, es imposible de todo punto poder comprender ese libro sin caer en una porción de absurdos, como se deduce de estas palabras de Azorín: "La segunda parte del *Quijote* sugiere multitud de reflexiones; sobre todo, los capítulos en que figuran los Duques que aposentaron en su palacio a Don Quijote y Sancho. Los tales Duques nos parecen ahora gente inculta, grosera y aun cruel. No se concibe cómo personas discretas y cultas pueden recibir gusto y contento en someter a un caballero como Alonso Quijano a las más estúpidas y angustiosas burlas. (Recuérdese la aventura de los gatos, el "espanto

cencerril y gatuno.„) Una temporada están Don Quijote y Sancho en casa de los Duques; se divierten éstos a su talante con ellos; son expuestos, caballero y escudero, a la mofa de toda la grey lacayuna; con la más exquisita corrección se conduce y produce Alonso Quijano. Y luego los tales Duques dejan marchar, como si no hubiera pasado nada, al sin par caballero y al simpático edecán. Ya que se divirtieron los Duques, ¿no había medio de demostrar su gratitud de una manera positiva y definitiva? A esos señores debía de constarle que Don Quijote era un pobre hidalgo de aldea. ¿No se les ocurrió, para aliviar su situación, más o menos sólidamente? Pero dejan marchar a Don Quijote y hacen todavía más, como si las estólidas burlas pasadas no fueran bastantes, todavía se ingenian para traerle a su castillo cuando el caballero va de retirada a su aldea para darle una postrera y pesada broma.„ Hemos dicho que *ahora* notamos esta estúpida crueldad de los Duques; más ya a últimos del siglo XVIII, cuando D. Vicente de los

Ríos compuso su *Andlisis del Quijote*, escribía que esas chanzas de los Duques con Alonso Quijano suponían un olvido "de la caridad cristiana y de la humanidad misma.„

El señor Unamuno en su libro intitulado *Vida de Don Quijote y Sancho*, dice: "Debo aquí, antes de pasar adelante, protestar contra la malicia del historiador, que al fin de este capítulo XXXIII que vengo explicando y comentando, dice que las burlas que hicieron los Duques al Caballero, fueron tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta historia se contienen. ¡No, no, y mil veces no! Las tales burlas no fueron ni propias ni menos discretas, sino torpísimas, y si ellas sirvieron para poner a mayor luz el insondable espíritu de nuestro hidalgo y alumbrar el abismo de la bondad de su locura, débese tan solo a que la grandeza de Don Quijote y su heroísmo eran tales que, convertían en veras sublimes las más bajas y torpes burlas.„

"Y el señor Navarro Ledesma, en el *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes*

Saavedra, dice: "Mentira parece que haya habido quien califique a los duques de muy discretos y delicados, y no advierta que, precisamente ellos, son los únicos indelicados, groseros y torpes, con el Caballero cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortesanar a pastores y aldeanos, y para levantar a lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los Duques, el verdadero duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que a Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros, y no le conociesen ni le comprendieran los señores de la alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? (1)." Por eso decíamos en nuestro libro intitulado *Don Quijote y*

---

(1) ¡Y cosa rara! Precisamente en los palacios de Anás, Caifás y Herodes, fué donde Jesucristo sufrió las mayores afrentas, dolores y

Sancho que las escenas ocurridas en casa de los Duques, eran un simbolismo de cosas misteriosas y profundas, afirmándonos cada vez más en ello.

Después de la cerdosa aventura ocurrida a Don Quijote y Sancho, de vuelta de Barcelona, y lo mal parada que quedó su repostería por aquellos insolentes puercos, "al declinar la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de a caballo y cuatro o cinco de a pie." Recordarán los lectores como estos hombres bien armados los condujeron a un castillo que no era otro que el de los duques, donde teníanle preparada una nueva y nunca vista aventura. "En medio del patio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual por sus gradas ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo

---

amarguras, y en uno de ellos, la sentencia de muerte en contraposición del respeto y amor con que en otras partes le habían tratado.

se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía aparecer con su hermosura hermosa a la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y oloríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas, un ramo de amarilla y vencedora palma.„ Esta no era sino la enamorada Altisidora y levantándose uno de los circunstantes llamado Radamanto, dijo: "Ea, ministros de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomo que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora.„ ¡Por vida nuestra que no hemos visto nunca en el mundo, duques tan divertidos como estos! ¿No hubiera estado más en su lugar que en las pasadas burlas del palacio y bosque en aquellas escenas apocalípticas, hubiera resucitado la enamorada Altisidora por la virtud de Don Quijote y no por la de Sancho? Que éste recibiera el

encargo del desencanto de Dulcinea del Toboso con las penitencias que allí se le impusieron, no lo explicamos satisfactoriamente por haberle hecho creer a su amo la tal patraña; pero que recobrara la salud Altisidora por su virtud cuando él no tenía arte ni parte en sus amores, no podemos explicarlo, como tampoco se lo explicaba el buen escudero, el que con una estupenda dosis de sentido común, dijo: "¡Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Y puesto que aquí se nos habla de un dogma de nuestra religión que iba a ser realizado por la virtud más o menos jocosa de Sancho, preciso es que nosotros tomemos la referida aventura como un símbolo de lo que ha de realizar Jesús a la terminación de los siglos. Por de pronto todos los que allí estaban creían en la posibilidad de la resurrección de los muertos, y esto es algo, por lo menos, es una enseñanza para aquellos que no creen en estas palabras que nos enseña el Evangelio: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí aunque hubie-

ra muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás.„ (1)

Con esta aventura terminamos la segunda parte del Quijote, pues todo lo demás que en él se lee no dice ya relación con el plan que indudablemente se propuso Cervantes al seguir al Evangelio en los hechos principales realizados por Jesús como vamos a ver en este pequeño bosquejo. Cervantes nos dice que Don Quijote salió de su casa a los tres días de haberlo así pensado. El Evangelio nos enseña que Jesús salió del sepulcro al tercer día, según lo había profetizado. Don Quijote no es visto a su salida sino por Sansón Carrasco. El Evangelio atestigua que sólo un Angel vió salir del sepulcro al Redentor de los hombres. Cervantes nos afirma bajo la palabra de Cide Hamete Benengile, que Don Quijote en vez de Dulcinea sólo vió a tres labradoras. El Evangelio bajo la palabra de Dios, dice, que aparte del Angel, sólo le vieron tres mujeres en el Huerto. Cervantes continúa diciéndo-

---

(1) San Juan, c, XI; v. XXV.

nos, que su intrépido caballero venció al que hacía el papel de Muerte en la compañía de Angulo el Malo. El Evangelio, que Jesús venció a la Muerte y por ese motivo nos da la vida. Cervantes continúa afirmando que a los pocos días de haber salido Don Quijote de su casa van en su busca Sansón Carrasco y Tomé Cecial. El Evangelio nos demuestra que sus discípulos por expreso encargo que recibieron las mujeres de Jesús van en su busca.

Y aunque Cervantes no lo afirma, nos dice que Don Quijote bajó a la cueva de Montesinos, mientras que el Evangelio, de una manera rotunda, afirma que Jesús bajó al Limbo o seno de Abrahám, de tal modo que el que no lo crea, no podrá salvarse; las demás aventuras realizadas en el bosque y casa de los Duques, forman parte de lo que Jesús realizara a la terminación de los tiempos con la plenitud de su poder infinito.

CONCLUSIÓN

"Como las cosas humanas no son eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente la vida de los hombres, y como Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen

escudero.„ Y después de haber arreglado los asuntos de su casa y de su alma murió, ante cuya muerte nosotros exclamamos: ¡Loados sean los altos y benditos cielos que el mismo Cervantes nos da probado nuestro intento sin grande esfuerzo! Porque un caballero que muere por grandes y estupendas que sean sus acciones, no puede ser el hombre que necesita la humanidad, es decir, el amparador del pobre y desvalido, el desfacedor de entuertos, el defensor de la justicia ultrajada, pues el que está bajo el dominio de la corrupción y de la muerte jamás puede conducirnos por el camino de la verdad y la vida. Si, pues, Cervantes nos dice que su ingenioso hidalgo no tenía ninguna de esas cualidades y atributos, debemos declarar que era un pálido reflejo una figura, un simbolismo de aquél que el Evangelio nos enseña que no muere, que no está sujeto a la corrupción y cual faro luminoso está colocado en el cielo y en la tierra para ser guía, salud, defensa y amparo de toda virtud y severo castigador de cualquier vicio.„ Yo soy el ca-

mino, y la verdad, y la vida.„ (1) Y fuera de mí todo es sombra, figura o plagio. En mí todo es verdad, realidad, vida y amor sancionado por los siglos enseñado y predicado por mi Evangelio y eterno modelo en fin de todas las virtudes, las que practicadas pueden conducir a los pueblos y a los hombres por la senda del progreso moral del orden y de la justicia.

¿Cuál fué el objeto y fin que Cervantes se propuso al escribir ese libro inmortal? Muy aventurada resulta la respuesta, y mucho más no admitiendo la opinión de aquellos que sostienen que su objeto fué zaherir y condenar los libros de caballería; pues aunque éstos no hubieran producido más daño que engendrar un D. Quijote de la Mancha, bien pudieran bendecirse y glorificarse por todos los siglos. Según D. Vicente Salvá en su estudio sobre el *Quijote,* conviene con nuestra opinión de que no fué su objeto ridiculizar los libros de caballería, *puesto que él aumentó su*

(1) San Juan, c. XIV, v. VI.

número, sino purgarlos de los disparates e inverosimilitudes que tenían, como si las aventuras de los molinos de viento, batanes, galeotes, etc., fueran realidades inconcusas. No; Cervantes se propuso satirizar todos los libros faltos de moral, de arte y de belleza bajo la denominación de libros de caballería, y como los escritores de su tiempo buscaban esa moral, arte y belleza en las Sagradas Escrituras, plagiando sus principales hechos y personajes, que después ponían en comedias y dramas bajo la denominación de *Autos Sacramentales*. Cervantes varió de ruta y puso en novela los hechos más culminantes del Evangelio, adornándoles con su ingenio peregrino y con un lenguaje gloria del habla castellana. Y si en ese libro *hay algo más* que no se encuentra en sus congéneres, no está, como dice el Sr. Azorín, "en que en éste el sentido práctico de realidad prosaica, de vida deleznable y cotidiana, se alía al idealismo de los antiguos libros de caballería„, sino en su moral, que es el elemento de todas las almas justas, de todas las almas sa-

nas y no contaminadas con las impurezas de vanos egoísmos en su arte incomparable para presentar las verdades más intrincadas de la Teología, ya bajo sencillos refranes, o concertándolas con las cosas más triviales de la tierra, haciéndolas comprender por las inteligencias más obscuras, y cuyo conjunto de moral, de arte y de belleza, bebido todo ello en el Evangelio, hace que ese libro no se parezca a ningún otro, como no sea a aquel que le engendrara y le diera vida. En eso, y no en otra cosa, está ese algo que se vislumbra en él y que perdurará mientras en el mundo existan quienes sepan apreciar los hermosos y cristianos idealismos que nutren sus páginas inmortales. Y que este sería su pensamiento, pruébalo el escrutinio que el cura hizo de todos sus libros, arrojando al fuego, no sólo aquellos que trataban de caballerías, sino los que estaban desprovistos de verdadero valor moral y literario, y por eso se cuidó mucho de guardar *La Galatea*, de Miguel de Cervantes; *La Auracana,* de D. Alonso de Ercilla; *La Austriada,* de Juan Rufo

Jurado de Córdoba, y *El Monserrat*, de Cristóbal de Virues y otros. Que abominó de todos los libros que estaban desprovistos de verdad, él mismo lo demuestra en estas palabras:—"a escribir de otra suerte—dijo Don Quijote,—no fuera escribir verdades, y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa." En otro lugar dice, hablando de aquellos cuyos libros están desprovistos de verdad y de arte: "La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser cosa verdadera, y donde esté la verdad está Dios en cuanto es verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fueran buñuelos." De los libros desprovistos de belleza moral, dice: "he considerado que de las buenas y cimentadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, a lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mántua, que entretienen y hacen llorar a los niños y a las mujeres. Con esto demuestra Cervantes al

cabo de tres siglos que era un gran vidente, al condenar como lo hizo, bajo el nombre de libros de caballerías todo los que corrompen y pervierten al hombre anticipándose a lo que hoy ocurre en todas las naciones que saben velar por la cultura y la moral de sus súbditos, las que están tomando medidas, ya por medio de leyes, ya por medio de Ligas, Juntas y Asociaciones que tienen por objeto sanear la sociedad, que se ve inundada por las grandes oleadas de cieno que brota del libro, del mitin, del teatro y de la estampa. Por eso aquel genio, que leía a través de los siglos, abominó y condenó con todas las fuerzas de su alma cristiana y artista de los mercaderes del arte y de las letras y de todos aquellos libros que estén desprovistos de verdad, de arte y de belleza moral.

Hemos terminado nuestro trabajo y bien quisiéramos que estos comentarios aclararan algo el misterio que encierra en sus páginas ese libro inmortal. Si no hemos conseguido nuestro intento sí nuestro buen deseo de aliciente

que otros continúen estudiándole a ver si con mayor fortuna que la nuestra entre las locuras de D. Quijote, las socarronerías de Sancho y de tantas y tantas aventuras disparatadas encuentran cosas que engrandezcan más y más a Cervantes y a nosotros lleguen las vislumbres de su genio.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

D. Quijote y Sancho.

Cuestiones eclesiásticas.

Cuestiones agrarias y sociales.

SEP 2 3 1992

PQ
6358
R4C67
1915
c.1
ROBA